

Ma CARMEN PALAZÓN PALAZÓN

PIEDAD



UNIVERSO
de LETRAS 

2ª
Edición

 image-GGUWG3XP.jpg

Piedad

M^a Carmen Palazón Palazón



Piedad

M^a Carmen Palazón Palazón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© M^a Carmen Palazón Palazón, 2024

www.cuadernodeunaseta.com

© Fotografía de la autora: Rosa Monago

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Segunda edición: 2024

ISBN: 9788410276192

ISBN eBook: 9788410277212

***A Ana, Andrés, Cande, Pepe, Isidro, Antonio:
mi patria.***

I

Todo equilibrio tiende a desmoronarse a poco que encuentra ocasión. No hay silencio ni misterio que resista eternamente. Basta un imprevisto, un golpe, una sacudida, un segundo de debilidad, para que salte por los aires el puzle que llevas intentando ensamblar toda tu vida. Siempre queda un vacío, un resquicio, un afecto que lo descuadra todo.

Por mucho que cueste admitirlo, a la postre, acaban faltando más piezas que las que has podido colocar. El hueco vacío es más grande que las partes cubiertas, y no hay zurcido que aguante cuando una prenda se rasga por las costuras.

La noticia de la muerte de Piedad arrancó de cuajo la urdimbre de silencios y olvidos, con la que habíamos intentado protegernos. Tejimos un relato mínimamente coherente de nuestra propia historia, un relato que tenía más de cuento que de historia. La vieja táctica de incierto resultado: si la realidad duele, inventas otra más amable, más a tu medida. A fuerza de hilvanar mentiras entre unos y otros, conseguimos pergeñar un simulacro de tregua que quisimos creer firme y estable. Como si alguna vez hubiera existido una paz duradera.

Cada uno de nosotros intentó salvarse a su manera. De niños, combatimos el desconcierto y la vergüenza arrojándonos en el cariño excesivo que respirábamos en casa. Y de mayores nos autoimpusimos el silencio y la negación, como únicas vías para evitar sumirnos en la confrontación permanentemente, en una espiral de salida imposible. Cada uno levantó a su alrededor su particular barricada. Marcamos distancias de seguridad con la pretensión de que nos protegieran de la necesidad de saber, de lo que ya sabíamos y de lo que preferíamos ignorar.

El silencio genera mudez, miedo, sufrimiento, olvido, vacío. Te deja a merced de tu propia soledad, y el tiempo siempre juega a la contra. Cuando empiezas a buscar, a querer saber, ya no encuentras el hilo del que tirar, no queda nadie a quien preguntar. Desaparecen las personas, las referencias, los paisajes, y se difuminan las huellas, si es que alguna vez, llegaron a dejar la marca de su impronta.

Basta una llamada de teléfono para resquebrajar todos los silencios y poner tu mundo patas arriba.

Me quedé callada, segundos, minutos, no sé, sujetando el auricular sin saber qué decir, incapaz de articular una palabra, intentando sobreponerme a la tensión que me provocaba esa llamada inesperada, ese nombre pronunciado en la voz de una persona a la que no conocía.

—Buenas noches Carmen, perdona que te moleste a estas horas. Te llamo desde Castell, soy Rosa Leal, la amiga de Piedad.

Lo que en apariencia no pretendía ser más que un inocente y cálido saludo, en mi cabeza atronó como el ruido inmenso y catastrófico de una avalancha de rocas en caída libre. Me costó sobreponerme y responder.

—¿Cómo ha conseguido este teléfono? ¿Cómo me ha localizado?

Mi respuesta, brusca y seca, puso a mi interlocutora al tanto del desconcierto que acababa de ocasionar, del malestar que me causaba su llamada, y de paso, del carácter huraño con el que me movía en los últimos meses. Quizá mi amiga Lola tiene razón, y tanta soledad “elegida” me está agriando el carácter más de lo necesario, por decirlo con dulzura.

—Hace tiempo que lo tengo —la mujer no dio más explicación, el silencio con el que le respondí al otro lado de la línea, no le dejaba demasiadas dudas sobre la incomodidad que causaba su llamada. — Mira, Carmen, no pretendo molestarte. No he querido ponerme en

contacto contigo ni con tus hermanos hasta ahora. Solo te llamo para informarte de que Piedad murió hace unas horas. No sé bien por qué llamo, si lo hago por ella, por vosotros o por mí. No es una circunstancia agradable para nadie y menos para vosotros. Quizás hubieras preferido no saber nada. Mi familia ha intentado convencerme para que no os dijera nada. Tampoco Piedad me pidió que os avisara, pero yo siento que es mi obligación, eso es lo que cuenta ¿no crees? Estás en tu derecho de colgar el teléfono y de no querer saber nada más. Yo no soy quién para decirle a nadie lo que tiene que hacer. El entierro será mañana por la tarde, aquí en el pueblo, en Castell. Me estoy encargando de todo, al fin y al cabo, somos su familia más cercana, o por lo menos, lo más parecido a una familia que tenía la mujer. Solo te pido que informes del fallecimiento a tus hermanos, y que me facilites una dirección postal, porque me comprometí con Piedad en haceros llegar unas cosas cuando ella faltara.

La mujer, Rosa, lo soltó todo de carrerilla, intercalando apenas algún silencio en su obligado monólogo, posiblemente esperando a que yo abandonara el mío, como si llevara mucho tiempo preparando ese momento, ese anuncio. Su voz transmitía una extraña mezcla de calor y aplomo, y una naturalidad capaz de socavar cualquier antipatía a través de un cable, aún a kilómetros de distancia. Yo solo la escuchaba. Cuando ella calló, tras unos segundos de indecisión, atiné a preguntarle por un número de teléfono en el que poder localizarla si fuera preciso. Las dos entendimos que no era necesario prolongar más una conversación que para ninguna de las dos resultaba demasiado agradable.

La fotografía familiar, tan muda siempre en el estante, se mostró dispuesta a no quedar al margen en la batalla que se acababa de desatar. El color sepia nos envolvía a los cinco en una serenidad que amenazaba con resquebrajarse de un momento a otro. Los orgullosos padres, Isabel y Jaime vestían de oscuro, con el ligero

contraste de la blonda en la pechera del vestido de mamá, ajenos a la zozobra con la que yo los estaba recordando esa noche. Papá posaba sentado, con el pequeño Marcos sobre sus rodillas y la mano de su querida esposa apoyada en el hombro. Isabel sonreía satisfecha con su collar de discretas perlas blancas. Andrés de pie junto a mamá, presumía de ser el mayor. Y yo flanqueaba a papá con mis eternas coletas y cara de despistada. Los tres críos vestíamos igual, con nuestra ropa de los domingos: los chicos con pantalón corto y camisa, y yo con el vestidito por encima de las rodillas confeccionado con la misma tela de pata de gallo de las camisas de mis hermanos. Me fascinaba el brillo en los zapatos de papá, siempre impolutos y lustrosos, como si tuvieran más de joya que de calzado. Sonreíamos al fotógrafo apresando aquel presente feliz. Las fotografías tienen por costumbre hablar del pasado, el futuro les es completamente ajeno.

Por primera vez desde que se marcharon Manuel y los chicos y me quedé sola en la casa, descorché una botella de vino, un Rioja que guardaba para eso que llamamos "las ocasiones especiales". Apuré varias copas, estrenando un ritual al que fueron acudiendo como invitadas, más sombras que certezas; todas las sombras que, como el vino, esperaban su ocasión para orearse. El vino no resulta mala compañía en las noches complicadas, aunque no alivie la desazón al hacerse de día.

Podía intuir la reacción de mis hermanos cuando me escucharan transmutada en paloma mensajera, y aun así, asumí el riesgo y los llamé. Nada que ver con cumplir con el encargo de la mujer del teléfono. Me urgía contar, compartir con ellos el torbellino que llevaba desatado en la cabeza, disfrutar de la ilusión de que, al sacarlo afuera, acabara perdiendo fuerza, diluyéndose, desapareciendo.

Los dos respondieron igual. Mis hermanos son casi tan previsibles y tan desapegados como yo: primero asombro, después indignación, finalmente la broma, o todo junto y mezclado. "¿Por qué te ha

llamado? ¿Qué sabes tú de esa mujer? ¿Qué pintamos nosotros allí? ¿No te estarás ablandando ahora? Qué mal te está sentando la separación Carmen. ¿Qué dice Manuel? ¿No pensarás ir? Tú sabrás lo que haces". Posiblemente tenían razón en todo. No dijeron nada que no esperara escuchar o que yo, en otro momento, no hubiera suscrito palabra por palabra. Agradecí el exuberante y ácido sentido del humor de mis hermanos, esa trinchera que aprendimos a cavar juntos para resistir y guarecernos de las intemperies. Agradecí sus burlas y su habilidad para aliviar mi enfermiza tendencia a la gravedad y al drama. Tampoco ellos dormirían esa noche, de eso estaba segura, aunque guardaran el desasosiego y la zozobra solo para ellos, aunque no lo admitieran.

Los años poseen la misteriosa capacidad de ayudarnos a reconocer en nuestros hermanos, gestos personales en los que nos habíamos creído únicos e irrepetibles. El paso del tiempo, en una pirueta extraña y burlona, nos arrastra a los orígenes, a lo esencial, a lo más básico y primitivo. Tal vez la madurez, aunque sea a regañadientes, solo consista en aceptar que no somos las aves exóticas que nos creímos, en dejar por el camino el plumaje inicial, en asumarnos más iguales, menos diferentes, y en aceptar cierta renuncia a la propiedad exclusiva sobre nuestra identidad; en rendirnos al origen común de la especie.

Llamé a Rosa esa misma noche, a una hora en la que no deberíamos molestar a nadie, y le pedí que me confirmara los datos del tanatorio y del entierro. Un tic más de mi excesiva necesidad de controlarlo todo, porque ese pueblo no podía ser tan grande, y porque sabíamos que Piedad no se había movido de allí desde el día en que llegó. La última información que teníamos de ella, todavía nos la había proporcionado mamá. Ninguna de las dos hicimos más comentario.

Rocé la tentación de pedirle a Rosa que no hablara con nadie de mi presencia, ni de mi relación con Piedad; pensé en mi incapacidad para gestionar la incomodidad de soportar cuestionamientos de

gente desconocida. Me contuve, intuí que no hacía falta que dijera nada. Acerté.

Al día siguiente estuve allí.

II

Clareaba el día cuando le escuché abrir la puerta. Crujió la madera en el cerrojo y sonaron las pisadas de sus abarcas estrujando la grava. El perro ahogó su ladrido apenas le reconoció. Yo llevaba un buen rato sentada en la cama, a oscuras, esperando a que fuese la hora. A padre no se le podía hacer esperar. Ni esperar ni nada, todo le molestaba. Cualquier cosa servía para que dejara escapar la ira que parecía que llevaba siempre prendida dentro, cosida a la piel. No esperé a que me llamara, no era día para empezar con malos modos y gritos. Salí tras él echándome al brazo el pañuelo en el que había recogido las pocas cosas que pensaba me pertenecían: dos mudas, un camisón, unas alpargatas, un par de medias, y poco más.

Miré varias veces hacia atrás, esperando que alguien, mi madre o alguna de mis hermanas salieran a la puerta a despedirse, a acompañarme siquiera o a verme marchar. Pero la casa dormía y si no dormía, prefería evitar el trago. No estábamos puestos a despedidas ni a muchas palabras, como si hablar consumiera pan. El nudo que me apretaba la garganta, apenas me dejaba resollar mientras caminaba deprisa, sorbiendo las lágrimas que no conseguía ahogar, para que padre no las escuchara. Aún hoy pienso que aquel llanto tenía más de miedo que de pena, el miedo a verme trasplantada en un terreno desconocido, sin más cercanía a los míos y al raquítico mundo que conocía hasta entonces, que la presencia del hombre que caminaba delante de mí, dándome la espalda y metiéndome prisa.

Yo no tenía cumplidos los trece años, y aquel trozo de huerta con sus cuatro casuchas resistiendo en el secarral, de espaldas al Segura, rodeadas de albardín y de paleras, era la única inmensidad que conocía. Había pisado pocas veces el pueblo, y otras tantas la casa grande, por fiestas de guardar, para cumplir con los señores, o

por algún menester de padre. Caminaba hacia allá con el corazón encogido, alerta, como quien va a pasar la noche a la intemperie, en soledad y a merced de las sombras y de las alimañas. Si sentí pena no fue por lo que dejaba.

“Recógete las cosas, mañana te vas a servir a La Palmera, necesitan muchachas para ayudar en la casa mientras dure la siega, después ya veremos”. Esa fue la única explicación que escuché de mi padre. No le dio más importancia al asunto que cuando ordenaba que le lleváramos a la mesa la cántara del agua o sacáramos de la artesa un trozo de pan, o cuando nos mandaba al patio a echar la comida a los animales, o mandaba lo que fuera. Lo suyo era mandar sin miramiento alguno. Mandar siempre y a todos, sin que se le rechistara. Siguió encarado al plato sorbiendo el guiso cucharada a cucharada, abrasándose la boca, sin paciencia para esperar o soplar. Después apartó la silla y salió al patio a liarse el tabaco, y hasta ahí llegó la cuestión. A ninguno se nos ocurrió resollar.

Madre no se inmutó, siguió removiendo la olla sobre las ascuas, en aquel rincón en el que ella se había convertido en un cachivache más de la casa, oscura como su vestido y su delantal, el moño desgredado y gris recogido al cogote, incapaz de pronunciar una palabra que padre no le hubiera pedido antes. Nació vieja y de luto. “Que no te tenga que esperar tu padre mañana”, fue lo único que le escuché decir en el silencio de aquella última noche.

Padre caminaba delante, como siempre, solo y enfurruñado. No quería compañía, daba lo mismo familia que peones, que el tramo a recorrer fuera corto o largo; no dejaba que nadie se pusiera a su altura, que pudiera parecer que alguien caminaba a su lado. He llegado a pensar, que nunca distinguió entre personas y bestias. Y en caso de haber tenido que elegir, con toda seguridad, se hubiera puesto de parte de las bestias, más útiles, menos necesitadas de razones y más acostumbradas al palo.

No les debió costar mucho trabajo elegirme, yo era la pequeña de las hijas. Poniéndome a servir se quitaban de encima una boca, y a la vez recogían sus buenos cuartos para la casa. No eran pocas las familias de aquel valle seco y triste las que habían empezado a enviar a las hijas más pequeñas a servir a Murcia, o a los pueblos más grandes de la zona; algunas llegaron hasta Valencia y Barcelona. Allí las cosas eran así: o te escapabas con el novio y entonces no podías volver a tu casa porque los tuyos te consideraban peor que una golfa, una perdida, o salías para casarte, o te ponían a servir o acababas de criada machucha en tu propia casa, sirviendo a padres, hermanos y viejos. Esas eran las opciones, no había otro horizonte para nosotras.

Yo tenía poca idea de lo que significaba ir a servir, sabía poco o nada de todo. Aprendíamos a trabajar y poco más. Aunque servir, por servir, mejor hacerlo en una casa que tuviera más comodidades, más pan y menos tristeza que la mía. Nuestra casa, por no tener, no tenía, como era costumbre en aquella tierra llana, ni una palmera que señalara su presencia en la monotonía ocre del valle; no fuera a ser que su cimbreo al aire invitara a cualquiera a acercarse a nosotros. Aquella tierra, tan harta de hambre y de miseria, no daba más que para sobrevivir a malas penas. Así que me tocó a mí. Mi hermana Concha, la mayor de nosotras, llevaba varios años de novia con Anselmo y de no pasar nada, estaba previsto que se casaran en la primavera siguiente. Y Salvadora todavía hacía falta en la casa, ella era la que la llevaba adelante, cubriendo la dejadez y la desgana de madre. Los hermanos eran otra cosa: no los criaban para criados como a nosotras, ellos estaban hechos de otra pasta, muy parecida a la de padre.

—Que no tengan que llamarme la atención por nada. ¡Avisada quedas!

Escuché la amenaza de padre conforme estuvimos llegando a La Palmera. No rechisté. Si padre hablaba solo cabía callar. El hombre gastaba pocas palabras para todo, parecía que se las arrancaran de

los bolsillos. La vida no le dio para más, ni palabras ni tan siquiera vida. Tampoco los hijos heredamos muchas palabras, a fuerza de no escucharlas, no las aprendíamos.

—Aquí la tienes, métela en vereda si quieres que te rinda algo, que esta cuando te encantas se engolfa y no hay manera de sacar provecho de ella. Si necesitas darle algún pescozón, no tengas escrúpulo.

Padre largó la advertencia de carrerilla, sin llegar a mirarme, sin mediar un saludo ni un buenos días, como si le urgiera descargar un fardo que lo estuviera aplastando y salir huyendo de allí sin esperar respuesta ni acuse de recibo.

Juana lo escuchó plantada en medio de la entrada de la casona, impoluta con su vestido gris, las mangas dobladas por debajo de los codos, y sus zapatos negros, marcando territorio con su cuerpo menudo, como si fuera la más imponente de las mujeres. El pelo negro y fuerte recogido en un moño perfilaba un rostro que hablaba sin necesidad de palabras. Los labios finos le marcaban una sonrisa burlona que parecía sacar de quicio a padre, que la miraba a contrapelo con cara de pocos amigos, cosa que tampoco era ninguna novedad.

Le habíamos oído hablar de ella muchas veces, nunca para bien. Según él, aquella mujer se creía la dueña de la casa, sin ser más que otra simple criada. Se permitía dar órdenes, y suplir la palabra del patrón en la organización de la propiedad. Don Lucas la llamaba “ama”, nunca por su nombre de pila. Yo la había imaginado una mujer grande, soberbia, fuerte, y mal encarada, por lo menos lo suficiente para atreverse a retar y plantarle cara a padre. Nada más lejos.

—Buenos días, Mateo, menos mal que la muchacha es tu hija. No quiero pensar cómo harías las presentaciones si no tuviera nada

tuyo. No tienes arreglo. Dios no quiso darte ni una pizca del don de la alegría. Una pena.

Juana le arrojó a padre el reproche a la cara, sin dejar de sonreírle, sin disimular tampoco el desprecio que sentía por él. Mateo podía ser el capataz de la finca, ordenar y disponer de jornaleros, aperos, tierra y bestias, pero ella era la que tenía el afecto del patrón. En la casa mandaba Juana y nadie se atrevía a discutir su autoridad. La mujer disfrutaba haciéndolo saber, sin aspavientos, con la tranquilidad de quien se sabe dueña de la situación: ella era la ama de don Lucas. Padre no contestó, soltó un resoplido cargado de enojo, dio media vuelta y se marchó dejándonos a las dos allí plantadas. Nada más. Así era él.

—¿Y tú qué sabes hacer, chiquilla? Anda pasa, que aquí no nos comemos a nadie.

En el tono de Juana Zamora no quedaba ni rastro de la crudeza con la que acababa de hablarle a padre unos segundos antes. Su voz sonaba a bienvenida y transmitía una calidez que, a mí, entonces, me resultaba completamente extraña y en la que me sentí arropada, protegida de la soledad que arrastraba incrustada en los huesos.

Como si acabara de resquebrajarse una presa que llevara años resistiendo los envites del agua, rompí a llorar con desespero ante la mirada compasiva y paciente de Juana. Todavía hoy me dura aquel llanto.

III

Madrugar resulta un alivio cuando no has conseguido atrapar el sueño en toda la noche. Difícil dormir cuando los fantasmas personales que creías vencidos y encerrados en el lugar más recóndito e inexpugnable de tu memoria, resucitan de golpe y celebran un aquelarre a tu costa, cuando las contradicciones vitales que creías superadas o anestesiadas reaparecen vigorosas y confabulan armando ruido en tu cabeza. La vigilia acabó por desmadejarme de cuajo cuerpo y ánimo, y avivando unas enormes dudas sobre la conveniencia de acudir al funeral. Dudas más que razonables. ¿Qué razón puedes alegar para acudir al entierro de una persona a la que te has negado a conocer en vida? ¿culpa? ¿carencia? La razón anda despistada cuando el pálpito se impone. En todo caso, mala disposición para viajar.

El pueblo no quedaba cerca, aunque la distancia tampoco resultó inconveniente suficiente para hacer que desistiera de ponerme al volante, siempre dispuesta a subirme al coche, mi burbuja de libertad, y a quemar toda la gasolina posible como insuperable antídoto contra el estrés y el aburrimiento. Algo más de tres horas y media de carretera, trescientos ochenta y nueve kilómetros al este. Una distancia que mis hermanos y yo imaginamos inmensa para no tener que recorrerla; una distancia que no quisimos o no nos atrevimos a romper. No tuvimos la necesidad de hacerlo, y si alguna vez la sentimos, la silenciábamos sin más miramiento, como hicimos con tantas otras cosas. Pese a todo, la curiosidad y el deseo de saber siempre encontraban un hueco en nosotros por el que colarse e incordiar. De críos, hablábamos evitando que nos escucharan los padres, como si por el simple hecho de preguntarnos por la extraña pirueta de nuestra filiación, cometiéramos una deslealtad para con ellos. La lealtad, esa virtud familiar capaz de enmudecernos, de levantar muros infranqueables y de encerrarnos dentro.

Mis dos hermanos y yo acabamos convertidos en el nudo gordiano de una maraña familiar difícil de comprender, o cuanto menos, poco lustrosa para una sociedad tan pacata y tan pendiente de la moral y de las convenciones sociales. Los mandatos de las buenas familias, la decencia, la religión, las formas, el deber ser, las apariencias...

Los padres consiguieron que al menos en la infancia, y de puertas hacia adentro, a modo de tregua o solo de trinchera, viviéramos sin sobresaltos y con cierta naturalidad lo que nos hacía tan diferentes de los demás. De mayores fuimos nosotros, sus hijos, los principales interesados en mantener en silencio una historia que en nada nos favorecía, porque lejos de darnos lustre, nos emparentaba con la miseria y la mezquindad; nos hacía pequeños a los ojos de los demás y ante nosotros mismos. Hicimos camino, crecimos, y cada uno de nosotros tuvo bastante con administrar sus propias contradicciones y su batalla particular.

Mamá era la única que mencionaba a Piedad. Empezó a hacerlo cuando nosotros estuvimos al tanto de todo, y curados de la adolescencia criminal, cargada de impertinencia, que nos tocó en suerte. A medida que la vejez le marcaba sus surcos, Isabel empezó a darse permiso para hablar y en general para ser la mujer jovial y divertida que se apagó a base de culpa y de compromiso; también para traer a colación a Piedad, viniera o no a cuento. Como quien no quiere la cosa, dejaba caer el nombre, refiriendo todo seguido el nombre del pueblo en el que la tenía ubicada y la información que le interesaba introducir. Al principio, aquel pueblo nos sonaba exótico y lejano, porque no éramos capaces de localizarlo en los mapas escolares a menudo tan tacaños en aportar datos que pudieran resultar de alguna utilidad. Debía de ser muy pequeño o muy irrelevante, pensábamos nosotros entonces. En los últimos años, mamá añadía comentarios como "pobre mujer", "qué mal lo tuvo que pasar", "Ojalá hubieran podido..." Papa la escuchaba incómodo, se removía en su sillón, resoplaba, doblaba el periódico, armando más ruido que de costumbre, y la silenciaba como era habitual, con toda la amabilidad de la que era capaz. "Déjalo Isabel. Las cosas

cuanto menos se remueven mejor. Los chicos están a otra cosa. No necesitan más preocupaciones. Quédate tranquila”.

Cuando papá murió, ya nadie le pidió a Isabel que callara. Sus hijos, juntos, o cada uno por su cuenta, la escuchábamos en silencio mientras hablaba dando puntadas a la tela que tuviera entre las manos, sentada en su butaca junto a la ventana, queriendo atrapar el último rayo de sol, o simplemente disfrutando de nuestra compañía, su regalo, como le gustaba llamarnos.

Mamá procuró con verdadero celo mantener la presencia de Piedad en la familia, siquiera con un perfil tenue, casi invisible, pero constante. Se empeñaba en abrir puertas y ventanas a la oportunidad de que un día quisiéramos acercarnos a ella, conocerla. Esa posibilidad, a sus hijos, nos resultaba más que lejana, imposible.

Isabel le siguió la pista a Piedad a través del tío Lucas durante muchos años, y cuando su hermano murió, a través de su amigo, Don Blas, el cura divertido y negociante que se presentaba en casa una vez al año, siempre en fechas próximas a la navidad, y se quedaba con nosotros unos días como si fuera uno más de la familia. Hablaba con papá de viajes y lugares por descubrir. El cura había visitado maravillas que Jaime, viajero frustrado, solo conocía a través de libros y postales. Don Blas era un tipo peculiar, simpático, locuaz, más interesado en descubrimientos y empresas imposibles que en dogmas de fe y sacramentos. Con Isabel mantenía confidencias secretas en tono de confesión, y también hablaban de Piedad, mientras papá vigilaba que no escudriñáramos ni les interrumpiéramos con nuestros constantes reclamos. Esas visitas se prolongaron durante años, y en cierta medida daban cuenta del corrosivo paso del tiempo, del cual, el cura se llevaba la peor parte. Un año tras otro, mamá se despedía del sacerdote amigo, insistiendo en que no dejara de visitarnos al año siguiente, y en que le escribiera cuatro letras siempre que pudiera. No éramos conscientes entonces, del valor que esas visitas tenían para nuestros padres, en

especial para Isabel, como si con ellas mantuviera el hilo invisible que la unía a Piedad.

El primer año en que don Blas faltó a su visita navideña, poco tiempo después de la muerte de papá, en casa vivimos un auténtico duelo. Más allá del afecto personal que mamá sentía por aquel hombre bonachón y ensotonado, nuestra madre vivió su pérdida como si con él desapareciera la única y última hebra que mantenía amarrado el vínculo con Piedad y con su hermano Lucas, con los dos juntos, quizá con la misma historia en la que ella había sido protagonista involuntaria.

Empecé a llamar a nuestros padres por su nombre de pila, Isabel y Jaime, y a apearlos del tratamiento de usted, en la adolescencia, esa edad imposible en la que te ves cuestionando hasta los cimientos del mismo imperio romano y llegando a donde no sabes que vas. Un incipiente gesto de rebeldía con el que, sin saberlo, también pretendía dibujar una invisible línea divisoria entre ellos y yo, remarcar los bordes del hueco que no conseguía completar.

Donde otros ponían una fotografía del familiar ausente a recordar, Isabel puso un nombre, el de Piedad. Lo que no se nombra no existe y ella no estaba dispuesta a asumir esa pérdida. Era su manera de reconciliarse consigo misma, de atenuar el mordisco permanente del sentimiento de culpa que asumió como contrapartida a la felicidad obtenida de la desgracia ajena; una argamasa extraña en la se mezclaba culpa y lealtad familiar, respeto, gratitud y la inmensa compasión que debía sentir hacia Piedad. Cuando eres madre, por muy desnaturalizada que sea tu maternidad o eso que llaman el instinto materno, es más fácil entender lo que pasan otras madres; lo que aguantan, lo que están dispuestas a hacer, hasta dónde son capaces de llegar. Mamá, a su manera, siempre se resistió al silencio. Deslizaba entre nosotros el nombre de Piedad y su recuerdo, como deslizaba las cuentas negras de su rosario todas las tardes: despacio, en un murmullo, buscando el amor de la luz en la ventana, acariciando. Todo en ella era discreto y suave.

IV

Una vez abandonas los polígonos industriales de la periferia de la capital, el horizonte se transmuta en una inmensa llanura verde, colmada de cereal, moteada por alguna encina dejada caer con la esperanza de recogerle la sombra en caso de necesidad y de que señale la linde para el arado y las jornadas de trabajo. La circulación de coches y camiones se espacia a medida que te adentras en la llanura y casi se agradece la compañía de sus luces en la soledad de la madrugada. La radio repite su matraca de actualidad: virtudes y peligros de la nueva moneda que estamos a punto de abrazar junto a los vecinos europeos. Kilómetros y kilómetros de autovía para dejar fluir el batiburrillo que viaja en mi cabeza, hasta llegar al inmenso secano de viñas, olivos, almendros y carrascas, donde la tierra amaga la palidez por la falta de riego y los inmensos gigantes de metal recién plantados desvalijan el viento. Las pocas sombras que dibujan las nubes en la madrugada, son el mejor presagio de un día fresco y claro. El trayecto en coche de la meseta al levante resultó un regalo para la vista, y un magnífico bálsamo contra el desasosiego con el que había emprendido un viaje de cuyo destino yo misma desconfiaba.

Todas las miradas de la clientela se me vinieron encima nada más cruzar la puerta del bar. Dispuesta a tomar el tercer café del día, necesitaba de un buen chute de cafeína, que me aligerara la somnolencia de los últimos kilómetros. Una vez me examinó de arriba a abajo, la parroquia volvió a la algarabía del almuerzo, a las conversaciones de mesa a mesa, las voces, los tintineos de monedas en la barra, al humo de tabaco que lo llenaba todo, y al golpe de las fichas de dominó en la última partida para determinar quién pagaba el café y la copa de coñac de diario.

El camarero más joven, de los dos que se movían sin descanso atendiendo la barra, en lo que intuyo pretendía ser un gesto tranquilizador, se acercó rápidamente al ángulo del largo mostrador de acero en el yo había encontrado acomodo, dispensándome un trato más que amable. Era evidente que allí no había costumbre de que las mujeres frecuentaran el local, y menos aún de que lo hicieran solas y a esas horas de la mañana. Tampoco yo estaba acostumbrada a asumir tantas miradas de un solo golpe, en un ambiente tan desconocido y ruidoso y tan cargado; el olor a tabaco y el humo se podían cortar.

Me entretuve un rato examinando la decoración del garito. Pedía a gritos una remodelación urgente que lo salvara del delirio verde en varios tonos que invadía suelo y paredes, solo amortiguado por el acero inoxidable del mostrador, de los estantes y de la cafetera, y por el color de la madera gastada de sillas y mesas. Las ventanas que abrían las paredes a la calle daban sensación de mayor amplitud y despistaban un poco de la acumulación de personas que podía haber allí. Sobre la puerta de los aseos, reposaba un televisor apagado. Era evidente, dada la numerosa clientela, que a esta le importaba bien poco la decoración del local. El ritual matutino de la visita al bar antes de llegar al trabajo parecía sagrado y el café era excelente, todo hay que decirlo. Tomé dos tazas, y entre medio, dejé pasar el tiempo y disfruté observando aquel trasiego de hombres vocingleros. Nada que ver con mi día a día en Madrid.

Aproveché antes de salir, para preguntar por la ubicación del tanatorio al joven que me había atendido. Si no quedaba lejos, prefería dejar el coche donde estaba aparcado y caminar.

—No está lejos, apenas diez minutos andando en línea recta, siguiendo la carretera. Cuando llegue donde parece que acaba la calle y empieza la cuesta abajo, a la izquierda, ahí lo verá, no tiene pérdida. Si prefiere ir por la avenida —señaló la calle que se abría una vez se cruzaba la carretera —el paseo es más agradable, siga hacia arriba, hasta llegar al mercado, ahí gire a la derecha en

dirección a la calle mayor, pasará por delante del ayuntamiento, dejará la iglesia a su derecha, siga un poco más, y a la izquierda lo verá fácilmente nada más pase el taller que hace esquina. Son diez minutos andando ligera. ¿Viene usted al entierro de Piedad?

No conseguí evitar que el chico captara mi gesto de desconcierto al escuchar el nombre de Piedad en su boca; escucharlo fuera de nuestro particular espacio protegido, no en la voz de Isabel, fuera de casa, fuera del cofre de los secretos familiares. Las mejillas me ardieron, como cuando de pequeña me pillaban en falta, y ese calor agazapado en la nuca, parecía que me iba a abrasar entera. El muchacho de pelo rubio y ondulado, de cara bondadosa y camisa blanca, con toda su simpatía y su pregunta amable, acababa de atravesar de un solo golpe, todas las capas de la coraza que yo había conseguido fabricarme a fuerza de tiempo y silencio y que creía tan firme, tan impenetrable, tan pegada a mí, tan segura.

Durante unos minutos barajé seriamente la posibilidad de subir de nuevo al coche, arrancar y volverme por donde había llegado ¿qué hacía yo allí?

—Perdone si me he metido donde no me llaman. Aquí nos conocemos todos, Castell es un pueblo pequeño. Piedad es la tía de un amigo mío, de Toni, la conozco desde pequeño, de ir con él por su casa a todas horas. Era muy buena mujer. No estaba tan mayor la pobre —La pobre parecía ser el calificativo que todo el mundo empleaba cuando hablaba de ella.

No pude menos que responder amablemente, pagar, despedirme y darle las gracias al muchacho; a fin de cuentas, había tenido la precaución de no seguir preguntando. Él no tenía porqué saber que había tratado desde pequeño a la madre que yo todavía no conocía.

Salí a la calle dando bocanadas, no sé si como dragón queriendo expulsar el fuego que llevaba prendido dentro o como pez intentando atrapar algo de oxígeno. Durante un buen rato me quedé

plantada en la puerta del bar, sometida a la mirada curiosa de los parroquianos que entraban y salían, hasta que se me pasó el ahogo y conseguí espantar el impulso de subirme al coche y huir.

Caminé tranquila por la avenida siguiendo la recomendación del muchacho del bar, como si estuviera interesada en conocer el lugar, demorando el momento de llegar al tanatorio. Posiblemente me había precipitado en la decisión de acudir al entierro. A los dos lados, las verdes moreras flanqueadas por sendas hileras de setos, esparcían sombra sobre las aceras y encauzaban la calle, poco transitada a esas horas. Cerrando el paso a las moreras, frente al mercado municipal, dormitaba su declive una cabina de teléfonos.

—¿Cómo es que llamas? ¿Pasa algo? —En los treinta y pico años que llevamos casados, no he acostumbrado a Manuel a recibir llamadas telefónicas. Ni a él le gustaba que le llamáramos al trabajo “¿tan urgente es que no pueda esperar al medio día?”, ni yo he sido nunca especialmente comunicativa, o simplemente, no surgió la necesidad. Desde que nos separamos Manuel y yo, utilizamos a los hijos como palomas mensajeras aun a costa de soportar sus bromas e impertinencias: dile a tu padre si quiere venir a comer a casa el domingo, dile a tu madre que se pase por el banco que han llamado para ir a firmar unos papeles, si vas a ver a tu padre, pregúntale si me puede acompañar al médico esta semana, que dice tu marido que le compres un par de camisas de las que tú ya sabes... ¡Qué paciencia ha tenido Manuel conmigo! —¿Dónde dices que estás? —A Manuel le costó reaccionar a la retahíla de explicaciones que le solté a modo de no te lo vas a creer, si no te lo cuento reviento. Poco podía imaginar él, al escucharme al otro lado del auricular, que yo, rompiendo con mis sacro-santas rutinas y obligaciones estuviera de buena mañana a más de trescientos kilómetros de Madrid dispuesta a asistir al funeral de Piedad.

Mamá adoraba a Manuel. Casi le atribuía cualidades paranormales. Decía que su yerno tenía “gracia”, que su sola presencia la sanaba, le tranquilizaba el alma, le daba paz. En realidad, Manuel era el único de nosotros que le dedicaba el tiempo y la paciencia que ella demandaba; capaz de escuchar una y otra vez las historias que Isabel le contaba, como si las oyera por primera vez, interesándose por los detalles, discutiendo, guardando la memoria que en sus hijos no encontraba acomodo. El sentimiento de adoración era mutuo. Manuel la apreciaba de verdad, se desvivía en detalles con ella, la tenía más como madre que como suegra. Algo tuvo que ver que él perdiera a su madre demasiado pronto.

Todavía guardo la cara de asombro e incredulidad que puso Manuel el día que le dije que necesitaba repensar mi vida, respirar, tomarme un tiempo para mí, y le pedí que nos separáramos por una temporada, que nos diéramos un espacio desde el que tomar distancia, perspectiva. Casi treinta años de matrimonio y yo necesitaba darle una pensada a mi vida, sin que mediara ningún conflicto entre nosotros, sin señales previas, sin que pasara nada especial, más allá de la misma vida que pasaba. Era yo y mi inconsistencia. Siguió comiendo como si la cosa no fuera con él, sin alterarse, con la misma parsimonia y serenidad que le pone a todo, con la tranquilidad de quien sabe lo que tiene. Se lo tuve que repetir, apostillando que hablaba en serio. Y tampoco hizo problema. A la semana, buscamos un pequeño apartamento cerca de su trabajo y no demasiado lejos de nuestra casa, y juntos llevamos allí sus cosas. Van tres años y sigue a la espera de que yo acabe de repensar mi vida y de que le concrete el espacio que quiero que ocupe en ella. Mientras, sigue ahí.

—Aprovecha, no dejes pasar la oportunidad, por algo has llegado hasta ese pueblo, no queda a un paseo precisamente. Te lo debes y se lo debes a ellas. Una pena que se haya tenido que morir la pobre mujer para que tú des ese primer paso. Pero más vale tarde ¿no? ¿Necesitas algo?

Salí de la cabina y reemprendí el trayecto rumiando la conversación con Manuel, decidida a no seguir retrasando un encuentro, si es que se podía llamar así, que se aferraba a su última oportunidad, aunque fuera a título póstumo y en circunstancias luctuosas; tarde, siempre tarde. No había pérdida: a espaldas del edificio del mercado municipal se abría la plaza del ayuntamiento y después, la calle Mayor. En alguna de sus imponentes casonas sobrevivió Piedad. Más adelante, de frente, la fachada principal de la Iglesia, de piedra compacta y ciega, marcaba el final de la calle y posiblemente del que en otro tiempo fuera el escaso territorio en el que se decidía el destino de todos los vecinos. En mi memoria seguía la cara de pismo del camarero recordándome las últimas indicaciones: siga usted un poco más, y a la izquierda lo verá fácilmente.

Y ahí estaba el tanatorio del pueblo, un edificio tan chaparro y gris como triste y anodino, por fuera y por dentro. Entré con una mezcla de miedo y desahogo a partes iguales y la sensación de no saber si me estaba quitando una losa de encima o metiéndome directamente en la boca del lobo. O todo a la vez. Demasiado tarde para echarme atrás.

La única sala abierta apenas congregaba a una docena de mujeres, que charlaban a media voz sentadas en varios corrillos. Vestidos oscuros, pelos cardados y la suma de muchos años. Algunas dejaron la charla y se dieron la vuelta para mirarme sin demasiado disimulo. Volvieron a la conversación en cuestión de segundos. No tuve que preguntar. Rosa, menuda, de ojos pequeños y vivos parapetados tras unas gafas cuadradas de metal, estaba sentada al fondo, junto a la mampara que separaba a la difunta de las visitas, miraba expectante hacia la entrada. La reconocí nada más verla: la voz del teléfono solo podía ser la suya, desprendía la misma calidez que su presencia aún a pasos de distancia. Más rápida que un latido vino hasta mí, y me abrazó como si fuera una amiga de toda la vida a la que hacía demasiado tiempo que no veía y esperaba con ansia. Yo me quedé encogida en su abrazo hasta que ella quiso soltarme.

V

Escuché el quejido de los goznes de la puerta del cuarto, y quise pensar que era uno de los mil crujidos en que se rompía el caserón cada día. A pesar del tiempo que llevaba en la finca, las noches todavía me resultaban largas y oscuras. Era una cría miedosa. En la soledad de la alcoba me venían a la memoria los cuentos de brujerías y de muertos salidos de sus tumbas que se aparecían a la gente, escuchados de niña al calor de la lumbre. El miedo nos hacía correr hasta el catre y taparnos la cabeza queriendo escapar de los mil demonios que creíamos haber convocado. Cuando no sabes nada, te asustas por todo y todo lo crees posible. Desde que llegué a La Palmera, me encogía sobresaltaba por cualquier ruido y echaba de menos dormir apretujada con mis hermanas, pelearme con ellas por cada centímetro de cama y de sábanas hasta que nos quedábamos dormidas, o hasta que mi madre, cansada de jaleo y de que no la dejáramos conciliar el sueño, nos dejaba marcada la alpargata en la piel que encontraba libre de ropa; le resultaba indiferente si era del muslo o de la cara, ella soltaba el golpe.

Apenas entró un instante de luz en la habitación, justo el tiempo que necesitó él para colarse en el cuarto y pasar el pestillo para atrancar la puerta. Escuché sus pasos y su respiración y vi la sombra de su cuerpo. Tiré de las mantas hasta taparme la cabeza, y me enrosqué como un ovillo, como si con el gesto y la ropa pudiera defenderme de algo. Tuve miedo de abrasarme en el fuego que me recorría la espina y me quemaba la nuca. Me quedé quieta mucho tiempo, inmóvil, deseando que el bombeo desbocado de mi sangre no me delatara, deseando que lo que estaba pasando solo fuera una pesadilla, o alguien que se hubiera equivocado de dormitorio.

Pero no soñaba. Se abalanzó sobre mí, y me sujetó con el peso de su cuerpo debajo del envoltorio de sábanas y mantas en el que yo

misma me había atado en el intento de hacerme invisible, armando mi propia jaula. Cuando quise empezar a gritar, él ya me tapaba la boca con su mano. Apenas me dejaba respirar, me ahogaba. Le reconocí al instante por el olor: no conocía a nadie más que oliera así de bien, a limpio y a agua de colonia. Me chistó al oído, sin dejar de taparme la boca, esperando que me rindiera, como se rinden las criaturas después de un esfuerzo, por agotamiento. En susurros, no dejó de repetirme que callara, que me tranquilizara, que no me haría daño si dejaba de pelear.

Me recorría oliéndome, como olisquean los animales a sus presas. Rozaba mis orejas con sus labios, pegándose a mi piel cada vez más, frotando su cuerpo contra el mío. Sentía la humedad de sus labios en mi cara, y su boca buscando la mía; sudor y saliva mezclados. Enmarañada en la ropa y sacudida por una tiritona que no se correspondía con el calor que me abrasaba hasta las sienes, no conseguía defenderme. No podía dejar de temblar.

No sé cuánto tiempo estuvimos forcejeando, hasta que yo no pude más y dejé de bregar, me quedé quieta y callada como él mandaba. No me quedaba energía y me rendí. Cerré las piernas con fuerza, eso era lo único que mi madre nos había enseñado que teníamos que hacer con los hombres, “apretar las piernas y no dejar que entren ahí, si entran lo tenéis todo perdido”. Lloré hacia adentro, apretando los dientes, sin hacer ruido. Sin dejar de chistarme, levantó las mantas, y se metió en la cama. Yo le dejé hacer. Él era el amo.

Cuando acabó de hacer en mi cuerpo lo que quiso, mientras se recolocaba la ropa y el pelo, me dijo que me lavara, y que era mejor que no le contara a nadie lo que había pasado. Susurró que sentía el daño que me había hecho, y algo parecido a un perdóname.

Yo seguí un rato largo en la cama, tapada hasta la cabeza, escondida de lo que ya era inevitable, dejando que se me vaciaran las lágrimas que todavía no habían acabado de salir, y que el cuerpo

me volviera a su sitio. Esa fue la primera vez; meterse en mi cama, se convirtió para él en una rutina que solo interrumpían los embarazos.

VI

Isabel afrontó la muerte de papá con la serenidad y el aplomo con que se puede sobrellevar la pérdida de la mitad de tu vida sin que la herida te acabe gangrenando el alma. La costumbre y el tiempo no fueron capaces de derrotar la complicidad y el amor que Isabel y Jaime derrocharon en su matrimonio. Los que les conocíamos bien, sentíamos una sana envidia por la argamasa de amor y de respeto que habían construido juntos, por lo que tenían, siempre atentos entre ellos, cariñosos, cómplices, austeros, amantes a su manera, en las circunstancias que les tocó asumir. Mamá vivió el duelo por su marido con la entereza y la resignación de quien empieza a despedirse de su propia vida.

Para Isabel, Jaime fue el mejor de los maridos. Las quejas que pudiera tener de él no las llegamos a escuchar nunca. Para sus hijos, fue el más solícito y generoso de los padres; amable hasta en la firmeza de los correctivos que nos aplicaba con “determinación implacable”. Papá desprendía elegancia natural con su sola presencia, en su manera de relacionarse, de hablar, y en todo lo que hacía. “Soy todo un caballero” nos puntualizaba él mismo en tono de guasa, cuando nos atrevíamos a acusarlo de antiguo o nos mofábamos ante lo que considerábamos uno de sus excesos de buena educación. Esa misma elegancia que destilaba en abundancia, no le faltó ni para morir: apenas unas semanas de enfermedad vividas con una templanza envidiable, y una despedida sosegada y reconfortante para todos. Sin deudas, sin encargos de última hora, sin más amarres que el cariño que se llevaba con él.

Con la marcha de papá, Isabel se sintió liberada de la penitencia compartida que ambos se autoimpusieron y mantuvieron fielmente durante casi todo el tiempo que duró su matrimonio. Una penitencia que les exigió silencio y que a cambio no los liberó de un gramo de

culpa. Vivieron en la creencia de mantener una deuda que lejos de menguar crecía, y que nunca acababan de saldar. Juntos asumieron la culpa por la desgracia de Piedad, compartieron remordimiento con su hermano Lucas y sufrieron el desasosiego de hurtar a sus hijos la verdad, mientras pudieron. La culpa compartida no consiente su olvido; alimentas el recuerdo, y lo alimentan los otros con su sola presencia. Nadie precisa testigos de su delito. Demasiadas cargas, mentiras y silencios, durante demasiado tiempo. Al quedarse sola, mamá ya no encontró motivo para seguir callando. Como vino espumoso recién descorchado, las tardes con ella se convirtieron en largas sesiones de confidencias, apresuradas, amontonadas unas sobre otras. Le urgía sacar todo lo que había callado y seguía guardando intacto en la memoria.

—A Lucas le gustaba visitarnos varias veces a la semana, siempre a última hora de la tarde, cuando concluía sus obligaciones e intuía que Jaime había vuelto del trabajo. De la finca a nuestra casa apenas había una distancia de quince minutos andando. Esos días cenábamos los tres juntos y después, ellos se quedaban charlando hasta las tantas mientras tomaban café y algún licor, o daban un paseo por el huerto si hacía buena noche. Más que cuñados, eran buenos amigos, casi hermanos. Se conocían de siempre, por las familias, pero la amistad se afianzó más si cabe a raíz de nuestro noviazgo. Allí tampoco andábamos sobrados de amistades libres de otras motivaciones más materiales. En el fondo Lucas envidiaba la vida de Jaime. Si le hubieran dejado, estoy segura de que sus vidas habrían sido muy parecidas, quizás la de mi hermano más viajada. Lucas aceptó que nuestros padres decidieran por él. Solo nos tenían a nosotros dos. En ese momento La Palmera tenía demasiados intereses en juego en la provincia, intereses que se medían en tahúllas, en kilos de grano y en el aprecio y el respeto de los que ostentaban el mando. Asumió la hacienda, las expectativas de padre, tan preocupado por el patrimonio y los deseos de madre, para acabar garantizándonos a todos, la vida cómoda que hemos llevado hasta ahora. Para Lucas fue un alivio que tras la boda nos quedáramos en el pueblo. Tampoco tu padre se planteó cambiar de

destino, allí estábamos a gusto. Éramos privilegiados. Claro que también se ocupó Lucas de que las autoridades de la provincia, le procuraran a Jaime el mejor cargo posible cerca de nuestra casa. Papá y yo bromeábamos siempre con la idea de que mi hermano hizo más por nuestro casamiento que nosotros mismos.

Lucas se presentó ese día después de la hora de la comida. Había mandado aviso para asegurarse de que papá estaba de vuelta del trabajo. Le noté triste y muy nervioso, con prisa, algo anormal en él, que no perdía la compostura por nada. Se encerraron en el despacho y pasaron allí lo que quedaba de tarde. No se me ocurrió molestarles. Al salir, mi hermano llevaba los ojos enrojecidos e hinchados. No recordaba haberlo visto así desde que éramos unos críos. Avergonzado, evitó mirarme a la cara, se despidió con un beso, como era su costumbre, y salió de casa. Jaime también estaba raro, más callado de lo normal, preocupado, como si Lucas le hubiera contagiado su tristeza.

Esa noche cenamos en silencio, papá apenas dijo cuatro palabras a propósito de la cena, más por cumplir, que por verdadero interés en mantener una conversación. Tampoco era ya entonces de malgastar muchas palabras. Le pregunté varias veces, sin éxito; sus respuestas sonaban tan esquivas como él. A tu padre era imposible sacarle una palabra que él considerara una confidencia entre cuñados. Le conocía bien, sabía que estaba cerrado a cal y canto y que no hablaría hasta que no rumiara a conciencia lo que fuera que le mantenía tan meditabundo y esquivo. Tanto tiempo y tanto silencio no era normal en él.

Pasamos varios días conviviendo con esa mudez incómoda, en los que mi hermano tampoco volvió a aparecer por nuestra vivienda, hasta que Jaime decidió que era el momento de compartir conmigo el asunto que se traían entre manos los dos hombres que ocupaban mi vida. No se perdió por las ramas, ni derrochó una palabra en preámbulos. Papá era directo para todo.

—Tu hermano Lucas se ha metido en un buen lío del que no sabe cómo salir. Está destrozado, y no es para menos, la cuestión es peliaguda y difícil de abordar. He procurado tranquilizarlo hasta que encontremos una solución que convenga a todos, pero está obcecado y comido por los nervios. Si no actuamos con rapidez, me temo que pueda acabar dando un mal paso o haciendo alguna tontería, todavía más grande que la que ya ha hecho y que complique aún más la situación.

—Jaime, me estás asustando, no sé qué habrá pasado, pero dilo ya, estás consiguiendo que también yo me ponga nerviosa. No sé qué puede ser tan grave para que tú y Lucas estéis tan misteriosos y tan preocupados. Pero ya es suficiente.

—Lucas ha dejado preñada a una de las chicas de La Palmera. A la hija de Mateo, Piedad creo que se llama. Está desesperado. Intento que no se precipite, que no de un mal paso hasta que encontremos una solución que pueda atemperar el estropicio que ha provocado. Le he prometido nuestra ayuda.

Papá soltó la noticia como quien deja caer una bomba y espera sentado a comprobar los daños que pueda haber causado; tenía la habilidad de adelantarse con la mirada a lo que yo pudiera estar pensando, a lo que iba a decir incluso. Pero aquel día tuvo que esperar un buen rato. La noticia me dejó completamente desconcertada, incapaz de asimilar así, a bote pronto, lo que acababa de escuchar. ¿Qué iba a decir? No me escandalicé. La congoja que me atrancaba la garganta no tenía nada que ver con escrúpulos morales o religiosos o con mi idea de pecado, no era eso. Nunca me había pasado por la cabeza que Lucas pudiera hacer algo así, como si su naturaleza fuera incompatible con esa indignidad. A fuerza de apreciar su carácter angelical, llegué a convencerme de que mi hermano tenía más de ángel, de ser inmaculado, que de hombre. Me costaba creer que Lucas se hubiera dejado llevar por los apetitos de los hombres comportándose como un bruto más. Ya ves, qué ingenua era entonces.

Me admiraba que Jaime pudiera contarme aquello con tanto aplomo, sin alterar su tono de voz tranquilo que tanto hablaba de su forma de ser y que a mi tanto me enamoraba. Llámame tonta, pero yo he estado enamorada de tu padre como una chiquilla toda la vida.

—Pero ¿cómo ha podido pasar si esa chica debe todavía ser una cría? ¿Cómo lo ha engatusado para que Lucas pierda el sentido común de esa manera? ¿O es que la ha forzado? ¡No me digas que la ha forzado! Pero si Lucas es un bendito. Mi hermano no podría hacer algo así. Dime que no es verdad. Pero ¿qué locura es esta?

No sé cuánto tiempo estuve así, despotricando ante la mirada paciente de Jaime, soltando todo lo que me venía a la cabeza, engarzando preguntas, moviéndome de un lado a otro, lanzando imprecaciones, apelando a santos y vírgenes que evidentemente no habían estado a la altura ni a lo que tenían que estar cuando se precisaba de ellos. Pregunté y grité hasta hartarme, como si con ello pudiera devolver a su sitio el aplomo que me había saltado por los aires hecho añicos.

Jaime me miraba condescendiente, me sabía demasiado joven entonces para asumir que la vida de la gente que no disfrutaba de nuestra posición, era mucho más dura y compleja de lo que yo podía imaginar. Cuando lo tienes todo es fácil mirar hacia otro lado. Todavía creía yo, que todas las personas tenían la capacidad de decidir sobre su propio destino. Nadie manda en su hambre, aunque se deje la vida en ello. Tenía razón Jaime, me faltaban unos soles para la madurez.

—Isabel, lo de menos ahora es cómo ha pasado. Suficiente remordimiento arrastra tu hermano para que nosotros lo atosiguemos con más preguntas y reproches. Nada podemos hacer ahí, el daño ya está hecho. En el pecado lleva la penitencia. Solo él tiene que enfrentarse a su conciencia, y ver cómo poner remedio a sus actos. No lo envidio. De lo pasado quedan las consecuencias, y es a lo que debemos hacer frente ahora. Somos sus hermanos,

estamos para ayudarle en lo que sea posible, para aligerarle el peso de la carga, no para hundirlo más con nuestros reproches.

Callé durante un buen rato, no porque estuviera de acuerdo, ni porque entendiera la postura de mi marido. Me admiraba su bondad, la lealtad inquebrantable para con su amigo. En el fondo, aunque no estuviera dispuesta a reconocerlo, me costaba aceptar, porque me dolía, que Lucas, por la incontinencia de su deseo, hubiera preñado a aquella chiquilla, cuando nosotros llevábamos casados más de seis años, y no conseguíamos que el altísimo nos bendijera con una criatura. Ya ves hija, en esos momentos yo andaba pensando en la justicia divina y en su racanería con nuestro matrimonio.

—¿Juana está enterada?

Fue lo único que se me ocurrió preguntar para romper el incómodo y oscuro silencio. No sé si preguntaba para saber, si buscaba refuerzos para la batalla, o si simplemente pretendía sumar a alguien más a una causa en la que me sentía completamente desnortada.

—¿Cómo no lo va a saber Juana? En La Palmera no se mueve una hoja sin que Juana esté enterada. Conoce a tu hermano más de lo que él mismo se conoce. Fue ella la que cayó en la cuenta del estado de la chica y la que convenció a tu hermano para que buscara nuestra ayuda. Esa mujer vela por Lucas más que por sus propios hijos. Aunque, esta vez, tendría que haber levantado más la guardia, estar más al quite en las noches; conocía de sobra lo que estaba pasando y los problemas que acabaría ocasionando. En fin, tarde para lamentaciones.

—¿Por qué Lucas no me lo ha contado a mí que soy su hermana? — La mirada cargada de ternura con la que me respondió Jaime fue suficiente para darme cuenta de que no era el momento más oportuno para andar jugando a hacerme la hermana ofendida, reclamando mi porción de protagonismo infantil.

—Hazte cargo Isabel: está muerto de vergüenza y de desesperación. No sabía cómo contárnoslo, especialmente a ti. Por muy casada que estés, no deja de verte como su hermana pequeña, como una mujer demasiado decente para decirle según qué cosas. Lucas solo ha querido evitarte el bochorno. Entre hombres, entre amigos, es más fácil hablar de este tipo de circunstancias. Déjale que respire, que salga de su congoja; tiempo tendréis de hablar.

—¿Y los padres de la chica? ¿Qué pasa con ellos? ¿Cómo han respondido? ¿Qué dicen? —pedía respuestas, una tras otra, con el ansia de que me ayudaran a mitigar la angustia que había irrumpido como una auténtica barrena en nuestra plácida vida.

—Todavía no saben nada. Pero parece que ese es el problema que menos nos debe de preocupar —Jaime respondía como si conociera mis preguntas de antemano y tuviera preparadas todas las respuestas.

—¿Cómo ha podido pasar? Tú y yo llevamos años de matrimonio, y no hemos conseguido que lleguen los hijos por mucho deseo que hemos puesto en ello. ¿Cuánto tiempo lleva Lucas encamándose con esa muchacha?

—Isabel, ¿crees que ahora importa mucho lo que preguntas? Estas cosas pasan — Por primera vez noté la impaciencia en la voz de Jaime. Le incomodó que sacara a colación, nuestro deseo de tener hijos, nuestra incapacidad para concebirlos, la infertilidad de nuestro matrimonio. Para él la prioridad era acompañar y atender a Lucas, resolver el problema que teníamos delante — Tu hermano tiene sus debilidades como todos tenemos las nuestras, ¿o pensabas realmente que tu hermano estaba hecho de pasta de ángel? Es un hombre y tiene sus necesidades, por mucha sotana que vista. Ahora solo cabe ayudarle, evitar que se equivoque, que tome decisiones precipitadas que acaben perjudicándolo a él y a toda la familia.

—¿Y cómo quieres que le ayudemos nosotros? Ha dejado preñada a una de las criadas de su casa, es sacerdote, vivimos en un pueblo pequeño, todo se sabe, y una criatura no es algo que se esconda fácilmente. Tarde o temprano alguien se dará cuenta del estado de la muchacha, y la gente empezará a hablar; se enterarán en el Obispado, y como mal menor Lucas tendrá que dejar el cargo y vete tú a saber si la misma hacienda. Porque no creo que el infeliz de mi hermano esté pensando en que puede dejarlo todo y formar una familia, ¡y aquí paz y después gloria! No puede ser tan inocente ni tan inconsciente —Evité recordarle a mi marido, como si con ello espantara el peligro, que cualquier movimiento en falso de Lucas, serviría para que Eusebio, el alcalde, y su cuadrilla de socios, tan avariciosos como él, intentaran hacerse con la administración del depósito de granos que tenía encomendada La Palmera; de ahí a la ruina, un paso.

—Eso es lo que a Lucas le gustaría, si no llevara toda la vida haciendo lo que los demás esperamos de él. La cuestión ahora es más complicada de lo que parece. A tu hermano se le ha puesto la vida patas arriba. Lo que empezó como un apetito que no pudo sujetar, ha despertado en él deseos, sentimientos e inquietudes que creía desechados, pero que siguen ahí, desatándose cada vez que encuentran ocasión. Tu hermano es todo menos un simple, y la preñez de la chica lo tiene sumido en un mar de dudas. Es consciente de sus obligaciones, sabe que no puede dejarlo todo. El abandono, además de la vergüenza y el deshonor, supondría la ruina, también para nosotros; perder todo por lo que tanto lucharon tus padres. No quiere perjudicar a la chica, ni deshacerse de la criatura. Tampoco quiere alejar a Piedad, dice que la quiere.

—¿Cómo que no quiere deshacerse de Piedad? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué significa que la quiere? ¿Es que mi hermano se ha vuelto loco y te está arrastrando a ti en su locura?

—Isabel, ¡se razonable! Los dos sabemos que la vocación de tu hermano fue la mezcla perfecta entre el interés económico de tu

padre, la devoción de tu madre y el deseo de Lucas por complacerles a los dos. La Palmera era un bocado demasiado goloso para dejarla en manos extrañas. Con tu hermano sacerdote, tu padre se garantizó la influencia en la provincia, y la protección del Obispado, que también se ha llevado buen cacho del negocio en todos estos años, todo hay que decirlo. Y la juventud. Lucas era demasiado joven para renunciar a la vocación que se le impuso, a base de cariño, tal vez, pero impuesta. Todos cometemos errores, pero algunos te atrapan y no vives suficiente para pagarlos y deshacer sus nudos. El suyo fue aceptar como propia la voluntad de tus padres, y conformarse con ella. ¿Quién somos nosotros para condenarlo si también sacamos partido de su sacrificio? Seamos justos y no lo hundamos más. — ¿Razonable? En aquellos días me hubiera bastado con encontrar algo firme a lo que sujetarme.

Isabel necesitaba hablar, contar, ayudar a restañar la herida invisible que sabía en sus hijos a fuerza de iluminar el pasado. Las tardes de confidencias en su casa ganaron en frecuencia. Mis hermanos y yo la escuchábamos respetuosos, ajenos a su relato, disimulando la desgana. El esfuerzo de Isabel por romper el silencio, por acercar a Piedad a nuestras vidas, topaba una y otra vez con la inmisericordia y el desapego que sus hijos llevábamos abrazados como una hiedra.

VII

Todavía me pregunto por qué decidí quedarme en Castell tras el entierro de Piedad. Quiero pensar que lo hice por cansancio o simplemente por pereza: me sobrepasaba la sola idea de tener que conducir de vuelta hasta Madrid; un trayecto que el agotamiento del día convertía en infinito.

La curiosidad, quizás la ahogada necesidad de saber, también jugó su papel, para qué negarlo. No había llegado hasta ese pueblo metido entre montañas, solo para presenciar el entierro de una mujer a la que únicamente conocía de oídas, por mucho rencor que sintiera hacia ella desde que escuché su nombre por primera vez, desde que supe que era mi madre, mi otra madre. Resistir la amabilidad e insistencia de Rosa, empeñada en que me alojara en su casa, tampoco resultó una tarea baladí; sus dos hijos estaban casados y con casa propia, le sobraban habitaciones, ganas y urgencia de hablar, de contar lo que su amiga había callado.

Decliné la invitación como pude. No necesitaba añadir al desasosiego del trance, la incomodidad y el esfuerzo de alojarme en casa de extraños, por muy amable y sincera que resultara su invitación y por bien que me hubieran caído. Rosa y su marido no dejaban de ser completos desconocidos para mí. Apenas hacía unas horas que sabía de ellos, aunque quien nos viera, pudiera pensar que yo era una más en esa familia. Quizás no fuera solo una apariencias. Opté por la independencia del hotel, por marcar cierta distancia, por moverme a mi aire.

Tras el funeral, cuando nos despedimos, Rosa se empeñó en entregarme una copia de las llaves de la casa de Piedad. Lo hizo con la ceremonia propia de quien tiene la misión divina de entregar un valioso legado en un acto protocolario, casi como un rito religioso:

“tómalas, la casa es tuya. He preparado la habitación por si te quieres quedar”. La decisión y la rapidez con que Rosa puso en mi mano el pequeño manojito de llaves, anuló cualquier posibilidad de oponerle resistencia. Acepté, era lo menos que podía hacer después de las molestias que la mujer se estaba tomando conmigo. No quise resultar desconsiderada, ni quedar por arisca como era habitual en mí. Guardé el llavero, como quien suelta una cerilla encendida cuando alcanza las yemas de los dedos que la sujetan. No tenía intención alguna de dormir en esa casa.

Antes de regresar al hotel, di un largo paseo por el centro del pueblo hasta llegar frente a la puerta de la vivienda de Piedad, ahora mía y de mis hermanos según Rosa. La fachada lucía recién remozada. El blanco inmaculado de la pintura realzaba la piedra del zócalo y la hacía destacar en la calle. Me quedé allí un buen rato, apoyada en la pared de la casa de enfrente, soportando las miradas curiosas del vecindario que atravesaba la calle arriba y abajo. Pese a sus dos plantas, a simple vista era la vivienda más pequeña de la calle. Las persianas estaban bajadas, en el balcón se asomaban unos geranios pidiendo agua a gritos, abandonados. No me atreví a entrar.

La conversación con Manuel consiguió sacarme del bucle en el que llevaba metida todo el día. La llamada entre nosotros al final del día, ha acabado convirtiéndose en un ritual, un hilo sutil que nos conecta y nos mantiene unidos, el recordatorio de que todavía nos importamos. Puede durar tres minutos o una hora, fluir o entrelazar silencios, según el día, pero no falla. Un hábito que por espontáneo no nos obliga. Al principio fue él quien se preocupó de llamar todas las noches, un ¿qué tal te ha ido hoy?, dos crónicas diarias intercaladas, otro ¿necesitas algo?, un buenas noches, como si la distancia se hiciera inmensa y nos dejara cierto regusto a añoranza y la sensación de vivir a la deriva. Llevábamos un par de meses viviendo separados cuando dejó de llamar. Pasaron varios días sin saber de él, hasta que intuí que su silencio no era más que una

llamada de atención, una invitación a que, por una vez, fuera yo quien tomara la iniciativa; que le dijera con mi llamada que necesitaba saber de él todos los días, que me importaba. No soy demasiado rápida para captar lo simple, aunque lo simple guarde lo más importante, lo que nos esponja el alma.

—¿Cómo te ha ido? ¿Ya estás de regreso en casa? —la voz de Manuel, aunque lejana, me devolvió a mi mundo, a mi zona de confort, a la seguridad de lo cotidiano, de lo mil veces trillado. Su voz lo delataba: no era capaz de disimular la curiosidad que le provocaba mi viaje y de paso, todo lo que podía removerme por dentro. Contra mi costumbre, previsible hasta el aburrimiento, esta vez había conseguido sorprenderlo, incluso desconcertarlo, a él, que siempre ha presumido de conocerme mejor de lo que yo misma me conozco. Y en realidad tiene razón, aunque solo sea por todos los años que lleva soportando una historia familiar ruinoso, pendiente de mí, intentando descifrarme, queriéndome.

—Sigo en el pueblo. Hemos acabado tarde con las cuestiones del funeral y me ha dado mucha pereza conducir de vuelta y de cara a la noche. He preferido quedarme a dormir aquí. He cogido una habitación en el hotel.

Mi respuesta sonó a excusa, como si a estas alturas de mi vida todavía tuviera que dar explicaciones y justificar cada una de mis decisiones. Imaginé al otro lado del teléfono el amago de sonrisa de Manuel ante mi respuesta, escuché su “eso ya lo sabía yo” aunque no lo llegara a pronunciar. Demasiados años juntos, demasiadas raquíticas batallas cotidianas como para no conocernos. Demasiado cariño también.

—Marina y Guillermo se están echando unas risas a tu costa. Media vida intentando convencerte para que dejaras de negarte la oportunidad de conocer a tu madre biológica, y permitieras a la abuela Isabel cerrar su historia, y no has cedido. Y ahora, una sola llamada de teléfono, consigue llevarte a la boca del lobo. ¡Bien

Carmen! nunca dejas de sorprendernos. En fin, será que es este el momento, las cosas ocurren por algo, unas llevan a otras. Quizás encuentres ahora eso que dices que te falta. Tus hijos dicen que te haces mayor, que esto te ha pillado con la guardia bajada. No se entiende de otro modo, la verdad. Bien está lo que bien acaba.

Los imaginé juntos a los tres, sentados en cualquier café de Atocha, disfrutando de unas cañas de cerveza bien fresca, picoteando unas aceitunas y unas patatas fritas, y comentando los últimos acontecimientos, haciendo chistes a mi costa. Motivos les estoy dando, para qué negarlo. La estricta e insulsa profesora de química dejándose llevar por una corazonada, reconociendo su vulnerabilidad y sus vacíos, abatiendo las resistencias que creía inexpugnables y eternas. Menos mal que le han salido al padre: Manuel tiene el sentido del humor y la alegría que me faltan a mí. Los chicos han alcanzado esa edad en la que los hijos nos permitimos hacer broma a costa de los padres, como si el escrutinio y la necesidad de educar hubieran cambiado de bando. Tal vez se trate de un mecanismo de defensa, un intento de distorsionar la imagen que encontramos cuando al mirarnos en el espejo vemos más reflejo de los padres que de nosotros mismos; la necesidad de marcar la diferencia, para sentirnos nosotros, únicos e irrepetibles, aunque no logremos evitar parecernos tanto. ¿Qué gestos son de mi exclusiva propiedad y cuáles les debo a Jaime y a Isabel? ¿A Piedad y a Lucas? ¿Qué dejaron en mí? ¿Qué es mío y qué es de ellos?

La complicidad entre Manuel y los chicos no deja de ser el mejor indicador de que, a fin de cuentas, no hemos resultado unos padres tan desastrosos como nos temíamos. “Mamá ¿te importa si Guillermo y yo vamos a vivir una temporada con papá?” Sí que me importaba, claro que me importaba, me importaba mucho más de lo que ella pudiera imaginar. Y me dolió. Dije que no, que por supuesto, que me alegraba por su padre y por ellos; que seguro que les iba a ir bien a los tres. Callé que me partían el alma, que me sentía abandonada; esa sensación de abandono que me acompaña siempre. Los hijos a veces son el espejo en el que no queremos ver

nuestro propio desapego. Reconozco que el mérito en las cuestiones de crianza, también el empeño en tener hijos, se lo puede atribuir en exclusiva Manuel, él ha mostrado todo el instinto maternal, si de verdad existe, que a mí me negaron los dioses. Yo nunca he pasado de ser, como le gusta llamarme a Marina, “una madre desnaturalizada”. Algún día tendré que confesarle a Manuel que no hubiese encontrado mejor padre para mis hijos que él y que envidio la camaradería que ha construido con ellos. Ojalá yo hubiera sabido conquistar un hueco en esa relación. Seguro que él ya lo sabe.

—Anda, cuéntame, ¿cómo ha ido todo?, ¿qué tal el pueblo? Me tienes intrigado. Llevo todo el día pensando en ti, imaginándote. No te he llamado por si interrumpía algo importante o conducías. Me hubiera gustado acompañarte.

Agradecí esa última frase de Manuel “me hubiera gustado acompañarte”. No había queja ni reproche en ella, solo la expresión de un deseo. Cómo agradezco que las palabras de Manuel signifiquen solo lo que dicen, sin dobleces, sin recovecos, cerradas a cualquier interpretación. A veces pienso que acabé dedicándome a la química porque me resulta más fácil moverme entre fórmulas, cálculos y valencias que entre palabras. Reprimí un “me hubiera gustado que estuvieras aquí”. Seguro que a Manuel le hubiera encantado escucharlo.

—Extraño y muy desconcertante, ese sería mi resumen del día. Todavía ando recolocando mis pedazos. Por explicártelo gráficamente: en la imagen del elefante que irrumpe en la cacharrería, yo soy la cacharrería. No me ha quedado ningún trasto en su sitio, todos han saltado por los aires.

La risa contagiosa de Manuel al otro lado del teléfono me arrastró, llevándose por delante buena parte de la tensión que se me había acumulado a lo largo del día.

—¿El elefante es Rosa? —Donde mi marido pronunció un nombre propio, Rosa, yo escuché un color. La pregunta de Manuel me desvió a otro escenario, más tierno y familiar, más lejano. Me devolvió al recuerdo de Rosendo, el enorme y patoso paquidermo rosa enamorado de las abejas, que aparecía en los cuentos que leíamos a nuestra hija Marina cuando apenas levantaba un palmo del suelo. El pobre animal, una y otra vez, salía magullado y corriendo por patas para huir de los mil líos que provocaban los traviesos insectos.

—No, el elefante es Piedad, un elefante tan grande como Rosendo —respondí sobreponiéndome a la risa, intuyendo la inmediata complicidad de Manuel —Rosa solo anunció la tormenta, una tormenta que siempre ha estado ahí y se ha cansado de que la ignoremos. Todo pasa por algo ¿no es esa tu teoría? Viniendo hasta aquí, he abierto la caja de Pandora, y he dejado que todos los demonios anden sueltos... Las heridas guardan su rastro, y las que no están bien curadas acaban abriéndose. Eso es lo que tú has dicho siempre. Profecía cumplida.

—¿La has podido ver?, ¿cómo era? —Manuel no estaba dispuesto a dejarme perder la oportunidad de soltar el lastre arrastrado durante tanto tiempo a cuenta de nuestro “secreto familiar”. Tiene todo el derecho, para eso lo ha sufrido con nosotros. Bajo la apariencia de normalidad, de felicidad familiar, de ejemplaridad, siempre ha quedado un cabo suelto, una pieza que no cuadra, una pregunta sin respuesta que socava lo que hay de verdad en nuestras vidas, un rencor infinito que no encuentra destinatario, que no permite la calma.

—La he visto, y no puedes imaginar el increíble parecido que guardaba con mi hermano Andrés. Por un momento he pensado que era él, con cuerpo de mujer y una veintena de años más; salvando la mata de pelo blanca y el cuerpo presente. Si mi hermano la hubiera visto, se habría hecho una idea bastante precisa de la apariencia que le espera a medida que vaya cumpliendo años. Debí de ser una mujer muy guapa, todavía lo era, aunque precisamente no es que la

muerte embellezca. He reconocido mis facciones en las de ella, no te lo voy a negar. ¿Te acuerdas de aquella fotografía antigua que guardaba Isabel en la que Lucas posaba con todos sus trabajadores en la escalinata de entrada de La Palmera? Piedad sonreía en la esquina de la imagen, era un día de fiesta, vestían de domingo. Pues échale muchos años, pero la cara era la misma. Perfectamente reconocible. Fue muy guapa hasta el final. Es evidente que, por lo menos, buena parte de nuestros genes los puso ella. ¿No te parece absurdo, que la primera vez que ves a la mujer que te trajo al mundo sea para despedirla definitivamente?

—No quisiste hacerlo antes. Pero esa no es la cuestión ahora. Lo importante es cómo te sientes tú, si te ha hecho bien verla, llegar hasta ahí, aunque solo haya sido para despedirla.

—Desconcertada. No sé si me he dejado llevar por un arrebató o por la necesidad de cerrar cuantas pendientes. No sé si he llegado demasiado tarde o realmente este era el momento. No sé. Estoy aquí, es lo que cuenta ahora. Una pena que sea la muerte del tío Lucas, de Isabel, de Jaime y ahora la de Piedad, la que nos empuje a reconciliarnos con nosotros mismos, a cerrar el círculo. Parece que llevemos grabada en el alma, una herencia de deudas y culpas difícil de liquidar, como si los intereses siguieran creciendo a pesar de las ausencias. Todas las preguntas y los reproches acumulados, se han estampado en el cristal del tanatorio, no han llegado a rozar a la mujer que fue mi madre. Quizás tú e Isabel teníais razón y estuvo esperándonos todo este tiempo. Es tarde para saberlo. Demasiadas contradicciones para digerir en un solo día. Estoy aquí, eso es lo que cuenta ahora. Me siento bien.

—¿Vuelves mañana entonces? ¿Quieres que cenemos juntos? —Le conocía lo suficiente para atisbar en Manuel la impaciencia por verme, por compartir conmigo lo que estaba viviendo, por arroparme con su presencia.

Me tomé unos minutos antes de responder, los mismos que necesité para acabar de tomar una decisión.

—Sé que te vas a reír de mí. Posiblemente me esté equivocando, pero he decidido quedarme aquí unos días, hasta que consiga aflojar un poco este nudo que me tiene atrapada. Llamaré por la mañana al trabajo, no creo que Esteban tenga demasiados problemas para sustituirme en las clases durante un par de días. He quedado a primera hora con Rosa, tiene mucho interés en que hablemos, en contarme. Me ha pedido que vaya a su casa para estar más tranquilas y darnos el tiempo necesario. Es lo menos que puedo hacer por ella con todas las molestias que se ha tomado. Después quiere enseñarme la casa de Piedad. Ayer se empeñó en darme las llaves, dice que es de mis hermanos y mía. Eso ya lo veremos. Soy consciente de que este viaje desnortado puede acabar convirtiéndose en una terapia de inundación que termine desbordándome, ahogándome sin remedio. Tendré que asumir el riesgo. Si tanto ha tardado en llegar el momento, habrá que aprovecharlo y dejar de huir de una vez por todas. Ya ves Manuel, tanta resistencia para llegar hasta aquí.

Cuando colgué el teléfono, caí en la cuenta de que estaba llorando. No fui consciente del momento en que la congoja había acabado anudándome la garganta. Intenté recordar la última vez que sentí el alivio que dejan las lágrimas cuando nos drenan por dentro. Manuel había escuchado silencioso mis lágrimas.

A las diez en punto, todavía con la fresca de las primeras horas de la mañana, me esperaba Antón en la puerta del hotel, sentado en su furgoneta gris, escuchando la radio y sacando el humo a un pequeño puro a golpe de profundas caladas. La ventanilla le hacía las veces de chimenea. Lo mandaba Rosa a por mí. El hotel, más que digno para un pueblo tan pequeño, apenas distaba un paseo de quince minutos hasta su casa, distancia que yo hubiera caminado

gustosa ese día, si mi anfitriona no hubiera decidido seguir colmándome de atenciones. Bendita hospitalidad, aunque nos prive del paseo deseado y de la libertad de movernos a nuestro antojo y aunque no sea una virtud de la que yo pueda presumir. En coche, y a una velocidad que a mi improvisado chófer le daba tiempo a saludar a toda persona que se le cruzaba por delante, apenas tardamos cinco minutos. Antón me dejó en la puerta de su casa y se marchó sin bajar del vehículo, luciendo una sonrisa de hombre satisfecho tras cumplir la misión encomendada.

La vivienda de Rosa, se ubicaba en el extremo opuesto del pueblo en relación al tanatorio y a la casa de Piedad. Era la última de una calle de construcciones iguales en las que todavía se podían ver las placas que las señalaban como de Protección Oficial y hablaban de años sesenta y de tiempos en los que los trabajadores se deslomaban para comprar sus nidos y los de sus hijos. La suya era de construcción más reciente, hecha para ver crecer una familia numerosa. Orientada hacia el sur, miraba al campo, bancales de secano, y a la montaña y a un enjambre de chalets nuevos, algunos en plena construcción, ufanos de diseño y de tapias altas.

En la misma entrada recibí la vahada del inconfundible olor a limpio, a lejía, a ventanas abiertas, a casa ventilada, a café recién hecho y a olla puesta a fuego lento, a puchero. La sonrisa de Rosa se agrandó a la misma velocidad que se echaba las manos a la espalda para deshacer el nudo de su impoluto delantal azul estampado con diminutas florecillas blancas. Escuché el “estás en tu casa” más sincero y cariñoso que nadie antes me había regalado. Apagó la radio antes de que al locutor le diera tiempo a completar su buenos días a la audiencia, y me condujo al salón como maestra de ceremonias que ejecuta una coreografía interpretada mil veces. Las fotografías de familia en el aparador, los cuadros, los tapetes de ganchillo, la gran mesa de madera, las plantas, los cojines estampados, todo hablaba de esmero, de detalle, de tiempo, del espacio que mi anfitriona había conquistado milímetro a milímetro para convertirlo en su particular reino.

En un rincón del salón, junto a la ventana, sobre la mesa camilla, esperaba una bandeja con pastas, suspiros y almendrados, y uno de esos juegos de café de porcelana blanca y florecitas pintadas, que pasan la vida cautivos en los aparadores sin que encontremos ocasión o motivo para dejarlos salir, salvo para la limpieza anual de rigor. Las cortinas a medio correr dejaban entrar toda la claridad del día. Por debajo de la persiana de madera se colaba una brisa de aire fresco cargada de olor a pino, a primavera y a buen tiempo. Hasta el mediodía nadie nos interrumpiría.

La conversación con Rosa brotó como caño de agua contenida que revienta y encuentra su cauce, como si llevara esperando una eternidad para volver a su querencia. No hicieron falta demasiados prolegómenos. Mi anfitriona tenía más claro que yo el motivo de mi presencia en su casa y no se perdió en rodeos. Dejó fluir el relato que, sin ella misma saberlo, llevaba cosiendo puntada a puntada desde que su historia se cruzó con la de Piedad. Necesitaba contar, concluir su misión, honrar el compromiso adquirido con Piedad, honrar su memoria; tal vez solo salvarme.

VIII

No podíamos seguir disimulando, como si no pasara nada. Eso al menos decía Juana, ella era la que sabía de esas cosas. En cualquier momento, alguien, cualquiera, se daría cuenta de que mi cuerpo ya no era el de la niña que llegó a la finca apenas hacía unos años. Alguien se fijaría más de la cuenta en el volumen que tomaban mis senos, en la redondez de mis caderas, comentaría el vómito en el lavadero, el resfriado permanente o que me movía arrastrada de cansancio y de sueño. Alguien ataría cabos y acabaría destapando la preñez. Alguien, cualquiera.

Iba para doce semanas y ya no alimentábamos dudas sobre mi embarazo. Aunque tuviera la precaución de no decirlo, Juana albergó hasta entonces la esperanza de que la inmadurez de mi barriga malograra a la criatura y acabara por echarla afuera antes de tiempo. Pero la vida siempre se resiste, más cuando menos debe, y la desgracia también.

Fue Juana la que alertó a Lucas sobre mi estado. Se lo dijo como lo hacía todo con él: sin preguntar, sin culpar, limitándose a exponer lo que sabía, y proponiendo soluciones. Conocía a Lucas de sobra, lo había criado ella, y en la casa no se movía ni el aire sin que ella lo supiera y lo dejara pasar. La ama tenía a su patrón por un buen hombre, le profesaba una estima incondicional, y le dolió verlo llorar, como lloran los niños que no pueden arreglar lo que han roto. El mal ya estaba hecho.

Al día siguiente, con la excusa de llevar algo de cosecha a mi casa y tomar un día de descanso, Juana hizo que Menegildo, el cochero, me llevara al campo. Tenía que informar a padre y a madre de que estaba en cinta, de que seguiría empleada en La Palmera y de que

don Lucas se haría cargo de todo lo que fuera menester. Así todo de corrido, como lección aprendida de memoria.

La ama salió a despedirme a la puerta de la casona, como quien despide al soldado temeroso que marcha a la guerra: insuflando ánimos y temiendo las heridas, o algo peor. Antes, la ama se había preocupado de aleccionarme en la necesidad de no hablar más de lo necesario y contar sólo lo importante: que el patrón se haría cargo. Juana conocía de sobra a Mateo, llevaba media vida soportando su presencia y su nefasta soberbia como capataz de la hacienda. Para ella, pocos hombres como padre representaban la ruindad con tanta nitidez. Los patrones, antes que Lucas su padre, conocían de sobra que padre sisaba a la propiedad todo cuanto podía, y que trataba mejor a las caballerías que a las personas a su cargo ¿cómo iba a ser mejor con su familia? Les era útil, porque de su avaricia y sus tropelías también ellos sacaban rédito y de paso tenían controlado al personal, más ocupado en odiar al brazo ejecutor que a quien consentía el maltrato. Padre era el perro más fiel de los Salinas, porque sabía que afuera, la jauría acabaría con él.

De camino, entre el polvo y la sequedad de la tierra, buscaba las palabras y el aliento: “me envía el amo a decirles...”

—¿Quién te ha preñado? —en la mirada de padre solo cabía el desprecio, la inquina y la oscuridad que esparcía a su alrededor. Me interrogó como si escupiera las palabras, únicamente por la necesidad de saber quién estaba haciendo uso de un bien que él consideraba de su propiedad, para reclamarlo o bien para hacer pagar por él según le conviniera. Para poco más le servía a él ya.

—Ha sido el amo, don Lucas —Apenas conseguí susurrar la respuesta que me exigía. Temblaba entera esperando el golpe cargado de desprecio que creía me llegaría en cualquier momento. Tartamudeando y ahogando el llanto, apenas pude acabar de decirle, que el señor asumiría sus obligaciones, y que yo seguiría empleada en La Palmera.

—¿Además de puta nos has salido mentirosa? —Padre no esperó a que acabara de hablar, era evidente que no estaba dispuesto a perder el beneficio que le podía procurar mi deshonor —don Lucas es un buen hombre. Cuídate mucho de decirle a nadie que ha sido él quien te ha hecho ese bombo. ¡Mentirosa, que no me entere yo! Si te has encamado con un sinvergüenza como tú, no quieras colgarle el muerto al señor, que bastante hace con consentir que te quedes en su casa, tú y lo que tengas, si es que al menos aprovechas para parir.

Sin apartar los ojos de la única ventana por la que entraba algo de luz en aquella cocina, me mordí los labios hasta dejarme los dientes marcados. Necesitaba confirmar que aquello no era otra pesadilla, que era real lo que escuchaba. Apreté las piernas para que los nervios y la rabia no lograran que me orinara encima.

—¡Marrana!, por lo menos te habrá dado gusto que el amo te manosee y se encame contigo ¿no? —Fueron las únicas palabras que escuché de mi madre, indolente y quieta al calor del fuego, como testigo negro, indiferente a lo que sucedía a su alrededor, como verdugo encargado de dejar caer el último tajo, el de gracia; enrollada sobre sí misma, como su moño deshilachado al cogote. Vieja y oscura, como su existencia.

—Márchate para la finca, arremángate y trabaja y no nos avergüences más de lo que ya lo has hecho. Que no tengan que decir que además de puta, eres una vaga inútil.

El último escupitajo de padre apenas me rozó. El asco y la rabia que me nació hacia los que se decían mis padres, me dejó la boca amarga y áspera de por vida.

Ese día, no llegué a ver a ninguno de mis hermanos, aunque los sabía escuchando, metidos en algún hueco, escudriñando, a salvo de la vista de padre.

Salí por la puerta de aquella casa dejando allí, el despojo de la poca inocencia que me quedaba, y de una infancia que nunca llegué a tener.

IX

Cuando se me empezó a notar la tripa, Juana se encargó de que saliera de La Palmera lo menos posible. Convenía que no me vieran más de lo necesario, ni en la casa, ni en la calle, ni en ningún sitio. Tenía que desaparecer, hacerme invisible, más de lo que ya lo era. En aquel mundo tan pequeño, era imposible ocultar mi preñez, evitar comentarios y chismes. Cuando no hay más realidad de la que ocuparse que del trabajo y de espantar el hambre, de cualquier cosa se habla, aunque con la lengua se destroce hasta el aire. Sin malicia también se hace daño. Algunos tienen tan poca vida que necesitan la de los otros para tener algo, para meter el hocico y hoyar en el estiércol.

Mi propio padre, en su papel de ofendido, se ocupó de escampar por el pueblo, la noticia de que alguien había preñado a la sinvergüenza de su hija. Al anuncio, añadía la advertencia de que acabaría descubriendo al malnacido que se había aprovechado de ella, por mucho que se escondiera. Juraba que ese día lo mataría. Si algo le sobraba al hombre era bravuconería y ganas de bronca. Cuando uno lleva la miseria tan hundida en el tuétano no respeta ni a los hijos ni a nada que no sea su propia inquina. Nadie le conminó a callar, por la simple razón de que el cuento que proclamaba era el que convenía a todos, o por lo menos, y por distinto motivo, a él y a Lucas, aunque a mí me dejara más sucia que un trapo embarrado.

Yo sabía entonces de embarazos y de partos, poco más de lo que había visto a los animales que se criaban con nosotros en el campo, y lo poco que había escuchado a Juana y a las otras muchachas del servicio, o en los corrillos de las mujeres en las noches a la fresca. Las cosas las aprendíamos así, a base de escuchar, de mirar; no había más escuela. Si sabía poco de la vida ¿cómo iba a saber de embarazos? Recién acababa de cumplir los dieciséis años. No

guardaba ni una palabra dicha por boca de mis hermanas que eran un poco mayores, ni por la de mi madre. Ella era más de advertencias maliciosas, para las que yo no tenía conocimientos ni edad cuando salí de criada: “con los hombres cierra las piernas, y te evitarás problemas”, “un minuto de gusto, toda la vida de disgusto”, “prometer y prometer hasta meter, que no te engañen con zalamerías”. Así se las gastaba mi bendita madre.

Lucas le indicó a Juana que me procurara, con toda la discreción posible, las atenciones de médico y comadrona que precisara, sin regatear en cuartos, y que me librara de todos los trabajos que, en mi estado, pudieran resultar penosos.

El ama no necesitaba instrucciones de nadie, se anticipaba a las tormentas, como si tuviera un don natural para prevenirlas y afrontarlas, que no para evitarlas. En mi embarazo, como en todo, fue ella la que tomó rápidamente las riendas de la situación. Conocía de sobra a su patrón para saberlo completamente perdido y desbordado ante el desastre que había causado con su propia incontinencia. Protegía a Lucas como a un hijo y asumía, sin que él se lo tuviera que pedir, las cargas que le resultaban arduas o ingratas, que en general eran todas las que no tenían que ver con las obligaciones de su cargo, con la gestión de los campos y el silo o con sus libros.

En los días que pasaron hasta que se decidió todo, Lucas parecía un desconocido: taciturno, nervioso, esquivo con todo el mundo. Se encerraba durante horas en su despacho y evitaba encontrarse con los trabajadores, y con cualquiera si no era absolutamente preciso. Únicamente salía de la casona para asistir las obligaciones urgentes de la parroquia o de la finca.

“Hágase usted cargo de ella, ya es suya, yo no la necesito para nada”. Fueron las únicas palabras que Lucas recogió de mi padre cuando quiso dar la cara ante él. Por mucho que despreciara a su capataz, por mucho que se supiera el amo, Lucas no pudo eludir la

contrición ante Mateo: por no haber respetado a su hija, por no haberse comportado como un hombre decente, como se esperaba de él.

El acto de penitencia no le supuso ningún alivio, bien al contrario, solo sirvió para que creciera en él, todavía más, el desprecio que sentía hacia Mateo y el asco que le provocaba su sola presencia. Lucas leyó el cierre de un trato en las palabras de mi padre: compénseme y haga usted lo que quiera. Se le revolvían las tripas al pensar que además de permitir que le siguiera robando y que se comportara como un déspota en la finca, tenía que compartir mentiras y silencios con el miserable que le estaba vendiendo a su propia hija. Un trato, como si hablara de ovejas o de espuelas de cebada. Si en ese momento un rayo hubiera partido por la mitad a Mateo, yo hubiera creído en la justicia divina, y Lucas también.

Aquella noche, cuando la casa quedó en silencio del ajetreo diario y los peones y las demás muchachas marcharon a sus casas, Lucas nos llamó a su despacho. Quería hablar con Juana y conmigo, con las dos a la vez. Sin que nadie nos molestara, sin que nadie pudiera escuchar.

Yo a malas penas conseguía controlar los nervios y la extrañeza que me provocaba la convocatoria. Pese al tiempo que llevaba en la casa y pese a la intimidad de la alcoba y la preñez, no entraba en mi lógica que el amo quisiera hablar así con nosotras, que quisiera pedirnos opinión, ¿qué opinión podía dar yo si solo era un manojito de inseguridad y miedo?

Lucas había dispuesto tres sillas, él ocupaba la del centro y nosotras nos sentamos una a cada lado, formando una especie de triángulo. Empezó a hablarnos sin levantar los ojos del suelo, como si contara las figuras de los ladrillos, con un tono de voz que más parecía un susurro que el inicio de una conversación. A trompicones enlazaba unas palabras con otras, llevándolas de un lado a otro, como si estuviera confesando. Yo no alcanzaba a retener todo lo que decía.

Fuera de sus homilías en la iglesia, era la primera vez que le escuchaba tantas palabras seguidas: “soy el único responsable de lo que ha pasado”, “no tienes culpa de nada” “no me he sabido comportar como debía”, “he abusado de vuestra confianza”, “culpa”, “pecado”, “criatura inocente”, “enmienda”, “reparar el daño...”

Estuvimos así un buen rato: él mascullando sus pensamientos y nosotras escuchando en silencio su letanía. Conforme hablaba, parecía que se iba vaciando, como cántara que perdiera agua. De vez en cuando, como si de golpe recordara que Juana y yo estábamos sentadas a su lado, alzaba los ojos y nos lanzaba miradas fugaces, sin consentir que sus ojos se posaran sobre los nuestros más de un segundo. Abatido, miraba a Juana con vergüenza, como el hijo que ha defraudado las esperanzas de la madre. No conseguía frenar el movimiento de sus manos. Hablaba y frotaba una y otra vez la pluma que sostenía, como si pretendiese convertirla en una tabla de salvación a la que aferrarse.

—Intento valorar la mejor solución, la menos gravosa para todos, especialmente para ti Piedad. Tú eres la principal perjudicada en el desastre que he provocado. No olvido tampoco a la criatura inocente que viene en camino. No voy a rehuir mi responsabilidad. Antes de hablar con vosotras, he pedido consejo a mi hermana Isabel y a su marido, junto con vosotras ellos son mi única familia y todo lo que sucede en La Palmera les concierne. Entre todos debemos encontrar una solución, aunque la última palabra sobre el proceder que sigamos a partir de hoy, te corresponderá a ti Piedad —Hizo un silencio y me miró a los ojos, buscando mi atención, mi conformidad. Era la primera vez que alguien pedía mi aprobación en algo. Yo no entendía bien lo que quería decir, no conseguía apaciguar la vergüenza y el calor que me arrasaba, las ganas de salir corriendo y desaparecer —No haremos nada con lo que tú no estés conforme, al fin y al cabo, te va el porvenir en ello.

Juana se mantenía en silencio, las manos quietas en el regazo gris y la mirada baja. Era una mujer de presencia, de equilibrio, austera en

gestos. Evitaba mirarnos, que su mirada pudiera delatar lo que tenía en la cabeza. Escuchaba paciente, esperaba su turno pese a no tener ningún interés en que le llegara.

Las palabras de Lucas lejos de sacarme de la congoja que vivía desde que se confirmó la preñez, o de aportarme alguna certeza, una argolla a la que aferrarme para no perder pie, acabaron lanzándome sin remedio al torbellino de miedos y dudas que era mi vida en las últimas semanas. ¿Qué decisión podía tomar yo? ¿Sobre qué? Me desesperaba la sola idea de parir, de verme sola con un hijo al que criar, sin saber ni cómo ni con qué.

—La solución que llevo barajando desde el principio, quizás la más razonable para todos, es que salgas de La Palmera y críes a tu hijo fuera de aquí. Mejor en algún lugar lejos, donde no nos conozcan, preferiblemente en alguna capital. Yo me encargaría de proporcionar una vivienda para vosotros y un buen trabajo para ti; procuraría que no os faltara lo esencial para vivir con tranquilidad, sin que tuvierais que pasar ninguna penuria. Quizás algún día, tu podrías rehacer tu vida, y con el tiempo, quién sabe si perdonar el abuso que has sufrido aquí.

Lucas dejó que el silencio se instalara entre los tres, que reposáramos la reflexión que acababa de presentarnos. De soslayo mantuvo su mirada fija en mí, como si apremiara una respuesta que no obtuvo.

Las pesadillas que pudiera haber tenido de chica, en el camastro desvencijado de nuestra vieja casa, resultaban niñerías comparadas con el pavor que me provocaba la solución propuesta por Lucas. Me abocaba a enfrentar una vida que yo solo podía ver como una amenaza reventada de sombras. Sola y lejos. “Tu hijo” dijo, como si el engendro tuviera más de mí que de él. ¿Mi hijo?, ¿quién me había preguntado a mí si quería tenerlo, si estaba dispuesta a desgarrarme por él? ¿Salir de La Palmera no era abocarme al vacío?

—Mi cuñado Jaime y mi hermana Isabel, me han hecho contemplar otra solución, favorable para ellos y quién sabe si a la larga para todos. No está exenta de complicaciones ni de dolor, tampoco de generosidad; nos exigiría a todos, mientras vivamos, mantenernos cómplices de una ficción —Lucas hizo una pausa larga, arrastraba la mirada por las baldosas, como si todavía sopesara la conveniencia de seguir hablando. Tomaba aire y nos miraba buscando en Juana y en mí, un gesto que le animara a continuar, que le insuflara el ánimo que precisaba para concluir el infame cometido que llevaba entre manos. Pero Juana seguía impasible, o eso parecía, con los ojos entornados y las manos reposadas en el mandil, y yo peleaba para que la tensión que me comía no acabara por desbocar el temblor que no dejaba tranquilo mi cuerpo. Temí romper a llorar en cualquier momento, ganas no me faltaban —El mayor sacrificio sería para ti Piedad, tú llevas la peor parte. Eres la más perjudicada, no nos vamos a engañar. Jaime e Isabel no pueden tener familia, ya lo sabéis, y estarían dispuestos a hacerse cargo de la criatura que llegue, a darle sus apellidos y a criarla como suya desde el mismo momento de su nacimiento. La criatura no tendría que pasar ninguna necesidad y disfrutaría de las ventajas de quedarse en la familia. Serían mis hermanos los que marcharan a la capital. A mi cuñado no le supondría ningún esfuerzo encontrar un buen acomodo en el Ministerio. Tú Piedad, tendrías que renunciar al recién nacido nada más dieras a luz. A todos los efectos no sería tu hijo. Una vez repuesta del parto podrías volver y vivir en La Palmera mientras tú quieras.

Lucas pronunció las últimas palabras de carrerilla, como si le quemaran en la boca, como si estuviera firmando su propia excomunión: “no sería tu hijo...” Juana se revolvió en la silla saliendo de golpe de la actitud apacible y aparentemente ajena que había mantenido desde que Lucas inició su perorata. Parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas de un momento a otro y tenía la boca tan abierta que se le podían ver los huecos de las muelas que le faltaban. Apoyaba las plantas de los pies en el suelo buscando afianzarse, frotaba las manos en el delantal con tanto brío, ora las

palmas, ora el envés, que parecía que estaba afilándolas. Lucas le había sacudido las entrañas, y ella respondía como perro guardián que se pone en alerta, oliendo el peligro y dispuesto a saltar sobre la amenaza. Yo caí en la cuenta en ese momento, de lo poco que conocía a Juana. Poco más sabía de ella que era viuda, que tenía dos hijos, que había entrado a servir en La Palmera todavía en vida de los padres de Lucas, y que gastaba pocas palabras en comparación a la autoridad que ejercía. También sabía que daría su vida por proteger a Lucas.

—Confieso que también prefiero que el retoño se quede en la familia. A fin de cuentas, aunque sea el fruto de mi pecado, no deja de llevar mi sangre y tengo obligaciones con él. También pienso en la felicidad que llevaría a la casa de mi hermana —Lucas siguió hablando sin quitar la vista de Juana —Sé que lo que le estoy proponiéndole a Piedad es antinatural. Renunciar a un hijo no solo es doloroso, va contra la naturaleza misma de cualquier mujer. Tapamos un pecado con otro, lo sé. Piedad es joven, podrá rehacer su vida algún día, encontrar un buen hombre, tener su propia familia. Pero ahora tenemos que encontrar la mejor solución para todos, también para el niño. Este es el momento de hablar y tomar una decisión, por mucho que nos pese —Lucas se dirigió a mí, que seguía perdida en medio de tanta disertación. Yo agradecí que no empleara con nosotras el tono ampuloso y blando de sus misas, que no disfrazara de virtud lo que nos abominaba a los tres —Tú tienes la última palabra Piedad, nada se hará sin tu consentimiento. Esto es lo que yo te puedo ofrecer, lo que hagamos a partir de hoy depende de lo que tú decidas.

Era yo la que tenía que decidir, yo que no había decidido nada en mi vida, que no sabía ni hacerme cargo de mí misma, que no tenía dónde caerme muerta.

Hubiera querido encontrar la respuesta que se me pedía en alguno de los libros que atiborraban los estantes de aquella estancia, la

explicación al terror de verme con un hijo, fuera de aquella casa y de la protección de Lucas. Sin nadie.

Fue Juana la que rompió el silencio espeso en el que macerábamos el maremágnum de emociones con el que batallábamos cada uno de nosotros. Buscó en los ojos de Lucas la aprobación antes de empezar a hablar. A medida que avanzaba la noche, la oscuridad se apoderaba de aquel despacho y de nosotros. Afuera apenas se escuchaba el ladrido de los perros y el canto de alguna chicharra tardía.

—Acataré lo que don Lucas decida, pero no quiero engañar a nadie, menos aún a ti Piedad, que no tienes culpa de nada de lo que ha sucedido. Pero si mi opinión cuenta para algo, diré que lo conveniente es que salgas de la casa. Deberías marcharte ya, antes de que nazca tu hijo, ahora es el momento, no debes esperar más, no es necesario. El señor se ocupará, tiene recursos de sobra para atender vuestras necesidades, pero no aquí, quedarte no traerá nada bueno ni a ti ni a nadie. Eres joven, podrás rehacer tu vida en cualquier sitio. Llegará un día que encuentres un hombre que te quiera a ti y a tu hijo, y todo esto quedará en el pasado, como un mal sueño, un mal paso por el que tuviste que pasar. No eres una cría, tienes que enfrentar la vida, vas para diecisiete años, no eres ni la primera ni la última que pare a esa edad y tiene que sacar adelante lo que ha traído al mundo. No te faltará ayuda, no estarás sola. No te quedes aquí...

Conforme hablaba Juana, su opinión dejó de sonar a opinión, a disculpa, para convertirse en un rezo, en el ruego atronador de quien predice el desastre que se avecina y pretende evitarlo interponiendo su cuerpo menudo ante una avalancha que ya es irremediable. Juana era testigo mudo de la querencia de Lucas, sabía que, si no ponía remedio, esa querencia acabaría convirtiéndose en más que el puro alivio de sus necesidades de hombre. Los tres éramos conscientes de que la intimidad y la convivencia en La Palmera, podía acabar convertida en una ligazón

que no atendiera a razones, que con el tiempo se hiciera imposible de deshacer.

—Evítese los problemas don Lucas, sea prudente, deje que Piedad se marche de La Palmera con su retoño. Está usted a tiempo de remediar la desgracia.

Pese al tiempo que llevaba a su servicio, y a que Lucas la trataba como a una madre, el día que asumió el encargo de gobernar su casa, Juana se impuso no apearse nunca del tratamiento de don a su patrón, por extraño que resultara escucharla dirigirse así al hombre que ella misma había criado. Contra la costumbre de ver, oír y callar de la que hacía gala, Juana se vio obligada a reconvenir a Lucas, a llamarlo al orden, a ejercer la lealtad que le debía apelando al sacrificio al que estaba obligado, por su sacerdocio y por su familia, por la decencia. Desde que supo de mi embarazo Juana no dejó de pedirle a Lucas que me sacara de La Palmera. La desesperaba la obcecación de su negativa; ni culpa ni caridad eran las razones que primaban en ella

—Ponga fin al problema. Usted no deja de ser un hombre, por muy señor y muy ministro de la Iglesia que sea. Piedad es ya una mujer, va a ser madre. Nadie garantiza que lo que ha pasado una vez no vuelva a suceder, no busque su ruina y la de la muchacha.

El sentido práctico y el desespero de la mujer que gobernaba la casa, reverberó en nosotros y en aquel despacho que oscurecía por momentos, harto de escuchar tanta palabra y tanto ruego. No hay palabras más estériles que las que no encuentran quien las quiera atender.

Apenas unas semanas después de aquella noche, un coche vino a recogerme y salí de La Palmera en dirección a la capital.

X

—Hoy no te dejes ver por la casa, don Lucas tiene visita. Debe de estar a punto de llegar. Quédate en el cuarto, que ya subiré yo a llevarte la comida o a decirte lo que sea. No conviene que te vean.

Juana se movía por la casa confirmando que todo estuviera limpio y en su sitio, y que los trabajadores bajo su mando respondieran a sus quehaceres con diligencia. Sabía de sobra qué se jugaba Lucas con la visita que estaba a punto de llegar. La Palmera no podía dar la impresión de desorden, de que las cosas andaban manga por hombro. Esa mañana la finca tenía que lucir más impoluta, impresionante y señorial que nunca.

—¿Se puede saber quién viene? —Me precipité a preguntar a Juana aprovechando que estábamos solas, trasteando en la despensa entre tarros de conserva. La costumbre no aliviaba la desazón de andar escondiéndome cada dos por tres en la que yo consideraba mi propia casa.

Juana solo necesitó una mirada para responderme. Tampoco me hicieron falta más explicaciones para entenderla. La cara de la ama reflejaba toda la inquietud que aquellas visitas, cada vez más frecuentes, traían a La Palmera. Con Lucas habíamos querido convertir tiempo y discreción en aliados, pero los tres éramos conscientes de que en algún momento el fino hilo sobre el que nos movíamos acabaría rompiéndose. Si no estaba roto ya. Cualquiera podía encontrar un motivo para ir con el cuento al obispo y exigirle que pusiera solución al escándalo. Alguien para quien Lucas resultara un estorbo: el reparto del grano no es cuestión menor cuando escasea. Alguien que quisiera devolverle una mala jugada a Mateo, o simplemente, alguien con ganas de meterse en la vida de los demás. O una beata escandalizada, vete tú a saber. La envidia

juega a la contra y la mala gente siempre encuentra ocasión para hacer daño.

Quisimos creer que podríamos mantener seguro el apacible oasis en el que nos movíamos dentro de las paredes de La Palmera, proteger de miradas ajenas la doble vida de Lucas. No era el primero ni el último. Eran muchos los curas que hacían pasar hijos por sobrinos, amantes por criadas. Queríamos confiar en que el vaso de la comprensión, o por lo menos el de la conveniencia, no se acabara desbordando.

Intentamos proteger de miradas ajenas la relación familiar que manteníamos dentro de las paredes de la casa. Una extraña red de servicio, lealtad, afecto y silencio tejida alrededor de Lucas. Juana, como loba que protege y mim a su cachorro manteniendo a los enemigos alejados de la guarida, era la garante de que no se desmoronara ese frágil equilibrio, de preservar, por encima de todo, el bienestar de Lucas. “Menos mal que tus hijos me aprecian, si no, reventarían de envidia”. Juana reía la broma que Lucas le dedicaba cuando se sentía abrumado por el exceso de celo de su ama. Ella no le contaba las veces que había tenido que callar a las bravas los reproches de sus hijos, Ginés y Emilio, siempre recelosos de la abnegación que su madre profesaba a Lucas, al fin y al cabo, su patrón. “¿A quién le debéis los empleos que tenéis? Si no fuera por él, estaríais recogiendo esparto y destripando la tierra, como el resto de los mozos del pueblo”. Y tenía razón. A Lucas le debían sus puestos en las oficinas de la conservera. “Vais todos los días hechos un pincel, con las manos limpias y vuestros buenos cuartos en los bolsillos. ¿Dónde estaríamos nosotros si no fuera por él?” Juana no perdía ocasión para hacerles memoria, de que lo poco o lo mucho que tenían, incluidos sus empleos, se lo debían a don Lucas, de él dependía la suerte de todos ellos. De todos nosotros.

Juana se estremecía solo de pensar que el patrón pudiera darse cuenta, de la animadversión, de la inquina que, pese a todo, le profesaban sus hijos. A Ginés le resultaba cada vez más difícil

disimular la antipatía que sentía hacia Lucas, y la desgana que le provocaba tener que visitar a su madre en La Palmera. Todavía no le perdonaba a Juana que le advirtiera de la inconveniencia de encariñarse de mí, que le prohibiera rondarme: "Ginés hijo, no pongas los ojos en Piedad, la muchacha no es para ti". No podía decirle "la chica es para don Lucas".

Juana fue consciente de cómo me miraba su hijo desde el primer día que llegué a la finca, de cómo la visitaba con cualquier excusa y a toda hora para coincidir conmigo. Yo era demasiado chica, no tenía que preocuparse por lo que era el revoloteo normal entre jóvenes. Pero a medida que pasó el tiempo y me hacía más mujer, Juana se percató de la mirada de Lucas. Sabía que tarde o temprano el amo cruzaría la estrecha línea que lo mantenía a distancia de mí. A fin de cuentas, no era más que un hombre y era el amo. Juana, experta en anticiparse a las tormentas, no iba a dejar que su hijo sufriera por lo que no podría tener. Ginés no precisó más explicación. Yo no pregunté nunca por qué Ginés me evitaba. Posiblemente a Juana le dolió por los dos, quizás era la única que sabía que nos merecíamos, que podíamos haber tenido un futuro juntos.

No era la primera vez en los últimos meses, que llegaban delegados del obispo. Como tampoco lo era que tuviera que encerrarme en la alcoba hasta que marcharan. Desde el primer embarazo, habían pasado más de cinco años, Lucas y Juana procuraban que pisara poco la calle, y sobre todo, que ninguna visita me viera moverme por la casa. Pensaban que haciéndome invisible apagaban habladurías y rumores.

Al principio, no resultó difícil que no se me viera por ningún lado: andaba tan desconcertada con la preñez que, por mí, me habría quedado en el cuarto encerrada de por vida con mi vergüenza. Por mucho que Juana se esforzara en que los cambios de mi cuerpo pasaran desapercibidos y en hacer pasar mis indisposiciones por malestares comunes yo no conseguía quitarme de encima la sensación de que mi barriga, por poco que se notara, atraía la

mirada y los comentarios de todo bicho que se cruzaba conmigo. Temía no ser capaz de responder a cualquier observación sobre mi cuerpo, sin encenderme viva, sin temblar o quedarme muda de golpe, sin destaparlo todo. Me provocaba arcadas la sola idea de encontrarme con padre en la finca, de tener que soportar su reproche cínico: que me echara en cara el delito del que también él era responsable y cómplice. Empecé a aborrecer a padre el primer día que me llamó puta.

Hacía muchos meses que no aparecía por la que fue mi casa. No quedaba nada allí que me moviera a ir. Vino bien. Viví con alivio librarme de la obligación de soportar la cara de malicia y de desprecio de mis hermanos, de sentarme con ellos a la mesa, de compartir el pan que comían en abundancia a costa de mi presencia en La Palmera, de fregar los platos en los que se comían mi jornal. Que reconocieran que me debían lo que sacaban de la finca hubiera sido un milagro. Me contenté con no tener que convivir más con su avaricia, con no tener que verlos.

“¿Te gusta que te toque el cura?, ¿no tienes ni una pizca de vergüenza, marrana?” Fue lo último que escuché de mi madre. Mis hermanas estaban presentes y la escucharon, pero no hicieron el mínimo gesto de reproche a madre, ni el mínimo intento de salir en mi defensa. Callaron y siguieron a lo suyo. La envidia no reconoce la desgracia del otro. Ni escondí la cara, ni busqué la mirada de consuelo en mis hermanas, porque para mí, ya eran menos que extrañas, dos bultos oscuros como madre. No dejé escapar ni una sola palabra, ni solté una lágrima. La boca se me llenó del sabor amargo, que entonces ya era capaz de reconocer: el rastro de la repugnancia. Recogí la capaza vacía y salí de la casa. Fue la última vez que la pisé. Mateo fumaba en la puerta: se quedó con el desprecio de mi espalda, mi silencio, la palabra de reproche en la boca, en el aire, como el humo de su cigarro.

XI

Cuando regresé a La Palmera a las pocas semanas del primer alumbramiento, no era la misma cría que marchó asustada e ignorante de lo que pudiera encontrar fuera de aquel secarral, del único mundo que conocía. El parto y los meses vividos en la capital, con otra gente, lejos de La Palmera, sola, me habían madurado. O por lo menos, me habían ayudado a ver un horizonte diferente y más ancho.

Volví la primera vez creyendo que, con dejar en aquel hospital de la capital la criatura que había crecido en mis entrañas, saldaba una deuda. Una deuda que otros habían contraído por mí, y que solo me había rentado desgarró y culpa. Creí que empezaba otra vida. Pensé, ilusa de mí, que empezaría de nuevo, que podría volver a las rutinas con el resto de las criadas de la casa, salir al pueblo como hacían las demás: al lavadero, al mercado, al baile y a las fiestas, a la iglesia los domingos, al paseo, a todo lo que hacían las chicas de mi edad. Creí que el arrepentimiento de Lucas, el remordimiento y la vergüenza que arrastraba, lo apartarían definitivamente de mi alcoba y de mí.

No necesité más que un par de semanas para comprobar lo equivocada que estaba: mientras estuviera en la finca Lucas seguiría buscando mi cama. Se había acostumbrado a tomarme como su mujer, a disfrutar de mi cuerpo, de mi compañía silenciosa, a tenerme. Trillado el camino, rota la barrera del pecado y de la vergüenza, Lucas no pudo o no quiso renunciar a vivirme como su mujer. Dejé de resistirme, también me acostumbré a él y quise creer en el espejismo de una vida con él. A Juana no le quedó otra que aguantar.

A menudo recordaba el piso de doña Esperanza en Madrid, donde me llevaron a pasar los últimos meses de cada uno de los tres embarazos. Viendo la cantidad de desgraciadas que acabábamos allí, para lo mismo, resultaba fácil darse cuenta de que yo, ni era la única que pasaba por aquello, ni mi destino era el peor. Aquellas cinco habitaciones, pese a su pintura impoluta y sus balconadas al parque del Retiro, tenían impregnadas en sus paredes cientos de historias de abusos y preñeces imposibles, de castillos levantados en el aire, derruidos a base de soplos de realidad.

Allí íbamos todas a deshacernos de las criaturas que estaban por llegar, sin que nadie las hubiera deseado ni pedido. O no las queríamos o no podíamos permitirnos tenerlas. Íbamos a parir para otros. Ninguna saldría de allí con un hijo en su capacito. Ninguna, salvo yo, volvería al lugar del que había salido. Para todas era su primera vez. Menos para mí. A todas las había engañado alguien: a Carmen un novio con menos luces que ella, tan fogoso como falso, a Lourdes su señorito, prometiéndole un futuro en común a cambio de pasión clandestina, a otra el patrón de la fábrica. A la mayoría las había engañado la necesidad y la ignorancia. A mí no me engañó nadie, sabía lo que había desde la primera vez. No tenía otra salida, no encontré ningún hilo del que tirar para salir del agujero que me había tocado en suerte.

Yo era la única que había recurrido más de una vez al piso de doña Esperanza Soriano, "Casa de formación para señoritas y futuras madres". Soleado, limpio, frente al parque del Retiro, con clase, como le gustaba señalar a su propietaria. Un próspero negocio a costa del dolor ajeno, disfrazado de elegancia, dignidad y caridad cristiana. ¿Cuántas desesperadas habrían pasado por allí? ¿A cuántas más recibiría doña Esperanza?

No podía olvidar la mirada de lástima que doña Esperanza me dedicaba cada vez que me recibía en su vivienda; tan puesta a servir a la iglesia, a ayudar y a guardar los secretos de las familias pudientes que contrataban sus servicios. No olvidaba su "¿otra vez

Piedad?”, su “Dios sabrá por qué permite que pasen estas cosas” su “no sé qué clase de conciencia se puede permitir tanto pecado”.

No tengo queja de doña Esperanza, de los días en aquella casa, en aquella ciudad tan inhóspita para mí. Me acompañó a la clínica y en los alumbramientos como si en verdad yo fuese su propia hija, y me ofreció consuelo más de una vez, ¿qué más le podía pedir? El recuerdo me devuelve a la boca del estómago la sensación de suciedad y desamparo de aquellos días.

XII

—¿Tendré que esconderme toda la vida?

Interrogué a Lucas a bocajarro cuando vino a buscarme al cuarto. Apenas hacía unas semanas que había regresado de Madrid, vacía de la tercera criatura. Ni yo misma distinguía si mi pregunta encerraba una queja, o rogaba una mínima certeza sobre lo que podía esperar de él. Con las palabras dejé salir todo el cansancio y la desesperanza que llevaba acumulada de años. La niña que llegó a la Palmera ya no existía, se había quedado a trozos en aquella carretera que la llevaba de La Palmera a la capital. Se me habían roto las costuras en las que unos y otros se empeñaron en embutirme.

El silencio ocupó la alcoba. Estábamos demasiado desnudos, nos conocíamos de sobra para que entre nosotros cupieran excusas o mentiras. Ya no me conformaba con la tristeza de la culpa de Lucas, ni con sus gestos de arrepentimiento. Se me agotaba el miedo y la resignación.

—No sé qué esperas que te diga Piedad. Quisiera tener en mi mano una solución, decirte que las cosas pueden cambiar, pero te mentiría. A estas alturas, la única solución pasaría por dejarlo todo, el sacerdocio y la finca. Pero sabes de sobra que no voy dar ese paso. Esa solución no está en mi mano. Nos abocaría a todos a la desgracia y a la ruina. Si en algún momento he tenido esa tentación, las tres criaturas que hemos traído al mundo, y que no tienen culpa alguna, son suficiente motivo para atarme a esta casa y a la carga que me impongan. Tampoco mi hermana Isabel y Jaime merecen que los deje ahora en la estacada, bastante han hecho por nosotros.

—No te estoy pidiendo nada Lucas, de sobra sé el lugar que ocupo. Ojalá pudiera decir que no me importaría marcharme de aquí, buscar otra vida en otro sitio, en el que no me conociera nadie. Pero no soy tonta, la vida ahí afuera no es mejor que la que llevo aquí. No es solo el hambre y las penurias de la gente, es la miseria, y ahí somos nosotras las que llevamos la peor parte. En casa de doña Esperanza he visto bien el futuro al que pueden aspirar las mujeres que salen de sus casas sin nada: servir a unos y a otros y rezar para que no abusen de ti más de lo necesario. Tampoco sé cómo podría explicar a ningún hombre ni a nadie, que tengo tres hijos a los que ni conozco, ¿qué mujer normal haría eso con sus hijos?

—Piedad, no tengo derecho, ni quiero retenerte contra tu voluntad. Si algún día quieres marchar, puedes confiar en que encontrarás mi ayuda incondicional en todo lo que precises. Estarías en tu derecho y yo sería un miserable si no te ayudara. No te faltaría de nada.

Lucas hubiera deseado que incluyera algo de afecto entre los motivos para desear quedarme en la casa, pero el amor no es un cultivo que pueda darse en tierras hartas de ser esquilgadas. ¿Qué amor? El amor que echaba en falta solo existía en sus libros, lo nuestro era otra cosa. Él menos que nadie podía reprocharme o pedirme más de lo que ya le había dado. Sabía que era yo la que estaba en el ojo del huracán y que tenía derecho a enterarme de lo que estaba pasando.

—Solo te puedo decir que en el Obispado andan buscando una solución a lo nuestro y deben de estar al caer con ella. Las cosas están movidas. Eusebio, el alcalde, lleva tiempo presentando quejas y denuncias contra mí. Eusebio es el que da la cara, el que va y viene, malmete, difama, firma y pone por delante el interés del pueblo como excusa. Pero no está solo. Detrás de él están sus amigotes, los que siempre han querido que el cereal no se almacene ni se reparta en La Palmera; los que quieren que perdamos los derechos del molino. Es demasiado dinero el que se mueve, para que sus bolsillos lo vean pasar de largo. Si lo tuvieran, serían más

amos del pueblo y de la gente de lo que ya lo son. El pleito no es nuevo. Cuando se creó el Servicio Nacional del Trigo, mi padre consiguió retener en la finca el almacén y la maquila, gracias a su posición en el gobierno de la provincia y al apoyo y las gestiones del obispo. Siendo yo el heredero de la hacienda y haciéndome cargo de la finca y de la parroquia a la misma vez, garantizaban que también el obispado sacara buenos réditos. Así sigue siendo: un acuerdo que dura y nos beneficia a todos. Esa es la razón de que monseñor Osorno se haya involucrado personalmente y tenga tanto interés en resolver el asunto y en mantener las cosas en orden, sin levantar demasiado ruido.

La explicación de Lucas, lejos de tranquilizarme aumentó la sensación de que el suelo se abría a mis pies, se volvía inestable y empezaba a resquebrajarse; presentí que acabaría hundiéndose y me tragaría con él. Me vinieron a la cabeza todas las historias que había escuchado a Lucas en sus prédicas: los hombres zanjaban sus conflictos con los dioses sacrificando en su honor chivos expiatorios, a los que cargaban sus culpas, eximiéndose así de sus pecados, y poniéndose en paz con la divinidad. Lo de cargar las culpas a otro no tiene época. Si andaban buscando un chivo expiatorio, sin duda estaba bien cerca.

—¿Todo se reduce entonces a la tierra, al dinero, al control de los muertos de hambre que necesitan del jornal para vivir? ¿Todo se reduce a eso?

No conseguía controlar mi enfado, ni el tono de voz con el que le hablé a Lucas. Acabé levantando la voz, gritándole, sin poder controlar el llanto, el temblor y la rabia. Me resistía, ingenua, a que siempre fueran otros los que decidieran por mí, a que la avaricia fuera el único motivo para manejar mi vida como les viniera en gana. Me resistía a ser el chivo expiatorio en una partida en la que yo solo era una ficha, una moneda en la apuesta, una casualidad.

—Quiero pensar que no me consideras tan rastrero como a Eusebio o a tu padre. De La Palmera salen muchos jornales que he procurado siempre que sean justos. Muchas familias reciben trigo de más, porque no se les escatima lo necesario para vivir. Fuera del racionamiento se les da para que puedan amasar y sacar algo del estraperlo del pan ¿o piensas que podrían comer solo de trabajar los jornales y el albardín? El albardín no se come, ni da para vivir —Lucas recitaba agitado las razones que le mantenían atado a la tierra y a una batalla que no vivía como propias, como si buscara convencerse a sí mismo e insuflarse el ánimo que necesitaba para seguir adelante. Sin darse cuenta, con sus razones, iba dejando escapar algo de la rabia añeja que llevaba contenida —la Palmera no le niega a nadie la ayuda en la adversidad ni abusa de nadie. Al menos eso procuro. Quiero creer que mi esfuerzo sirve para algo, aunque solo sea para que los vecinos no tengan que arrastrarse de por vida ante caciques como el alcalde y su camarilla o como el miserable de tu padre.

El abrazo desesperado y fuerte de Lucas cerró la discusión. Buscamos sosiego en aquel arrullo largo y tierno que prolongamos durante horas y en el que nos hubiéramos querido quedar eternamente. Lucas me susurró al oído que no entendía su vida sin mí, que el desconsuelo lo engullía cuando temía perderme, que no había un minuto del día en que no deseara enmarañar sus dedos en mi melena rojiza.

XIII

Desde la ventana de la alcoba, vi llegar el coche negro a La Palmera, en medio de la polvareda que levantaba en el camino a su paso entre las adelfas. Las palmeras siempre vigilantes, ni se movieron. Del vehículo bajaron tres hombres, como tres pájaros de mal agüero, con sus mejillas rosadas de bien comidos y sus ojos miopes, oscuros como sus sotanas, dispuestos para un juicio en el que ya habían dictado sentencia. No era normal que llegaran tan pronto, ni que lo hicieran, como era su costumbre, antes de recibir los honores del pueblo y visitar al alcalde y a los donantes principales de la parroquia. Tampoco se acercaron a cumplir el rito de rezar ante los patronos, la Virgen del Buen Suceso y San Bartolomé. Resultaba raro que no llegaran a la hora de sentarse directamente a la mesa, al olor del celebrado arroz con conejo que guisaba Juana como nadie, con el que al anfitrión le gustaba agasajarlos. Lucas los recibió en la entrada, al pie de la escalera. Contra su costumbre cuando estaba en la finca, vestía la sotana. Los abrazó uno a uno con alegría, como si fueran amigos que se encuentran tras un largo tiempo sin verse. Los curas saludaron a los jornaleros que trajinaban en el patio. Mateo se acercó a mostrarles su respeto, a la vez que enviaba a los demás a sus labores, dejando bien patente ante los clérigos el puesto que ocupaba. Unos minutos después, escuché las pisadas y las voces en la entrada de la casa y el golpe de la puerta del despacho de Lucas al cerrarse. La casa volvió durante unas horas al trajín de todos los días. Sacudida por un escalofrío insidioso, como si, pese al día soleado, el invierno se hubiera precipitado, no conseguí entrar en calor.

Pasé la mañana zurciendo las prendas que me había encargado Juana y en dos ratos de lectura. Inquieta, no conseguía mantener la atención en unos libros que en otro momento hubiera devorado. Se me caían de las manos y la imaginación se me escapaba de los

párrafos a la conversación que retenía a Lucas con sus tres colegas. Hubiera dado un mundo por ver, a través de un agujero en la pared, qué se cocía en ese encuentro.

Sabía que Águeda y Suceso, las otras muchachas del servicio, estarían en la cocina, cuchicheando a sus anchas, aprovechando mi ausencia y el trasiego de Juana, ocupada en la atención de los comensales, para cotillear el más mínimo detalle de lo que pasaba ese día en la hacienda. Estarían lanzando suposiciones y apuestas sobre el motivo de la visita, y mi nombre figuraría en todas ellas. No se lo podía reprochar, lo mío con Lucas era más que público, por mucho disimulo y mucha discreción que pusiéramos o por afecto que nos tuvieran. Las cosas siempre se acaban sabiendo, antes o después. En el pueblo, desde hacía años, todos me tenían por la querida de don Lucas, "la barragana" como había pillado al aire en alguna conversación.

El Ford negro marchó bien entrada la tarde, tal como había llegado, levantando polvo y dejando una profunda desazón en Juana y en mí, las dos mujeres que habitábamos la casa y la vida de Lucas. No albergábamos ninguna duda sobre el motivo de la visita de los clérigos: portaban la solución prometida por el obispo a la guerra comandada por Eusebio, y a la relación escandalosa que mantenía uno de los suyos.

Lucas andaba inquieto y huidizo desde que los del obispado anunciaron su visita. Estuvo varios días sin dejarse caer por el dormitorio. Apenas lo vi un par de veces, en los momentos de la cena, en presencia de Juana, o atravesando algún pasillo. En el poco tiempo que pasaba esos días en la casa, ocupaba las horas encerrado en el despacho, entre sus libros y sus papeles. No podía disimular que rehuía encontrarse conmigo.

Permanecí en el cuarto tal como determinó Juana, esperando a que en cualquier momento me mandara aviso de que podía moverme por la casa a mi antojo. Escuché unos toques en la puerta y di el

pase, esperando encontrar al ama al otro lado, y con ella noticias frescas de lo acontecido con la visita. Fue Lucas quién abrió la puerta. Tenía la mirada hundida, y los brazos caídos a los dos lados del cuerpo como Titán desconcertado al que de golpe, acabaran de arrebatarse su cielo. Se sentó frente a mí en silencio, de espaldas a la ventana y al sol que se ponía, encorvado, con las manos crispadas sobre las rodillas y la mirada echada a sus pies. Mantuvo esa postura durante un buen rato, como si esperara que alguien lo sacara de su ensimismamiento o lo hiciera desaparecer para siempre. Las sombras de la noche empezaron a ocupar la habitación. Lucas se abandonó en un llanto desconsolado.

—¿Qué pasa Lucas? —Rompí el silencio y la corta distancia que nos separaba. Lo abracé, esta vez más como madre que mece al hijo angustiado que como amante —¿Qué tienes que decirme? Cuanto antes hables, mejor será para los dos. No espero nada bueno, no sufras. Cuanto más tardas en hablar, más me pones en lo peor. Dime lo que me tengas que decir —Me sorprendí escuchándome dando una orden a Lucas, era la primera vez que yo mandaba algo en aquella casa, la primera vez que decía lo que había que hacer, la primera vez que exigía algo.

Lucas intentó ver una sonrisa en la mueca forzada con la que yo busqué tranquilizarlo. Las lágrimas le cerraban los ojos.

—No consienten que sigas viviendo conmigo en La Palmera. Me exigen que te saque de la casa —Hablaba despacio, como si necesitara escuchar sus propias palabras para ser consciente de la gravedad de lo que pronunciaba, para convencerse de lo que estaba diciendo —No tengo elección, o renuncio a ti, o la familia lo pierde todo: el depósito de grano, la parroquia, y quién sabe si hasta el empleo de mi cuñado Jaime. Eres el único pretexto con el que me pueden denunciar por algo. Lo de menos para ellos es el escándalo: no soy el único sacerdote que vive con una mujer, o que tiene hijos. Las iglesias de este país están llenas de sobrinos. No les ha

resultado difícil encontrar la solución para acabar con las quejas y las pretensiones de Eusebio y seguir manteniendo el negocio.

Juana ya estaba al tanto de todo.

Recorrí la habitación con la mirada, buscando algo a lo que agarrarme para que no me engullera definitivamente el socavón que se abría a mis pies. Un agujero que se empezó a cavar el mismo día en que llegué a La Palmera, el primer día que Lucas se metió en mi cama, el día que pensamos que podríamos tener algún futuro juntos.

La misma alcoba que cuando llegué; la misma palangana, el mismo espejo, los mismos visillos, el mismo olor a madera, a laurel y alcanfor en los armarios. Una habitación en la que nunca había dejado de estar de paso. Solo las cuatro piezas de ropa en el armario y un frasco de agua de colonia hablaban de mí, me pertenecían.

—¿Qué familia Lucas?, ¿qué familia? —Me descomponía escuchando sus razones. ¿De qué familia me hablaba? ¿Por cuál familia me pedía que me sacrificara ahora? Me sobraban sus razones, no me cabían más, nunca jugaban a mi favor. Dejé explotar la desesperanza y todos los reproches que llevaba tragados desde la primera noche en que Lucas me hizo callar tapándome la boca. ¡Qué familia, si yo no tenía ninguna!

“No te hagas ilusiones, chiquilla, nosotras somos criadas. Nunca pasamos de ser criadas. La sangre y el compromiso queda para los señores. Nosotras estamos para servir, para callar, para tragar, siempre quedamos fuera del círculo”. No, no podía decir que Juana no me tenía avisada.

—La mía Piedad, mi familia —Lucas me respondió con un susurro, como si reconociera con su respuesta todas sus faltas, a la vez que afianzaba la decisión que había tomado a la fuerza. Sabía que entre nosotros se acababa de levantar un muro definitivo, y que

posiblemente esa era la última ocasión que iba a tener para convencerme de sus razones, para mendigar mi comprensión, para justificarse —No puedo ofender la memoria de mis padres, dejar todo su esfuerzo en manos de cuatro avariciosos, salir de aquí como si fuera un vulgar ratero. Mi cuñado Jaime, también caería en desgracia en el Ministerio y a ojos de los que mandan. Se han encargado de hacérmelo saber para que lo tenga en cuenta. ¿Qué futuro podría dar entonces a mi hermana Isabel y a nuestros hijos? También está Juana y los suyos, y toda la gente que come de la finca. ¡Y tu familia! Si no fuera por la Palmera, ¿quién iba a aguantar a Mateo y a tus hermanos? Esos no comen, esos se lo llevan a espuestas. ¿Crees de verdad que no me cuesta apartarme de ti?, ¿que no me duele igual o más que a ti?

—¿Nuestros hijos? ¿Dónde están nuestros hijos? No me vuelvas a mentar a los hijos ¿Qué me va a quedar a mí de mis hijos ahora? ¿La culpa de dejarlos abandonados después de parirlos? Ni las bestias hacen eso con sus crías. Al final tendré que darle la razón a mi padre: los señoritos siempre os quedáis con todo, los demás os importamos poco —Me dejé llevar por la rabia, descontrolando el tono de voz y lo que salía de mi boca. Le grité todo lo que llevaba callado, hasta lo que no sentía y no pensaba de verdad. Le grité lo que más le podía doler —Tu palabra no vale nada Lucas, no es la de un hombre entero, no pasa de valer lo que cuesta tu finca y tu sotana, ¿de qué monsergas me hablas? —Le escupí todo mi hartazgo con mis reproches, la decepción inmensa que me provocaba. ¿Cómo pude llegar a quererle tanto?

La noche vio cómo se apagaban nuestras voces y se agostaba el cariño que pudo haber entre nosotros.

Dos semanas después abandoné La Palmera. A las seis de la mañana, antes de que levantara el día, el Ford negro me esperaba en la puerta. Solo Juana salió a despedirme. Las palmeras del camino no se movieron.

XIV

Con solo alargar los dedos hubiera podido tocar la ternura con la que Rosa hilvanaba la memoria de Piedad, como si tejiera sus recuerdos, puntada a puntada, mientras esperaban pacientes hasta alcanzar su destino. Junto a la ventana, en una mañana de impetuosa primavera coincidían momento y destino, enredados en el aroma del café humeante que despedía la cafetera italiana, invadiendo el espacio y haciendo presagiar horas de confidencias. Y yo me dejé convertir en destino de esos recuerdos, un destino cargado de resistencias, demasiado cansando de rehuir el momento de dejarlos llegar a mí.

La calidez de Rosa podría derretir todo el hielo del Ártico con la misma naturalidad con que te anima a probar las pastas pegándote el plato a la nariz. Y sin embargo no consigue suavizar el desapego y el frío que su relato provoca en mí. El afecto no funciona así, no llega por complicidad, por contagio o por simpatía, no amarra tan fácilmente, no encuentra fácil acomodo donde, durante tanto tiempo, solo se ha cultivado distancia y olvido.

Agradezco que Rosa no busque una intimidad que no tenemos, que no pretenda conocer de mi vida o la de mi familia más de lo mucho que ya sabe. Posiblemente sepa más de lo que ella misma necesita o de lo que le hubiera gustado saber, sepa más que nosotros mismos. Se limita a interpretar el papel que le ha tocado en suerte con una cordialidad apabullante: guardiana y transmisora de una memoria que sin ella, habría desaparecido a la misma vez que su propia protagonista. Cuántas vidas no habrán encontrado quien las narre.

La escucho y no dejo de preguntarme cómo harían mis hijos y Manuel, para resumirle mi vida a una completa desconocida. ¿Cuántas horas precisarían?, ¿qué contarían? Quisiera saber qué rasgos de mi carácter resaltarían y cuáles se esforzarían en disimular

para no hacerme parecer la antipática y aburrida profesora de química que tienen por madre y esposa, qué tono imprimirían a su narración, qué anécdotas recordarían con más cariño, si es que guardaban alguna en la memoria. Me pregunto si reirían o dejarían escapar alguna lágrima amasada con mi recuerdo, o tal vez una mezcla de todo. Fácil no se lo he puesto. Yo, tan plana en todo, tan previsible, tan lejos de emociones fuertes, de algo que llame la atención, que se pueda destacar, tan lejos de dejarme llevar por nada. Me gustaría ver en ellos el mismo gesto alegre y amable que imprime Rosa a sus palabras, como si en la ausencia, dedicara una última caricia a la que fue su amiga hasta el final de sus días. A Marina y a Guillermo les toqué en suerte. Los padres y los hijos nos tocamos en suerte en una especie de tómbola inexplicable y loca. Pero todavía me cuesta desentrañar qué pudo ver Manuel en mí para seguir aguantando día tras día, cada una de mis manías y de mis incongruencias, ¡y van más de veinte años!.

Rosa enlaza recuerdos como quien saca agua de un pozo, tirando de la cuerda una y otra vez, con la certeza de que el cubo siempre saldrá rebosante. Mantiene una lucha titánica contra el olvido, esa carcoma que lo devora todo. Ligó su historia a la de Piedad como se aferra una enredadera a la pared, sin posibilidad de distinguir entre una y otra. Quizás ni ella misma es consciente de esa ligazón tan profunda.

La cotidianidad anda siempre escasa de la emoción y de la épica que necesitan los libros. Quizás por eso las mujeres acabamos desapareciendo en la nebulosa de la historia. ¿A quién puede interesarle lo común de las infinitas vidas que se han desarrollado según el guion preestablecido por no se sabe quién? Estas mujeres no lo tuvieron fácil. Se habla poco de los caminos trillados, aunque nos hagan falta y los recorramos una y otra vez; a fuerza de transitarlos llegamos a olvidarlos, llegamos a borrar nuestras propias huellas. De tanto admirar a héroes de espada en mano, hemos acabado negando lo heroico del día a día. Necesitamos de algo que justifique nuestra vida, vislumbrar en lo cotidiano pequeños

fogonazos de luz, que hagan extraordinarios y justifiquen nuestros días o simplemente los hagan más soportables, más llevaderos. Para Rosa ese fogonazo de luz es su casa, repleta de pequeños detalles cargados de valor, la complicidad con su marido, sus hijos, la vitalidad que imprime a las cosas más simples. Dudo que Piedad llegara a encontrar el fogonazo que le sirviera de antídoto contra la sinrazón y el olvido.

El bocinazo largo y agudo de un coche en la calle, corta la conversación, “espera un momento, es el panadero”, va diciendo Rosa por el pasillo mientras sale a toda prisa. Aprovecho para levantarme y asomarme a la calle tras ella. Alrededor de una furgoneta blanca aparcada en la esquina, con la puerta trasera abierta de par en par, seis mujeres, con sus bolsas de tela bordadas en vistosos colores, se arremolinan en torno a la repartidora del pan. La chica menuda, de gestos rápidos, trato risueño y amable y risa fácil, reparte conversación con la misma facilidad que entrega y cobra a cada una el pan y las bolsas de bollería que saca de las banastas, como si a fuerza de costumbre tuviera los pedidos memorizados. Con el pan trae a la calle un rato de encuentro y de conversación. Qué envidia para los que no tenemos pueblo, o para los que lo perdimos.

Imagino a Piedad en estos mismos menesteres, en conversación con las vecinas, con la repartidora del pan, hablando del tiempo, de todo y de nada, preguntando por los hijos, manteniendo la distancia, los límites, su silencio.

Cuando Rosa regresó al salón, me encontró explorando su vieja máquina de coser, una “Alfa” reluciente, negra con letras y cenefas doradas, cubierta con un tapete de ganchillo blanco inmaculado. En el Rastro venden estas antiguallas a precio de artículos de joyería, parece que compraras con ellas, todas las horas de trabajo que echaron los pies que en algún tiempo movieron sus bielas.

—Todavía funciona, aunque ahora la guardo de recuerdo. Ya no coso casi nada, pero le tengo cariño y no quiero deshacerme de ella. Me han ofrecido comprármela muchas veces, a muy buen precio, la verdad. Las buscan para decoración, pero esta no sale de aquí mientras yo viva. Cuando falte, que hagan con ella lo que quieran mis nueras o mis nietas —Rosa pasó la mano por encima de la Alfa, como si buscara atrapar la única mota de polvo que hubiera osado posarse sobre su preciada joya. Percibí en su mano una caricia cargada de melancolía —Ahí donde la ves, no te podría decir las horas de trabajo que llevamos echadas juntas, cosiendo vestiditos para las muñecas. Al principio solo a fuerza de pie, que acababa el día y no podías parar el movimiento de la pierna. Cuando llegó el motor eléctrico ya cundía mucho más la costura, sin necesidad de tanto meneo. Esa era la faena que teníamos las mujeres en estos pueblos. Mira si éramos tontas entonces, que las chicas que estaban colocadas en las fábricas, se dejaban el trabajo para casarse. Por eso de atender la casa y a los hijos por llegar, y porque los hombres querían que estuvieran en casa cuando ellos regresaban de trabajar, que de todo había. O porque las fábricas no nos empleaban una vez casadas. Al final, acabábamos todas de cara a la máquina, pero en casa, solas, mal pagadas, sin seguro y sin nada y a expensas del sobre del jornal del marido. En eso no hemos cambiado tanto. Pues no pasó horas Piedad echándome una mano con la faena. Desde que se jubiló venía todos los días. Entraba por la puerta con la música del “Simplemente María” en la radio, escuchábamos la novela, yo cosía, dale que te pego al pedal, y ella cortaba los hilos de los pespuntos, daba vuelta a camales y mangas y contaba las piezas para ensartar cada tarea en su hilo. Te pagaban por tarea ¿sabes?, cada una llevaba un precio según las piezas y la dificultad, las puntillas y eso... Algunas tardes, cuando nos cundía la faena, Piedad me hacía el favor de bajar ella misma la tarea a la fábrica, de paso hacía su casa, para que yo pudiera adelantar con los chiquillos y la cena. A Antón no le gustó nunca que trabajara en casa, se lo llevaban los demonios cuando llegaba y me encontraba todavía sentada a la máquina. Yo procuraba que pasara pocas veces, aunque tuviera que ir todo el día con la lengua fuera, nada más por

no aguantar su matraca. Pero mira, gracias a eso, completábamos el jornal de la semana y ahorrábamos algo. Tiramos adelante a los hijos y pudimos darles algún capricho o por lo menos les ayudamos a que cada uno siguiera su camino. Cuando ellos ya empezaron a trabajar, con lo de todos pudimos casarlos y que cada uno saliese con su casa comprada y su ajuar.

Durante toda la mañana, transitamos del monólogo de Rosa a la conversación, sin que el toque de cuartos de la campanilla del reloj pegado a la pared nos contagiara su ajetreo. Rosa todavía pertenece a esas generaciones, que aprendieron a contar historias para hacer más llevaderas las noches al calor del fuego, o sentados a la fresca en la calle. Aprendieron a base de repetir cuentos e inventar enormidades sin más mimbres que la imaginación y la realidad retorcida hasta hacerla parecer extraordinaria. Como si estuviera en presencia del mismísimo flautista de Hamelín, me sorprendí boquiabierta, expectante, atenta al hilo de sus palabras, como quizás en otro tiempo, de niños, lo estuvieron sus hijos, cuando inventara un cuento para ellos antes de hacerlos dormir cada noche. Rosa posee el don de atesorar historias, de mimarlas hasta que encuentran quien las acoja.

—Piedad quedó varada en este pueblo como esas barcas que encallan en la arena cuando baja la mar, con el tiempo nadie se acuerda de ellas, y al final se les acaba pudriendo la madera de puro abandono. Era demasiado orgullosa para reconocer que mantenía la esperanza de que tarde o temprano alguien viniera a buscarla, a rescatarla, a resarcirla de su sacrificio; de que los que sacaron provecho de su desgracia y después la dejaron tirada, al menos reconocieran su canallada. Pero esas cosas solo pasan en las novelas, la vida real es más cruda, más ingrata. A su familia la conocía bien: raro hubiera sido que le devolvieran algo de lo que ganaron a su costa. Se negó a volver a su tierra: ni de visita, ni para entierros “ya tienen lo que querían, tierra”, ni para arreglar papeles cuando murieron los viejos. “Si les interesa mi firma que se humillen y manden a buscarla”. Así lo hicieron, todo a través de

intermediarios, por vergüenza o por despecho, ivete tú a saber! De sus padres y hermanos sabía por las cartas de Lucas, y con él desaparecieron. No los añoró; guardaba rencor y desprecio suficiente para no llegar a echarlos en falta. Pero con Lucas, con vosotros, era diferente...

—¿Nunca pensó en rehacer su vida?, ¿en tener su propia familia? — Mi pregunta brotó, más que del interés o de la pura curiosidad, como un gesto de reconocimiento a Rosa a su afecto inquebrantable.

—Piedad mantuvo abierto ese resquicio de esperanza hasta que supo de la muerte de Lucas, y eso no la dejó hacer más vida que la que tuvo. Decisión suya fue, bien está. No quiso casarse ni formar otra familia, “ya la tuve” decía. Pretendientes no le faltaron ni de joven ni de más mayor, algunos de muy buen ver y con posibles. La mayoría buscaban una mujer hecha que gobernara su casa, pero también apareció un viudo buscando madre para los hijos de otra. Al poco de llegar yo a casa de don Paco, vino a buscarla el hijo mayor de la tal Juana. Se le veía buena gente. De mozos parece que anduvieron enamoriscados, o por lo menos, él la estuvo rondando. Hasta que empezó lo de Lucas y la madre, forzó para que el chaval le despejara el terreno al amo, supongo que para evitar que el hijo sufriera más de lo necesario. Imagínate el jolgorio que se armó en la casa con la noticia de la visita, todas jovencitas y con las cabezas repletas de nidos. Tampoco teníamos muchas diversiones con las que entretenernos entonces.

Vivimos aquel encuentro, como si asistiéramos a lo que contaban entonces las novelas de la radio: príncipes azules que aparecían de repente en busca de sus princesas, aunque en esta ocasión la historia acabara en calabazas. ¡Qué tontas! Rita y yo, que éramos unas mocosas, pero que a cotillas no nos ganaba nadie, nos íbamos escondiendo por detrás de todos los muebles de la casa para ver si conseguíamos pillar al aire alguna palabra, algún gesto que nos indicara por dónde iban los tiros y poder dar la primicia a las demás

si aquello acababa en romance. El chico, Ginés creo que se llamaba, acababa de llegar a uno de estos pueblos a colocarse de operario en una fábrica, como hacían entonces muchos de aquella zona huyendo del trabajo en el campo. Estaba soltero todavía, y sabedor de lo que hubo entre Piedad y Lucas, pero mantenía algo del cariño que llegaron a tenerse. Piedad, más allá de agradecerle la visita y el afecto que le guardaba, no quiso saber nada más de él, le agradeció la discreción y le pidió que no la visitara más. El hombre regresó por donde había llegado y no volvió a aparecer por la casa.

Rosa lanzó una mirada a su alrededor, dejó caer los brazos sobre el delantal con un gesto con el que parecía decir “y hasta aquí llegó el romance”, como si el rechazo al hijo de Juana le hubiera dolido a ella más que al que propio pretendiente, y con ello cerrara un capítulo de la peripecia vital de su amiga.

El estruendo de los tubos de escape de la hilera de motos que cruzó por la ventana sonó a repique final. “Salen de las fábricas, van a comer”. Con la explicación pensé que Rosa daba por concluida la conversación y la visita, que en cualquier momento le entraría una prisa atroz por atender la intendencia familiar, que Antón estaría a punto de aparecer por la puerta dispuesto a reclamar su ración del guiso que borbollaba a fuego lento en la cocina, y cuyo aroma imperceptiblemente había desplazado al del café hacía ya un buen rato.

Pero mi anfitriona permaneció absorta junto a la ventana durante unos minutos, como si ordenara las historias que todavía le quedaban por contar o, por el contrario, sopesara la conveniencia de seguir hablando o de callar. Pocas miradas hay más tristes que las que recorren por última vez las cosas de quien ya se ha marchado definitivamente; recoger y desbriznar las pertenencias y recuerdos, cerrar la puerta para siempre y aguantar el mordisco que deja en el alma la despedida.

—Al final tuvo que ser tu madre, Isabel, quien acabara rescatando a Piedad, sacándola de la espera inútil y baldía que ella sola se impuso —Rosa decidió seguir contando, por Piedad y por ella misma, quizás por todas las mujeres a las que la pobreza arrancó sus raíces y no alcanzaron a encontrar el nido al que regresar, por todas las que se dejaron la vida en el camino, quizás también por ella misma. Sabía que sus palabras sonaban a pies quebrantando límites, hoyando la distancia que le restaba hasta mí, entrando en un terreno que no estaba exento del peligro del desprecio y de la indolencia —La visita de tu madre, de Isabel, y los días que pasó en su compañía, le dieron a Piedad el consuelo que necesitaba para ponerse en paz con ella misma, para perdonarse. Tu madre la rescató. Y yo la estaré agradecida eternamente.

—¿Qué?, ¿mi madre estuvo aquí?, ¿con Piedad?, ¿cuándo? —La avalancha de preguntas escapó con un respingo de sorpresa, tensa, cargada de reproche y enfado repentino, una improvisada confesión de la vergüenza que me hacía sentir mi propia ignorancia. Confesaba mi culpa, “por omisión”, “también se peca por omisión” nos enseñaron en la iglesia desde pequeños. Vas a pecar de todas maneras: si haces, si dices, si piensas, o si no haces, ni dices, ni piensas. Culpable de no enterarme de nada, de no querer enterarme, de mantenerme en mi cómoda minoría de edad, libre de cualquier responsabilidad en vidas que he querido creer ajenas y mantener distantes, culpable por permitir que sean los otros los que hagan, culpable de dejarme mecer en la sobreprotección y en la feliz e impostada inconsciencia. ¿Cuántas mentiras y silencios más quedan por salir? ¿Cómo es que no me entero ni de lo que pasa a mi lado? A fuerza de no querer saber.

—No te lo llegó a contar tu madre, ¿verdad? —Rosa intuía la respuesta cuando dejó la pregunta en el aire, como si acabara de colocar la última pieza en un castillo de naipes y temiera que su propio aliento rompiera la frágil estabilidad de la construcción.

La mueca de enfado que no conseguí disimular, delataba una mezcla de asombro y cansancio. Ingrata tarea la de abrir los ojos a quien nunca ha querido ver. Rosa había acabado convertida en testigo involuntario del encuentro de las dos mujeres a las que yo podía llamar madre, y de mi indolencia.

—No. Me acabo de enterar. Como ves, no me entero de nada —Fui consciente de que mi respuesta sonaba a desespero, a hartazgo, a brazos dejados caer en señal de rendición. Agradecí que Rosa solo apretara los labios y se encogiera de hombros.

A esas alturas, ya no necesitaba aparentar nada ante la mujer que, con toda seguridad, conocía de mi familia, de sus secretos y de sus líos más que yo misma, pese a que solo dos días antes, era para mí una completa desconocida. Apuntalar una distancia a la que no le cabían más agujeros solo habría añadido más patetismo a mi desconcierto.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?, ¿vino sola? —Puesta a saber, no me iba a conformar de nuevo con una historia repleta de huecos, incompleta.

—Hará unos ocho años. Fue al año siguiente de la muerte de Lucas. Tu madre le escribió a Piedad para darle la noticia. Pasados unos meses, como si ella hubiera asumido la responsabilidad de mantenerse en contacto, volvió a escribir: le contaba de vosotros y de sus recuerdos de Lucas. Piedad siguió con su costumbre de no responder las cartas que recibía. No lo hizo con Lucas, no lo iba a hacer con su hermana, por mucho que la apreciara o le reconociera el esfuerzo y el detalle. A la invisibilidad que le impusieron los otros, ella añadía más silencio, aun cuando ya no le quedaban motivos. Era su manera de gritar, pienso yo. En la siguiente carta de tu madre, habrían pasado un par de meses desde la anterior, le decía que tenía decidido venir a verla, a hablar con ella, que no esperaba respuesta. La informaba de la fecha en que tenía previsto presentarse aquí.

Habían pasado más de treinta años desde la última vez que se vieron en la clínica de Madrid, cuando le entregó al más pequeño.

Isabel se quedó con Piedad unos días aquí en Castell. Rita, que estaba al tanto de todo, tuvo la deferencia de marcharse unos días “de garbeo a la capital” como le gustaba decir a ella, y de dejar la casa despejada para que Piedad pudiera recibir tranquila y como quisiera a tu madre, para que pudieran encontrarse a solas sin que nada las molestase. En esos días hablaron mucho y lloraron más. Lloraron por Lucas, por ellas, por la mentira en la que habían sido cómplices, cada una de un modo. Lloraron por la maternidad tramposa y cargada de culpa que las dos asumieron como mal menor, arrastradas por otros, sin calibrar el dolor y el desgarró que tendrían que soportar. Esos días con Isabel cambiaron a Piedad, le dieron el sosiego y la paz que no había encontrado antes y que tanto necesitaba: y dejó de esperar.

—¿Quién vino con ella? —Seguí preguntando, consciente de que Rosa, como buena madre, entrenada en el arte de evitar escollos y tropiezos a los hijos, intentaba evitarme esa información. Pobre mujer, y qué paciencia.

Rotas las fronteras personales y puestas a echar luz, no me daba la gana de seguir esquivando sombras. ¡Ahora quería respuestas la señorita! ¿Quién había acompañado a Isabel? ¿Quién había recorrido el camino a Castell antes que yo? ¿Quién había conocido a Piedad? ¿Quién llevaba callando todo ese tiempo? Rosa era consciente de que a esas alturas no podía negarme la respuesta que estaba evitando, intuía que, para mí, el tiempo de las mentiras y de los disimulos había terminado.

—Tu marido..., Manuel —Rosa quiso que sus palabras sonaran al algodón empapado en agua oxigenada que frota el rasguño tras la caída. Para mí atronaron como la explosión de una barrena.

XV

Nosotras tuvimos suerte de entrar a servir con los Jordá. No teníamos otra, también es verdad. Cuando uno no tiene nada, poco puede elegir. Al remate, fue para bien. Las dos salíamos de malas circunstancias, de muchos gritos, de poco calor, poco pan y poco horizonte. Vivir siempre venía cuesta arriba. Lo de Piedad era bastante peor: la pobre salía de una casa que no era la suya, y no tenía otra a la que volver, además de lo de los hijos. Solo ella sabe lo que tuvo que pasar.

La de don Paco Jordá era una de las mejores familias del pueblo, "senyorets", pero buena gente. Pagaban lo justo, lo que cada una tenía apalabrado, tampoco una peseta de más, nos trataban bien, como servicio, pero con respeto. ¿Qué más podíamos pedir? Tampoco escatimaban en comida, entre otras cosas, porque los medieros que llevaban las tierras de los amos, aparecían por la puerta a toda hora trayendo de todo lo que cultivaban en los bancales, y siempre de lo mejor, por eso de congraciarse con el propietario. Aunque el secano ya se sabe que es tacaño por naturaleza. Comíamos de lo que había. No faltaban nunca patatas, huevos, harina, aceite, almendras, tomates frescos o en conserva, y fruta en verano, y pollos, conejos, palomas y caza cuando era su tiempo. Comíamos mejor que muchos, y encontramos comodidades y más cosas que no teníamos en nuestras casas.

Nosotras tampoco le hacíamos ascos al trabajo, que a fin de cuentas para eso nos pagaban los señores. Manteníamos las distancias con ellos, o ellos con nosotros según se mire, que no dejaban de ser los amos. Fuera de eso nos manejábamos como si estuviéramos en nuestra propia casa.

Don Paco y doña Amparo nos apreciaban, nos tenían por “hijas postizas” como decía el señor. Ellos solo habían tenido una hija, Rita, y la pobre nunca ha ido sobrada de luces. Fíjate que algunas de nosotras, salíamos de su casa para casarnos como si fuera la propia, Incluso, le pedíamos su bendición. A don Paco le teníamos más respeto y aprecio que a nuestro propio padre. Otras lo tuvieron bastante peor.

Todas dejamos la casa de los Jordá, unas para casarnos y otras, las que todavía no tenían edad para boda, para entrar a trabajar en las fábricas del punto o en las de muñecas y juguetes de lata que empezaban a abrir por la zona. En las industrias pagaban bastante mejor que por servir, necesitaban mano de obra joven. Todas menos Piedad, ella se quedó. Nos despidió a todas. Fue la única que siguió en la casa mientras vivieron los señores. Después, hasta que pudo asegurarse la jubilación, se quedó al servicio de Rita.

Piedad era nuestro amarre a aquella casa, como un lazo que nos ataba a todas y al que nos podíamos sujetar cuando la vida se nos ponía torcida. Don Paco bromeaba con Piedad, avisándola de que acabaría por cogerle celos, pues ella sola recibía más visitas que toda la familia Jordá. Y no iba muy desencaminado. De las muchachas que nos habíamos quedado en el pueblo, raro era el día en que alguna no pasaba por la casa preguntando por ella. Las que se marcharon a vivir fuera, aprovechaban las visitas a Castell, para acercarse siempre que podían, aunque solo fuera un momento, para darle un abrazo. Buscábamos en ella su presencia de ánimo, que nos escuchara, porque palabras gastaba pocas; quizás solo saber que estaba.

Aunque la casa de los Jordá no fuera la más grande de la calle mayor, era una de las mejores, si no la mejor. Lo que más nos gustaba de la vivienda, más incluso que el patio en el que echábamos todas las horas que podíamos, era donde estaba plantada. No pasaba nada en la plaza del ayuntamiento, que nosotras no pudiéramos ver en primera fila como unas señoras

reinas. Eso sí, asistíamos desde los balcones de la planta alta, porque los de la primera se reservaban para los señores y los invitados que se dejaban caer al olor del acontecimiento que tocara.

Mejor ubicada imposible: en el centro, con todo a un paso, quien dice el mercado o la cooperativa dice el lavadero o la iglesia y frente a la casa roja ¡qué maravilla de casa! siempre vacía. Dicen que no ha llegado a habitarla nadie. Como si todo el mundo pudiera permitirse el lujo de mantener cerrado un palacio así. A nosotras nos daba para morirnos de envidia e inventar historias truculentas sobre las almas abandonadas que deambulaban, muertas de aburrimiento, por ese caserón. Fantaseábamos con que un día, llegara a vivir en ella un guapo y rico viudo, venido del otro lado del mundo, y que irremediablemente acabaría fijándose en alguna de nosotras. Piedad tenía todas las papeletas para ganar en esa rifa, era la más guapa y la más agraciada de todas nosotras. También era la mayor, aunque demasiado seria para participar en nuestros juegos. Todavía caerá la casa roja antes de que nadie viva en ella.

Cuando llegué a servir con los Jordá, Piedad llevaba empleada allí algunos años, no sé cuántos, no muchos, pero suficientes para que los señores y la gente del servicio la tuvieran por imprescindible, y con motivo. Para don Paco lo era porque con Piedad, sabía asegurada la intendencia de la casa sin que él tuviera que descender a las miserias de lo cotidiano, casi de lo vulgar como él pensaba. Para doña Amparo, porque se desentendía completamente de las cuestiones domésticas, incluso de la niña, de Rita, sin que nadie pudiera achacarle desinterés por sus cometidos ni dejadez alguna en sus tareas de gobernar la casa. Y para las chicas, porque Piedad ejercía sobre todas nosotras, una autoridad invisible; no necesitaba mandar para que cada una hiciera lo que se esperaba de su jornal.

Ella era el puntal en el que se sostenía el día a día, la única que ponía un poco de serenidad en aquel trasiego de gente y de trabajo. A las tareas de la casa, que no eran pocas, imagínate entonces, todavía sin agua potable ni luz eléctrica, ni las comodidades que

tenemos ahora, se unían las visitas constantes de gente que pedía ver a los señores. Unos venían a pedir empleo o algún favor, y otros a dejar caer algún chisme del pueblo, en aquel tiempo todavía con las heridas muy recientes y con la memoria demasiado fresca. Estaban también los que se dejaban caer de vez en cuando, para hacer ver que tenían conversación con la gente que mandaba en Castell, aunque todos supiéramos que las clases son las clases, y que no es fácil que se muevan por muchas conversaciones y muchas apariencias que se procuren. Y después estaban las amistades de los Jordá, básicamente los señores de las casas vecinas de la calle mayor, que acudían casi siempre en horario de merienda y tertulia. Ellos se juntaban entre ellos, eso no ha cambiado nunca.

Nosotras lo que aborrecíamos, por la faena que daban, eran las entradas y salidas de los masoveros, casi siempre al final de la tarde, cuando la falta de luz los liberaba de sus obligaciones en el campo. La mayoría llegaba a librar las cuentas de las cosechas, o consultas sobre los trabajos pendientes en las fincas. Otros venían a agasajar a don Paco con las primicias de la cosecha, para que el amo apreciara su buen hacer y el detalle de la ofrenda. Algunos solo acudían a hacerle el rendibú al señor, como si necesitaran que no echara en falta su presencia. Pensarían que el amo era tonto y no los tenía guipados a todos. El Jordá los conocía y sabía perfectamente cómo era cada cual, quién de sus medieros se mataba trabajando de sol a sol arrancándole las tripas a sus tierras, como si le fuera la vida en ello, y quién racaneaba el esfuerzo convencido de la injusticia de tener que compartir beneficios con el propietario sin que este doblara la riñonera ni se manchara las manos en sus bancales. Siempre los ha habido que prefieren perder para que el otro no gane. Don Paco sabía perfectamente de qué pie cojeaba cada uno de sus trabajadores y medieros, y sin embargo no dejaba de atenderlos y escucharlos a todos. A nosotras no se nos escapaban las antipatías del amo, para algo estábamos siempre pendientes de los resoplidos de alivio que soltaba después de despedirlos en la puerta de su despacho, con una palmadita en el

hombro y un apretón de manos: “Rosa acompaña tú misma a la puerta a Luis, que ya se marcha el buen hombre”.

Lo peor llegaba cuando venían los medieros como si fueran la mismísima reencarnación de los reyes magos, (el mundo al revés, los pobres regalando a los ricos), cargados de obsequios para los señores: pollos, conejos o palomos recién muertos. Esos días los pasábamos en el patio, desollando animales y quitando plumas, limpiando tripas y sangre. El olor del pollo escaldado me provocaba arcadas. No había vez que, entre juegos y aprensiones, no acabáramos embadurnadas con las plumas del animal, o repletas de chorretones de sangre de conejo esparcida a base de tirar de su pellejo.

Era todavía peor cuando algún trabajador con escopeta y ganas de presumir, llegaba cargado de docenas de tordos con los perdigones dentro, enganchadas las cabezas a un alambre como si fueran las cuentas de un collar. Don Paco se volvían loco comiendo tordos tal como los cocinaba Piedad: fritos con muchos ajos secos en bastante aceite de oliva, del que daba la finca, churruscados, con los huesecillos crujientes. Y un buen pedazo de pan para mojar en el aceite.

El día que tocaba comer tordos, doña Amparo se hartaba de reconvenir a su marido, porque el hombre chupaba los huesos como si quisiera sorber hasta la última gota de sustancia que le manchaba los dedos. Se relamía los apéndices como si estos fueran molestos invitados que injustamente quisieran quedarse con una parte de manjar. Para él, ese día, era un homenaje para el paladar y su día de comer sin cubiertos. Rita se moría del asco, “papá, ¿cómo puedes comerte esos pajaritos?”. Y nosotras nos hartábamos de arrancar y barrer plumas. Mantener la despensa surtida también tenía sus inconvenientes, aunque peor hubiera sido tenerla vacía.

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi a Piedad. Llevaba uno de sus grandes delantales de cuadraditos negros y blancos. Nunca llegamos a saber cómo conseguía que sus mandiles lucieran siempre tan limpios. Nosotras no conseguíamos evitar los chorretones. Atraíamos los lamparones. Rita era la peor: “pareces la hija del basurero”, le decía don Paco a la chiquilla cada vez que se cruzaba con ella.

A lo que iba. La primera vez que la vi, yo todavía llevaba los ojos hinchados. Venía llorando desde por la mañana que había salido de mi casa en el pueblo. Intentaba disimular, pero con poco resultado. No quería que me colgaran el sambenito de llorona nada más llegar. Mala presentación llegar llorando. Por mucho que intenté disimular, ella se dio cuenta, “aquí estarás bien, “Xiqueta”, los señores son buena gente y nosotras también. Prepárate que hoy vas a almorzar el mejor chocolate con bizcocho que hayas probado en tu vida”.

Me sirvió un gran tazón de chocolate y un trozo de toña recubierta de azúcar, y se sentó a mi lado hasta que acabé de rebañar el tazón y atrapé la última miga de aquel regalo dulce e inesperado. Estuvimos así calladas en la cocina durante un buen rato, el que necesité para dejar escapar el hipo que me sacudía. Ella hacía las cosas así, sin darles ninguna importancia.

Me pareció entonces muy guapa. No sé si por el color rojizo de su pelo, por el contraste de sus ojos negros con la blancura de piel, o por la forma callada con que miraba. Tenía un parar serio que impresionaba, como si no quisiera hacer migas con nadie. Ella rondaba los treinta, y yo apenas levantaba un palmo del suelo. Piedad no decía una palabra que no resultara imprescindible, le bastaba una mirada para que supiéramos qué quería decir. Le faltaba alegría, pero le sobraba madurez a espuertas. Cuando no sabes a qué agarrarte agradeces que la persona que tienes al lado no esté más mareada que tú. Creo que por eso me agarré tan fuerte a ella. Era muy guapa, pese a la oscuridad que llevaba encima.

¡No era la alegría de la huerta, no! Más bien resultaba tacaña en gestos. De los primeros años no recuerdo una caricia, ni un abrazo, ni un beso suyo. Tampoco la vi saludar con mucha efusión a nadie. No era ella de aspavientos, ni a favor ni en contra. Quizás por eso, algunas en el pueblo la tenían por antipática. Y mira que con Rita era difícil mantener las distancias, que cuando te despistabas un poco ya la tenías encima, y no te podías soltar de sus abrazos. Siempre ha sido muy empalagosa la pobre. Pero hasta Rita, que a base de mimos era más infantil de la cuenta, se acostumbró a que con Piedad no valían las carantoñas y que a su alrededor tenía que correr el aire, y cuanto más mejor. Y eso que yo le tenía un apego grande, y me movía siempre alrededor de sus faldas, como un gato buscando el roce.

A Piedad se la rifaban las señoras de la calle mayor. Y con motivo. No era que sabía hacer de todo y bien; valoraban por encima de todo la discreción y firmeza con la que se manejaba. ¿Y por qué no decirlo?, también que, al pensar que se quedaba machucha, por la edad que tenía, se librarían de perder a la empleada cuando esta pasara por la vicaría.

Todas, en algún momento, le habían enviado aviso a doña Amparo para que las tuviera en cuenta si en algún momento decidía prescindir de los servicios de Piedad. Pero María Elisa Rico, la mujer del médico que vivía cuatro casas más adelante en la misma calle, un día fue un poco más allá. Abordó a Piedad en la calle y le propuso directamente, dejar a los Jordá para ir a trabajar a su casa. Le ofrecía mejor jornal, una alcoba más grande con balcón a la calle, y ponerla oficialmente al mando del resto de las chicas que faenaban para ellos. Don Eloy, el “amígdalo” como lo apodaban en el pueblo, además de muchos hijos y la mayoría de las igualas del pueblo, tenía consulta médica en su misma vivienda. Por esa razón su mujer precisaba servicio, organización y mano firme. Nada de eso era un problema para Piedad. “Le agradezco el ofrecimiento, pero no tengo ninguna intención de dejar a los Jordá, no creo que ustedes me puedan dar más de lo que ya tengo con ellos”, fue lo que respondió,

sin que a la otra le quedara mucho margen, ni ganas, para seguir insistiendo. Dejó a la Elisa con un palmo de narices.

Piedad se la tenía guardada a la médica. La gente que tiene dinero piensa que todo lo puede comprar. No era mala mujer María Elisa, pero se lo tenía demasiado creído y hablaba más de la cuenta, todavía no la había pensado que ya la había dicho. Piedad andaba sobre aviso. Le habían llegado los rumores antes de que la abordara la mujer del amígdalo, y tenía la respuesta pensada. Es lo que tienen los pueblos pequeños, que todo se habla y todo se acaba sabiendo. “La médica va diciendo que en cuatro días vendrás a trabajar con nosotras, y que nos vas a meter a todas en vereda” le soltó a bocajarro Lola Mira, una de las empleadas del médico. Iba apañada Lola si pensaba que Piedad haría algún gesto, o le daría una pista de por dónde iban sus pensamientos o sus intenciones, imenuda era ella para guardar sus cosas! Si fue un encargo de su señora para sondear el terreno, tampoco le sirvió de mucho, solo consiguió embarrarlo. El chismorreó predispuso a Piedad a la contra. Se la guardó. ¿Quién se creía que era la médica para hablar de ella, ni para aventurar sus decisiones?

Fue la misma doña Amparo la que se encargó de que nos enteráramos del rifirrafe entre Piedad y doña Elisa. De un tiro mataba dos pájaros: le agradecía a Piedad su lealtad y ensalzaba su actitud ante todo el personal, por eso del ejemplo a seguir, y de paso, se ufanaba de su victoria frente a la mujer del galeno.

La médica estuvo unos meses sin asistir a las meriendas con tertulia que organizaba doña Amparo con las señoras de la calle mayor, y con las mujeres de todos los que en el pueblo eran o creían ser algo. Por hache o por be, doña Amparo olvidaba enviarle aviso. Con el tiempo, unas semanas, las aguas volvieron a su cauce.

La lealtad estaba muy bien, y los Jordá, y sus vecinos, la tenían siempre en la boca, que a la gente bien le gusta hablar con palabras grandes, pero las que trabajábamos allí, estábamos para ganar un

jornal, si podía ser bueno, mucho mejor, y lo de la lealtad nos parecía un adorno que hacía bonito pero que pesaba poco en el bolsillo. Así que a todo el mundo le extrañó y mucho, que Piedad rechazara una oferta que, la miraras por donde la miraras, solo tenía ventajas. A fin de cuentas, la familia del amígdalo no tenía nada que envidiar a los Jordá, más que la solera, y las vistas de sus balcones, porque de pesetas y caprichos los otros iban más que sobrados. Al remate pensamos que como Piedad no tenía familia que mantener, ni obligación de entregar el salario a nadie, se podía permitir el lujo de rechazar unas pesetas más. Al menos eso creíamos todos. Aunque solo se tratara de una cuestión de pesetas y de servir a una familia u otra, durante algunas semanas, Piedad fue el centro de la curiosidad de muchas, y tuvo que soportar más preguntas de las que ella estaba dispuesta a admitir y responder.

Tiempo después entendí que, con su negativa al cambio de empleo, Piedad estaba defendiendo su derecho a no tener que volver a dar explicaciones a nadie sobre los motivos que la habían traído hasta este pueblo, tan pequeño en el mapa. Que los Jordá estuvieran al tanto de quién era, de dónde venía, y de lo que había dejado atrás, era el peaje que tuvo que pagar, cuando don Blas hizo las gestiones para colocarla a su servicio. Normal que quisieran saber a quién metían en su casa. Los señores guardaron absoluta discreción y respeto a la palabra que le dieron al párroco. Lo harían ellos como una obra de caridad más, eran muy de Iglesia y de comunión diaria, pero al fin y al cabo eso favoreció a Piedad, que no tenía interés alguno en cambiar esa discreción por una subida de jornal y un balcón a la calle.

No voy a decir yo, que la discreción fuera el único motivo para quedarse con los Jordá. Cuando una encuentra un sitio del que no quiere salir corriendo, piensa que ese es su sitio, el trozo de suelo donde amarrar alguna raíz para que no te vuelque a la primera de cambio, el mínimo soplo de viento. Ella hizo de la necesidad virtud, estuvo a gusto con los señores, y ellos con ella, les atendió hasta el final, más como una hija que como una empleada, y después siguió

al servicio de Rita hasta que tuvo edad de jubilarse. Entonces, recogió sus cosas y se marchó a la casa que tenía esperándola.

Piedad tenía un punto de misterio que fascinaba a poco que tuvieras algo de roce con ella. Sin ser extravagante, era diferente. No contaba nada, no sabíamos más de ella que lo que veíamos. Era lo que hacía. Quizás fuera eso lo que tanto nos llamaba la atención.

Todos sabíamos que una vez al año, Piedad recibía una carta y que ese día la casa, y especialmente la cocina, andarían patas arriba. Era siempre don Blas el que ejercía de cartero, o como le gustaba decir a él, de ángel anunciador. Lejos de su costumbre de dejarse caer por la casa a la hora de la merienda, cuando el párroco traía el correo para Piedad, golpeaba la aldaba a primera hora de la mañana. Todavía estábamos desperezándonos y quitándonos de encima las migas del desayuno. Apenas intercambiaba con Piedad cuatro palabras en voz muy baja, para que solo ella pudiera escucharlo. Le entregaba el sobre que sacaba del bolsillo interior de la sotana, y se marchaba cabizbajo, sin más saludos ni más comentarios.

La noticia de la carta corría por la casa como la pólvora, como si se hubiera producido un hecho extraordinario. Ese día doña Amparo, de forma excepcional, tomaba las riendas de la casa, y era la primera que se acercaba a la cocina, para indicarle a Piedad que se cogiera el día libre y que estuviera tranquila, que nos podríamos apañar sin ella.

Piedad entonces, sin intercambiar más palabra con nadie, se metía en su cuarto, cerraba la puerta, pasaba el pestillo y no volvía a salir hasta la mañana siguiente. Adolfo, el chófer y correveidile de don Paco, que parecía estar al tanto de todo, y era más cotilla que todas nosotras juntas, decía que Piedad había aprendido a leer con la única intención de que nadie tuviera que leer esas cartas por ella, información que todavía incentivaba más nuestra curiosidad. Pero no era verdad. Cuando Piedad llegó a la casa, ya sabía leer, y la realidad

es que, tras don Paco, ella era la que hacía más uso de los libros. Esa costumbre la trajo puesta.

Aquella reacción por una simple la carta no nos parecía a nadie ni medio normal, menos en Piedad, tan medida y contenida ella para todo. Durante los primeros años me quedaba pasmada. Le preguntaba a Rita, que había tenido más trato con ella, de quién podía ser aquella carta, suponiendo que lo sabría. "Mamá dice que son cosas de mayores, y que las niñas no nos debemos meter". Con esas me quedaba. El día "de la carta", sabíamos que la comida sabría desustanciada, que no se cocerían en el horno de la casa monas ni magdalenas, ni ningún otro dulce; porque Manuela, la ayudante de Piedad en la cocina, además de insulsa, ni de lejos era capaz de sustituirla en los fogones, ni en nada, con una mínima pizca de gracia.

Piedad no tenía nada de mansa, no te vayas a pensar. Vivía las cosas a su manera, se conformó, pero de mansa no tenía ni la apariencia. Se lo pueden preguntar a Fina la joyera, que todavía se tiene que acordar de la bofetada que le arrimó Piedad en el lavadero. Y total, que a Piedad la cosa ni le iba ni le venía. El bofetón fue sonado. En unos días las mujeres, y muchos hombres del pueblo, no hablaron de otra cosa.

Tanto se habló, que el golpe crecía y crecía a fuerza de contarlo. Hasta don Paco llamó al orden a Piedad cuando le llegaron con el cuento. El hombre tenía que velar por esas cuestiones de la respetabilidad y el lustre, y de que su casa no anduviera en boca de todos, en definitiva, él era el último responsable de lo que hacían sus empleados. Pero al Jordá lo que le interesaba de verdad, era conocer la historia de boca de Piedad. Su reacción lo tenía más que intrigado. No la consideraba mujer de arrebatos ni de grandes emociones. Cuando Piedad le contó su versión de los hechos, las carcajadas de don Paco se escuchaban por toda la casa, y la riña de doña Amparo recriminándole su condescendencia también. "Una bofetada de vez en cuando no le viene mal a nadie" fue lo único que

le dijo a Piedad, haciendo el esfuerzo de no reírse delante de ella. En el fondo se quedó con las ganas de felicitarla. Si hubiera sido posible, después de aquel tomarse la justicia por su mano de Piedad, don Paco todavía la habría apreciado más.

La cuestión fue que Fina, se estaba despachando a gusto a costa de Milagritos la de la Sénia. El novio le había hecho un bombo antes de pasar por vicaría, y al animal de su padre no se le ocurrió otra cosa que echarla de casa. Fina estaba largando de la pobre chica todo lo que le venía a la boca y nada era bonito. Milagritos no era ninguna santa, pero en aquellos tiempos, lo que le pasó a ella, era lo peor que nos podía pasar a cualquiera de nosotras, a cualquier mujer "decente". Piedad contra su costumbre de no gastar palabras ni meterse con nadie, ni en conversación ajena, avisó a Fina varias veces. Le dijo que no estaba bien criticar de esa manera a la gente que no estaba presente para defenderse, y que bastante tendría la muchacha con lo que le había pasado, para además tener que ir en boca de todas. Pero la joyera la escuchó como si pasara un carro, y siguió con la murga en medio de las risas de todas las que estábamos allí con las manos en el agua, más entretenidas que unas pascuas, todo hay que reconocerlo. Cuando menos se lo esperaba la joyera, tenía delante a Piedad, que sin decirle una palabra más, con las manos chorreando, le arreó tal bofetada, que la hizo trastabillar hasta acabar con medio cuerpo dentro de la balsa. La dejó muda, cogiéndose la cara, los ojos abiertos como platos, empapada y boqueando como si fuera un pez recién sacado del río. Las demás tampoco rechistamos. No sé si por miedo, para no romper aquel silencio que sonaba tan raro en el lavadero, solo se escuchaba el agua, o porque todas pensábamos que aquel guantazo era un premio más que merecido para la joyera bocazas. Piedad recogió su palangana, el pedazo de jabón y su ropa, y echó a andar tranquila para casa, más satisfecha que satisfecha. Nadie salió tras ella, ni hubo más comentario. Seguimos frotando y enjuagando la ropa, palmoteando el agua, calladas, como si estuviéramos en la iglesia en vez de en el lavadero.

Piedad tardó mucho en sincerarse conmigo, en contarme la historia con Lucas, con tu padre, y que había tenido tres hijos a los que ni conocía. Perdona, no quería incomodarte, tengo que hacer el esfuerzo para no decir "tu padre". Todos tenemos un pasado, o por lo menos eso dicen, pero algunos pasados parece que tienen más vida y duelen más que otros ¿no te parece? Para entonces yo ya estaba casada y acababa de tener a mi primer hijo, mi Antonio. El nacimiento del chiquillo la removió enteramente, le revivió el pasado que mantenía dormido, silenciado. Hasta entonces yo creo que me veía como la hermana pequeña, no quería escandalizarme, tem a que pudiera mudar mi cariño al conocer su secreto.  ramos muy pacatas entonces, hacíamos lo que tocaba, lo que se esperaba de nosotras, lo que Dios o la iglesia mandaba,  c mo iba a pensar yo que Piedad llevara tanto sufrimiento y tantas sombras encima si ella no contaba nada?

Para mí, más que una hermana mayor, era una madre. Crecí al amparo de sus faldas, aprendiendo de ella. Seguramente, llevar la misma sangre no nos hubiera hecho más familia, ni nos hubiera unido tanto.

Venía a casa la mayoría de las tardes, veía al pequeño y me echaba una mano con las faenas. Cos amos, escuchábamos la radio y charlábamos, según nos dejaba el crío entre dormida y dormida. Aquella tarde, sin venir muy a cuento, dijo que tenía que contarme algo muy importante para ella. Me pidi o perdón por no haberlo hecho antes, que no había sido por falta de confianza, sino por vergüenza, porque le dolía, porque callar era la única manera de seguir respirando, de no tener que bajar la cara y humillarse constantemente ante todos, la única manera de sentirse persona. En un segundo sale lo que lleva esperando decirse toda una vida.

No es plato de buen gusto reconocerte un títere en manos de unos y otros. Primero en las del padre, que únicamente vio en ella la llave

para medrar y chupar sin límite de la ubre de su señor a cambio de silencio. Después en las de Lucas, que por mucho que la llegara a querer, no tuvo las agallas para afrontar las consecuencias de sus actos, ni para atreverse a empezar una vida con ella que no precisara de tanta mentira. A los que lo han heredado todo, no siempre les dan el coraje necesario.

Llegó a querer a Lucas y creyó en él. Renunció a sus hijos porque nunca pensó que los perdería para siempre. Esperó de él algo más que una carta, más que saber que la protegía en la distancia, que estaba al tanto de su vida, que no la abandonaba. Pero fue ella quien sufrió el destierro y la pérdida, la que lo perdió todo, hasta la esperanza.

Después de aquella tarde, no volvimos a hablar en mucho tiempo de lo que me había contado. No te podría decir cuánto. Mucho. No resultaba cómodo para ninguna de las dos. Yo tenía poco mundo, y cualquier cosa que se salía de lo habitual, de lo que nos habían hecho creer que era lo normal, me impresionaba. Me costó digerir la historia que Piedad me había confesado, conseguir que no restara un ápice al respeto y al afecto que sentía por ella. No me resultó fácil. Acababa de parir a mi primer hijo, y me costaba imaginar qué hecatombe tendría que suceder para que me hicieran renunciar a él, entregárselo a otra. No la juzgué, porque no quería perderla. Si antes de juzgar a nadie sopesáramos la carga que soporta, daríamos más abrazos que golpes.

Aprendemos a toro pasado, y el pasado tiene difícil arreglo.

Con el tiempo, dejamos de vivir todo aquello como un secreto infranqueable. No hacía falta escampar nada a los cuatro vientos, a nadie le importaba, quedó en la familia. A fin de cuentas, tampoco yo reconocía más familia que la que acababa de estrenar con Antón, y Piedad formaba parte de ella.

No escuché de boca de Piedad ni excusas ni una pizca de autocompasión. El desgarró lo llevaba por dentro, como las costuras en la ropa, y nunca lo llegó a curar. A fuerza de tiempo consiguió apaciguar la desazón y el sinsentido que llevaba cosidos ¿qué remedio le quedaba?

Aunque ella no lo quisiera reconocer, siempre mantuvo abierta una rendija a que alguien, Lucas o alguno de vosotros, viniera a buscarla algún día. Como si creyera de verdad, que todas las deudas se pagan. En las novelas de la radio esas cosas pasan, pero en la vida real..., la vida real es otra cosa. Todas necesitamos algo a lo que agarrarnos, por imposible que parezca, también Piedad.

El encuentro con Isabel la sacó del ensueño y de la espera que ella sola se había montado. Confirmó que no quedaba nadie que la tuviera presente, que la pensara, salvo Isabel. Lucas había faltado unos meses antes, tú y tus hermanos no queríais ni oír hablar de ella ni del pasado de embustes que unos y otros habían armado en torno a vosotros. Nadie os podía reprochar vuestra decisión. Los hermanos que le quedaban, bastante tenían con ir matándose entre ellos por las migajas que dejó el padre. A poco más que al olvido podía aspirar Piedad.

La visita de Isabel alivió a Piedad del luto que llevaba agarrado dentro y nublaba cada uno de sus días. Hablaron y lloraron juntas, se dieron el permiso que otros les habían negado: para hablar, para reconocerse y consolar las penas viejas y gastadas que llevaban amontonadas. Se vaciaron como balsas rotas que dejan escapar el agua estancada, gota a gota.

XVI

Escucho a Rosa y reprimo una vez más, cada una de las preguntas que he ido acumulado en las escasas horas que la conozco. Las sumo a las que empecé a guardar el día en que Andrés llegó a casa desgarrado, con el uniforme del colegio rebozado de tierra, el labio partido y ensangrentado, y llorando como una magdalena.

Andrés vestía pantalón largo desde el curso anterior, era el mayor, y no tenía edad de desmadrarse con una rabieta como la que traía, precisamente él, siempre rápido en burlarse y tildarnos de mocosos a poco que atisbaba en nosotros el albor de una lágrima.

Estupefactos, Marcos y yo mirábamos boquiabiertos cómo Andrés daba golpes a las paredes y se encaraba con mamá, a trompicones, acelerado, medio ahogado por el llanto, las lágrimas y los mocos, y repetía una y otra vez elevando la voz: "¿es mentira, verdad mama?, idime que es mentira!". Mamá había perdido el color de la cara, estaba pálida como si acabara de caer una bomba en el salón de casa, lo hubiera hecho todo añicos, y ella no supiera hacia dónde correr. Cada pregunta de Andrés, cada uno de sus gritos acabado en un gallo estrepitoso, sonaba a última taza de porcelana que se rompía.

"Eduardo Giménez me ha gritado en el patio, delante de todos, que somos hijos del tío Lucas, que vosotros no sois nuestros padres de verdad, que sois unos mentirosos, que en el pueblo todo el mundo lo sabe desde hace mucho tiempo... idime que es mentira mama!, idime que es mentira!" Andrés tenía cumplidos los doce años, aunque por la altura y el bozo que se le insinuaba se le podían echar unos cuantos más.

Eduardo, el malicioso Eduardo, simplemente había encontrado la fórmula y los datos precisos para sacar de sus casillas y hacer zozobrar a mi hermano Andrés, el alumno querido y ejemplar, y de paso resarcir su ego envidioso. No era la primera vez que lo hacía, llevaba tiempo incordiando a Andrés, justo desde que escuchó lo que no tendrían que haber sabido sus padres.

No hay distancia suficiente cuando la verdad quiere imponerse. Basta con que alguien conozca a alguien, que ese alguien comente algo que se comentaba, que a alguien le sobre inquina y vileza para husmear el rastro de las miserias ajenas, y que ese alguien crea encontrar en esas miserias una razón para denostar a quien envidia.

Aquella mañana, la verdad quiso mostrar todo su poderío en el patio del colegio de mis hermanos. Lo hacía de la mano de un chiquillo que simplemente había pegado la oreja a las conversaciones de sus padres y creyó encontrar munición de primera para sus escaramuzas de recreo, inconsciente del calibre de sus palabras y de las contusiones y heridas que su indiscreción podía provocar. Las pullas siempre las carga el diablo por inocentes que parezcan.

Mamá capeó el temporal como pudo, como lo hacía todo ella, a base de dulzura, desnudando de gravedad lo que se le ponía a tiro, incluidos nuestros berrinches. Negó la mayor, consoló a Andrés mientras le limpiaba la cara y le atusaba la ropa, como enfermera que cose al herido tras la batalla, y encontró el modo de entretener la confusión que se nos había metido dentro a cada uno de nosotros, hasta que llegara papá del ministerio. Sería él quien marcará la estrategia a seguir. Papá siempre marcaba el rumbo.

Papá era poco indulgente con nuestras rabietas; a su manera, no nos dejaba pasar una atendiendo a su máxima "no hay que dejar que el árbol crezca torcido". Conocía nuestros talones de Aquiles, y practicaba el "donde las dan las toman". Era su peculiar método de mostrarnos que las acciones, todas, por insignificantes que parezcan, derivan en consecuencias. Encontraba siempre el mejor

correctivo para hacernos recapacitar sobre nosotros, como los llamaba él, “desparrames de exceso de energía”. No se repetía, aplicaba para cada situación una receta diferente, a cada uno nos dolía en un sitio distinto. Imagino que, tras cada correctivo creativo, papá nunca defraudaba, la pareja se echaba unas risas a nuestra costa, porque como les gustaba decir a ellos lo nuestro no eran más que “minucias”, comparado con el desastre que tenían otras familias. Por eso, lo habitual era que fuese mamá quien más sufriera nuestros arrebatos enérgicos; era más permisiva. Pasamos expectantes lo que restaba de tarde, esperando la llegada de papá y el correctivo más que probable para Andrés, luchando para que sus incertidumbres no acabaran por tomar posiciones en nuestra cabeza. No lo conseguimos.

Esa noche no escuchamos las noticias de la radio. Después de la cena, en la que engullimos la sopa más silenciosos que nunca mientras nos mirábamos de reojo, papá sacó la voz profunda y grave que impostaba para las cosas serias: “mamá y yo tenemos algo que contaros. Ya no sois tan niños, hay cosas que debéis saber. Vamos a hablar”.

Y así, sentados en torno a la mesa, a modo de ritual de iniciación, sin previo aviso, nos despojaron de la única certeza que poseemos mientras somos niños, del único patrimonio que cargamos de origen: la confianza absoluta en los padres.

¿Cómo le explicas a unos niños la maraña de falsedades en la que los has envuelto, sin dejarlos magullados de por vida? ¿Cómo lo haces sin abocarlos al mundo de las miserias de los adultos, de sus mentiras, de sus silencios? ¿Cómo se hace eso?

Papá no se anduvo con rodeos, era sobrio para todo. Hilvanó la respuesta a las preguntas que Andrés había exigido a gritos a mamá esa tarde. Lo hizo como si le dictara una carta a su secretaria: escueto, casi telegráfico, descriptivo, sin entrar en detalles ni valoraciones, sin dejarse llevar por más emoción que la de saberse

escrutado por sus hijos por primera vez, sin perder la dignidad que le ponía a todo. Solo el movimiento continuo de los dedos pulgar e índice de su mano derecha, abrochando y desabrochando el primer botón de su chaqueta de lana, su eterna chaqueta gris, delataba el malestar y la tensión que intentaba disimular, él y nosotros.

“El tío Lucas cometió un error. En la juventud todos cometemos errores, el sacerdocio no te libra de equivocarte ni de pecar, tampoco de mentir. Todos somos pecadores, también nosotros. Tío Lucas mantuvo una relación amorosa con una joven durante demasiado tiempo. Era una criada de la finca, a la que llegó a querer de verdad. De esa relación, como una bendición inesperada nacisteis vosotros. Cuando la chica se quedó en cinta por primera vez, Lucas nos confesó su flaqueza y requirió nuestra ayuda, éramos su única familia. Tuvimos que tomar una decisión muy difícil para todos, eran demasiadas cosas las que había que proteger, además de la vida que venía en camino. Decidimos que seríamos nosotros los que asumiéramos la paternidad de la criatura, de Andrés, nada más naciera. Nos mudamos a Madrid antes del nacimiento, con la intención de no levantar ningún tipo de sospechas ni habladurías, y de que todo quedara protegido en el silencio de la familia. Evidentemente, esa distancia no ha resultado suficiente. La chica vino a pasar los últimos meses de su embarazo a la capital, para que diera a luz y se recuperara en buenas condiciones y lejos de mirada indiscretas, y para que pudiera entregarnos la criatura nada más llegara al mundo. Tras el nacimiento de Andrés y el regreso de la muchacha a La Palmera, tío Lucas fue incapaz de corregir su comportamiento y cortar aquella relación íntima y pecaminosa. Así llegasteis poco después Carmen y Marcos. Mamá y yo os acogimos y os queremos a los tres como hijos propios desde el mismo momento de vuestro nacimiento, y así deseamos que siga siendo. Hay circunstancias que resultan muy difíciles de explicar y de justificar. Nada tienen que ver con las virtudes en las que os hemos querido educar. Pero esta es la historia de nuestra familia, para bien o para mal no la podemos cambiar, no tenemos otra. Hicimos lo que consideramos mejor para la familia, y para la gente que dependía de

nosotros. Todas las familias tienen sus problemas y sus secretos, somos una más. La familia es lo último que nos queda cuando todo se resquebraja, aunque haya que apuntalarla con mentiras. Ahora que ya lo sabéis todo, queda en vuestras manos decidir cómo continuamos nuestra historia.

Mamá se mantuvo callada mientras su marido, el hombre al que quería y admiraba a partes iguales desde el día en que se conocieron, desbriznaba para nosotros los nudos que nos ataban como familia. Erguida la espalda contra el respaldo de la silla, con las manos apenas cruzadas sobre su falda de paño azul marino, sin dejar de observar cada uno de nuestros gestos, asentía a las razones que papá detallaba con un leve movimiento de cabeza con el que parecía animarlo a seguir, a no escatimar ni un gramo de la verdad que creían debernos. Qué mal trago tuvieron que pasar los pobres, ellos, que destilaban dignidad y rectitud, se veían confesando su estafa delante de tres mocosos que sentían por ellos verdadera adoración y a los que les acababan de segar de cuajo buena parte de su inocencia.

Nunca habíamos escuchado tanto silencio en casa, parecía que el mundo mismo hubiera quedado en suspenso esa noche, colgado de la última frase que pronunció papá; premonición del silencio de años que nos impusimos sin que nadie nos lo exigiera. Quizás temimos, en nuestra inocencia maltrecha, que hasta el mínimo suspiro pudiera resquebrajar el suelo a nuestros pies y nos acabara engullendo definitivamente. ¿Qué teníamos que decidir nosotros si solo éramos unos críos?

Sin competir entre nosotros, por una vez, dejamos que esa noche Marcos ocupara el hueco en el abrazo de mamá, para eso era el pequeño. Se aferró a ella sujetándola con fuerza, como si quisiera retenerla pegada a él para siempre, como si temiera perderla. En su desespero respondía a la pregunta de papá. Lloraba en silencio, hacía adentro, amortiguando el llanto en la pechera de mamá, mientras Andrés evitaba que las lágrimas arruinaran su

interpretación de hijo mayor, la sobriedad copiada de papá que intentaba aparentar. No se daba cuenta de que la rabia se le acumulaba en los puños, granates y rígidos de tanto apretar. Yo entretuve la angustia y el sabor a jarabe que me había llenado la boca, mirando a unos y a otros, queriendo imaginarme en una pesadilla que olvidaría cuando agotara el sueño, quizás sin saberlo, también sembré la minúscula semilla del desapego, tan fértil en mí.

—¿Y la mujer?, ¿qué fue de ella? —La pregunta de Andrés, la única en aquel ritual, marcando el pasado como una distancia infinita, rompió el embeleso y nos hizo caer en la cuenta de la pieza que faltaba para cuadrar el disparate del que nos acabábamos de enterar.

Mamá se levantó y salió del cuarto con nuestros ojos clavados en el ocre de su suéter. Regresó unos minutos después trayendo en la mano una fotografía envuelta en un papel de seda viejo y descolorido. Una fotografía en color sepia, amarillenta por el ataque de los años. En la imagen se veía a un grupo de hombres y mujeres posando en torno al tío Lucas, ocupando la escalinata de la entrada principal de La Palmera: eran sus trabajadores. Todos con la misma delgadez y vestidos de oscuro en un tiempo que era oscuro de por sí. Tío Lucas vestía sotana y lucía satisfecho y muy joven todavía. Por la ropa de los demás, dedujimos que se trataba de un día de fiesta, los rostros enjutos y sombríos delataban las penurias de la época, tan falta de color como la propia fotografía. Reconocimos entre aquellas caras quemadas a fuerza de sol e intemperie, a la fiel ama Juana con su sempiterno moño, joven como no creíamos que hubiera sido nunca, al malcarado de Mateo el capataz, y al pobre y lisiado Cosme apoyándose en su muleta junto a su ayudante en el molino.

Mamá señaló, sin llegar a tocar el cartón, a la joven de pelo claro y ojos grandes que sonreía feliz junto a Juana. “Esta es Piedad, la mujer que os trajo al mundo”. Nos asomamos a la estampa, evitando tocarla, echando un vistazo rápido con una mezcla, a partes iguales,

de irresistible curiosidad infantil y vulgar aprensión. "Tuvo que salir de La Palmera nada más nacer Marcos. Era muy joven y la pobre se llevó la peor parte". La voz apagada de mamá se acompasó con el frufrú del papel de seda con que envolvió de nuevo la fotografía en el intento de protegerla del tiempo y del olvido. "Tío Lucas la quiso, la quiso mucho, y vela por ella, aunque sea en la distancia. No podría ser de otro modo. Es una buena mujer y la familia tiene una gran deuda con ella". La caricia de los dedos de Isabel al envoltorio que sostenía en las manos, delataba el respeto y el cariño que profesaba por la mujer cuya existencia acababan de desvelarnos. Papá guardaba silencio, con la mirada baja, nervioso por las palabras de mamá.

No pedimos más explicación, ni más detalle. El deseo de conocer es una masa que precisa tiempo y reposo. Esa noche el rezo en familia se quedó en un mustio Ave María, un beso y la señal de la cruz repetida con desgana. Demasiadas emociones para llevar a la cama.

Andrés no fue al colegio al día siguiente; las pesadillas y la fiebre no le dejaron pegar ojo. Estar en la edad de crecer parecía un motivo más que razonable para las décimas de temperatura que sufrió. Y papá se encargó de apercibir al padre de Eduardo Giménez. Hizo uso del privilegio de ser un alto y respetado funcionario del Ministerio de Agricultura y de que el buen señor, no pasara de simple subalterno pusilánime, con buena planta y exageradas aspiraciones de medrar. Le bastó para reconvenirlo, un simple "Señor Giménez, le agradecería que en lo sucesivo su hijo deje de importunar al mío. Nos convendría a todos, que no se vuelva a repetir un altercado como el que nuestros hijos mantuvieron ayer en el patio del colegio. Esparcir chismes, como usted bien sabe, no es de personas decentes ni mínimamente bien educadas, ni lleva a nada bueno. Me incomodaría muchísimo tener que adoptar otras medidas, pero no dudaré en hacerlo si es menester. Dejemos que este disgusto quede en "cosa de chicos", ¿no le parece?" Giménez se supo pillado en falta, no su hijo, él y su insano vicio de indagar en vidas ajenas y hablar más de lo conveniente, su falta de discreción, su chismorreio,

su envidia. El padre de Eduardo acertó a componer una disculpa más parecida a un balbuceo que a la expresión de un hombre adulto: “por supuesto don Jaime, lamento muchísimo lo ocurrido, le garantizo que no volverá a suceder. No se preocupe, que mi hijo Eduardo ha tenido el escarmiento que merecía, ya sabe usted cómo son los chicos a esta edad, lo confunden todo...” La amonestación de papá al señor Giménez resultó mano de santo. Desde ese día Eduardo huyó de Andrés como si su sola cercanía pudiera provocar un cortocircuito capaz de dejar a oscuras a media humanidad. Pero el cortocircuito ya se había producido y había fundido demasiadas luces.

A partir de entonces, salvo en ocasiones muy excepcionales, dejamos de visitar La Palmera. La familia, en sentido extenso, evitaba así tener que fingir que nada había cambiado, y de paso esquivaba habladurías y chismorreos desagradables que pudieran darse en el pueblo y con ello la posibilidad de que se produjeran más encontronazos “de críos”. Fue la mejor manera que encontraron de protegernos. La verdad no nos salió gratis ni barata. Perdimos nuestro particular paraíso infantil de veranos y vacaciones: los chapuzones en la alberca, los juegos bajo los limoneros, las mañanas de enviscar caverneras con los hijos de los trabajadores de la finca, los agasajos con los que el tío Lucas, al que seguíamos llamando tío, nos obsequiaba en su papel de anfitrión, los cuidados golosos de la ama Juana y las correrías en su inmensa cocina. Perdimos un trozo de nosotros, el de la infancia despreocupada y alegre, el que teníamos más cerca de las raíces y los afectos, y empezamos a cultivar la memoria y la esperanza de regresar algún día a La Palmera.

Tío Lucas nos visitaba en Madrid un par de veces al año y se quedaba en casa con nosotros unos cuantos días. Llegaba de la finca cargado de todo lo que el campo daba en ese tiempo: aceite,

almendras, limones, naranjas, embutidos, habas, algún animal de corral, pollo o conejo, limpio y listo para cocinar, y las pastas que la vieja Juana se había encargado de hornear el día anterior al viaje. Traía además, un regalo especial para cada uno de nosotros, algo diferente y único.

Papá era el que, con diferencia, más disfrutaba de esas visitas. Más que amigos eran cómplices. Hablaban y hablaban y daban largos paseos por el Retiro como si tuvieran prisa por poner al día todas las confidencias que habían acumulado. Sus paseos acababan siempre en alguna bodega del barrio en la que tomaban el aperitivo antes de regresar a la casa.

A mamá le bastaba con tener a su hermano cerca, sentía por él verdadera adoración y vivía su presencia como una auténtica fiesta. Mimaba a Lucas como si se tratara del mismo hijo pródigo bíblico recién llegado. En la mañana, antes del alba, lo acompañaba a celebrar su misa diaria en la parroquia de La Santa Cruz; caminaba satisfecha cogida de su brazo. Cuando regresaban, él colgaba la sotana, vestía su elegante traje oscuro y se lanzaba a callejear, a visitar museos y librerías, hasta que se hacía la hora en que recogía a papá a la salida del trabajo.

Pese a lo que ya sabíamos y “sus hijos” nunca llegamos a hablar a las claras con él, Lucas nunca perdió nuestro afecto, ni recibió un reproche por nuestra parte. Le respetábamos sin más. Le queríamos y participábamos de la alegría de nuestros padres.

Cuando eres niño, quieres que te quieran, eso es casi lo único que importa, buscas el roce de la piel, el calor de los padres y las certezas que depositas en ellos. La moral queda para los mayores.

Eran días de fiesta en casa, de familia, extraña familia injertada, aunque por todas las rendijas se colara un nombre y una ausencia que ni el tiempo ni la muerte han conseguido apagar: Piedad.

XVII

A primera hora me aposté de nuevo frente a la vivienda de dos plantas, fachada recién remozada, geranios rojos en el balcón y ventanas cerradas. De cara al día, siguiendo la máxima que tantas veces he escuchado a Manuel: "Lo costoso mejor de cara al día". Permanecí apoyada allí durante un buen rato, en un silencio solo roto por los buenos días que me dedicaban las contadas vecinas que transitaban la calle a esa hora, tan sorprendidas de mi extraña y madrugadora presencia como yo misma. Al aire, ondeaban restos de banderolas de papel de fiestas pasadas, tan pasadas como la viveza de sus colores y los hilos enganchados a cables y paredes que a malas penas conseguían sujetarse. La simple voluntad no es suficiente cuando se trata de salvar una sima. Los escasos metros de la amable y estrecha calle que me separaban del portal, eran la inmensa grieta que tendría que atravesar por mucho que me empecinara en demorar el trance. Entrar o dar la vuelta y huir por donde había llegado, huir de nuevo, seguir huyendo. No cabían más opciones.

El chasquido metálico de la llave en la cerradura disipó vacilaciones y deshizo mi último amago de fuga. Conquistado el dintel, no cabía retroceder. La luz ocupó las estancias y me insufló el ánimo que precisaba a medida que levantaba las persianas y tomaba el primer contacto con la casa. Dos dormitorios y un baño en la planta superior, en la inferior un comedor amplio, una cocina, un cuarto de aseo de cortesía y un pequeño patio con una pila, un desagüe central y tres cuerdas para tender la ropa. En el patio todavía verdeaban macetas con hortensias, sevilanas, áloes y lirios, colocadas estratégicamente para atrapar hasta el último rayo de sol. El patio da a la vivienda la luz que la estrechez de la calle le escatima. La primavera todavía no ha conseguido hacerla entrar en calor. Paredes blancas, anémicas de adornos que las distraigan.

A mi paso, ejecuté la malsana costumbre que heredamos la mayoría de las mujeres, generación tras generación: con el índice dibujé una línea recta sobre la superficie de los primeros muebles que encontré. Donde mi dedo quiso marcar un surco de polvo, apenas dejó un rastro sigiloso e imperceptible.

Muebles los justos: funcionales, simples, casi todos de pino tirando al color miel oscuro, salvo el del televisor, de metal oscuro y raelite marrón, cojines de colores apagados en las sillas y en el sofá de eskay verde de dos plazas, tapetes de ganchillo en mesas, cajoneras y aparador. De las paredes cuelgan tres paisajes: uno muestra un limonero repleto de pintas amarillas en un día radiante de sol, otro, refleja una infinidad de palmeras balanceantes lanzándose hacia el horizonte, y en el tercero, animales y personas compiten en una escena de labranza. Cajones y armarios parecen más que acostumbrados a guardar solo lo básico, lo imprescindible para quien está acostumbrada a prescindir de casi todo.

Abrir con su propia llave la puerta de un hogar que no es el tuyo, no te convierte en menos extraña. Nadie decente entra en la intimidad ajena sin saberse un intruso. Al fin y al cabo, la casa no deja de ser la piel gruesa que nos echa sus raíces por dentro, o por lo menos lo intenta; cuenta lo que somos, la vida con la que nos hemos conformado. El escrúpulo de invadir la intimidad de Piedad crece con mis pasos. ¿Quién dice que tengo derecho?

Como una invitación, sobre la cómoda de la habitación principal, espera la caja de madera que Rosa insistió en que revisara. La pobre mujer, además de encargarse de las cuestiones del funeral y del entierro, ha debido andar más que atareada poniendo en orden y recogiendo la casa por si nosotros nos dignábamos a hacer acto de presencia. Lo ha dejado todo dispuesto para que no intimide tanto la huella reciente del paso de la parca por la casa, para que la presencia de Piedad no resulte más que un leve y amable recuerdo. ¡Qué envidia tener una amiga así! Las letras pirograbadas en la madera, "Viña Pas Nuevo" delatan con ironía la conversión del

embalaje del que seguro fue un buen vino, destinado al placer, en triste cajón de Pandora al que me aproximó con una aprensión enorme.

Libre de la curiosidad que llevó a Pandora a desatar todos los males del mundo, quise confiar, a modo de antídoto, en que, frente a mis propios demonios personales, en el fondo de la arqueta, como en el relato mitológico, siguiera presa la esperanza, que buena falta me hacía. ¿Cómo no nos va a dar miedo la verdad? La verdad no es inocua, se disfraza de perenne bondad, de ganancia permanente, para ocultar sus secuelas. A veces causa destrozos.

Coloqué el arcón sobre la cama, acerqué la silla y durante un buen rato me limité a mirarlo, a revolver su contenido y a procrastinar. Lo poco o mucho que Piedad quisiera decir estaba dentro de las cuatro tablas grabadas que tenía delante; su última oportunidad para acercarse a sus hijos, su parte de verdad sobre nuestra familia, sobre ella, sobre nosotros mismos. La pieza que faltaba para completar el rompecabezas siempre inacabado. Toda una vida cabe dentro de una vieja caja de vino.

Como maestra que se dispone a revisar los ejercicios de sus alumnos por milésima vez, o como vendedor de joyas que despliega su muestrario, coloqué cuidadosamente sobre la colcha el contenido de la caja. A la vista. Esperando.

El nombre de un notario, Ignacio Huerta Cobrado, destaca en las letras puntiagudas, grandes y blancas que figuran en las dos carpetillas de cartulina gris pálido. En su interior, amarillean las páginas cargadas de letras negras cual garrapatas, sellos oficiales y huellas de tampones entintados en azul, en pos de una mayor oficialidad. El documento más antiguo es una escritura de compra-venta de la casa, el más reciente la copia del testamento de Piedad. El lenguaje notarial no entiende de alegrías, de sacrificios, de deseos, de intrahistorias, ni florituras, va a lo que va: servir al orden, dar fe de lo que dicen papeles y personas, grabar en piedra lo que

queda de lo inevitable. "Interviene Piedad Marín Contreras, mayor de edad, soltera, sus labores. Declara: que es natural de Cieza, donde nació el dos de febrero de mil novecientos veintidós; que es hija de Mateo y Concepción, fallecidos ambos; que es soltera y carece de descendencia".

El tono monocorde e indiferente del insípido fedatario reduce a tres palabras la capitulación definitiva de una última esperanza: "carece de descendencia". Parir tres hijos no cuenta en el haber. Se necesitan apellidos escritos en tinta azul en un libro repleto de sellos, firmas y huellas de tampones estampados. No cuenta si renuncias a ellos para no arrastrarlos a tu misma vida arrastrada, no cuenta, aunque te consumas sorbiendo culpa indeleble con la estúpida esperanza de que quizás, algún día, alguien te rescate. ¡Carece de descendencia!, y punto, no hay más. "Instituye herederos universales a los hermanos Andrés, Carmen y Marcos Martínez Cervantes (hijos de Jaime e Isabel), residentes en la ciudad de Madrid, se añaden últimas señas conocidas. Establece: si se produjera la no aceptación de herencia por cualquiera de los tres hermanos mencionados ut supra, correspondería la condición de heredera universal a la Sra. Rosa Leal García, vecina Castell, con sustitución vulgar por sus descendientes por estirpes".

Dos cartillas bancarias de tapas turquesa de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Una recoge el apunte de una suma más que considerable, seguido de registros de pagos anuales en concepto de intereses devengados por el principal. Unos cuantos millones de pesetas, los suficientes para sacar de problemas a cualquiera, y para vivir unos años a cuerpo de rey sin tener que preocuparte de nada, ¡un pastón! que dirían mis hijos. Nada que ver con el ahorro de hormiga de una empleada del hogar. La otra es una libreta de batalla: ingreso mensual de una pensión mínima, algún pago, retiradas de pequeñas cantidades: la fotografía de una vida de trabajo y rutinas, ahorro, escasos caprichos y mucho aburrimiento.

El pequeño joyero, resulta más que pretencioso para su contenido. Tres pares de pendientes de oro: uno de ellos con una diminuta perla engarzada, otros, los más bonitos, quizá los más antiguos, de piedras de azabache formando un trébol de cuatro hojas del que cuelga una pequeña piedra en forma de lágrima. Hay un anillo a juego. Modesto sentido del lujo, pura discreción. Y una medalla, tan familiar, idéntica a la que colgaba del cuello de mamá, con la que jugueteábamos los tres mocosos agazapados entre sus brazos: la medalla del tío Lucas. ¿Quién dice que las grandes sorpresas no caben en recipientes pequeños?

Tres paquetes de cartas sujetos con un hilo de cáñamo como regalos dispuestos para ser entregados. En el primer fajo, el más abultado, figura como destinataria "Dña. Piedad Marín Contreras". La mayoría de los sobres carece de matasello y dirección de entrega. Un mismo remitente: D. Lucas Cervantes Salinas; la misma dirección, la misma letra, el mismo "Querida Piedad" encabezando cada misiva, la misma firma. Cuartillas convertidas en crónica de una separación impuesta y definitiva que dan cuenta del inexorable paso del tiempo y de sus bocados rabiosos de melancolía, del deseo de mantener a salvo lo que hubo de digno en su amor, de ruegos y súplicas y mil formas de pedir perdón.

Cieza, 20 de junio de 1966

Querida Piedad

Ruego para que al recibo de esta carta estés bien, nosotros bien, gracias a Dios. No quiero dejar pasar el compromiso que tomé cuando marchaste de La Palmera. Pese a tu silencio, que no cuestiono, me impongo hacerte llegar noticias de los tuyos, siquiera una vez al año. Quizás sea el único modo de saberte cerca. Si para ti puede servir de consuelo, a mí me reconforta pensar que alivio en algo el dolor que sientes y del que no soy ajeno.

Agradezco infinito a don Blas que te haga llegar estas letras. Aunque tarden más en llegar a destino, lo prefiero al correo, por discreción y por asegurarme de que las recibes sin más intermediarios, favor que le agradezco inmensamente. Cualquier menester que precises házmelo llegar a través de él. Es hombre bueno y discreto, y para mí, poco acostumbrado a amistades, ya como un hermano.

Los chicos están bien, crecen hermosos y buenos. Son cariñosos y trabajadores, hacen honor a ti. Isabel y Jaime los crían y educan como propios. No les falta cariño, ni nada material que puedan precisar. La vida es así de insensata: la desgracia de unos, florece en felicidad para otros. De eso, tú sabes más que nadie.

El pequeño, Marcos, despunta en la escuela, le gustan los libros, las cuentas y el deporte, anda siempre loco con la pelota. Es el más cariñoso de los tres. Andrés dice que quiere ser militar, no sabemos de dónde le ha venido esa idea. Todavía le quedan años para cambiar de opinión y orientar su destino. No me gustan los uniformes, menos los militares. De momento mis hermanos procuran que sea buen estudiante, e incluso hemos pensado que este verano, cuando vengan de vacaciones, pueda echar una mano en la finca. Poco puede ayudar porque es muy crío, pero vendrá bien para que vea cómo es de duro el trabajo en el campo. Esperemos que el tiempo acabe por quitarle esa idea de la cabeza.

La chica, Carmen, es lista como ella sola, y la más rebelde de los tres, aunque mi hermana se la maneja bien. Le gusta estudiar y anda todo el día enfrascada en juegos y libros. Isabel se queja de que a la niña nunca le viene bien centrarse en las cuestiones que ella intenta inculcarle para cuando tenga que llevar su propia casa. Las cosas cambian tan rápido, que nunca se sabe qué será mejor. Como es tan lista y cariñosa, consigue de todos lo que quiere.

Tu familia está bien. Ya sabes como son, no necesitas que te cuente muchos detalles. Procuro que no les falte de nada, aunque ya sabes que a tu padre y a tus hermanos nunca nada les parecerá bastante.

Este año en el pueblo las cosechas no han ido bien. La gente apenas consigue sacarle a la poca tierra que tiene lo justo para vivir. Algunos se han empezado a marchar, unos para colocarse como peones en grandes fincas, y los más atrevidos están marchando para el norte y al levante, a colocarse en la industria, ese parece que va a ser el futuro

A través de D. Blas, sé que estás bien, que te haces de querer y que te tienen en gran consideración en la casa. Pido para que algún día recibas todo lo que la vida parece que se ha empeñado en arrebatarte.

Confío en que puedas perdonarme, aunque entendería que no lo hicieras nunca, porque tampoco yo lo consigo. Con todo mi afecto. Siempre tuyo.

Lucas

Sobre la cama, en medio del amasijo de hojas y sobres en que la he convertido, tres fotografías esperan turno. Dejo su revisión para después de la lectura de las cartas de Lucas, como si con las imágenes esperara refrendar lo leído, completar el relato.

En el reverso de cada una de las instantáneas aparece la fecha en la que fue tomada, y la firma de Isabel rubricando sus dedicatorias para Lucas: "están preciosos", "tu familia que te quiere", "gracias por tanta felicidad", "que Dios proteja siempre tu generosidad" "te echamos de menos". Tres imágenes que podrían ser un buen resumen de nuestro periplo familiar. La más antigua está tomada un día de Reyes en la escalinata de La Palmera. Posamos junto al tío Lucas, rodeados de juguetes y regalos. Jaime, para atraer nuestra mirada hacía la cámara, mandó a Birolo, el perro de la finca, sentarse a los pies del fotógrafo. Viendo la guisa de mis pobres

hermanos, tan ridículos con sus pantaloncitos bombachos de terciopelo oscuro, piernas al aire y calcetines calados, todavía me pregunto qué extraña perversión de la mente, me movió años más tarde a vestir así, también yo, a mi hijo Guillermo. Tampoco yo lucía mucho mejor en esa estampa, vestida igual que ellos, pero con faldita de terciopelo. En la segunda fotografía, posamos en el parque del Retiro un día de Todos los Santos en el que estrenábamos nuestros abrigos nuevos. Andrés y Marcos parecían ya dos hombrecitos. Yo aparezco echando mis coletas hacia adelante para que se apreciara claramente que ya sobrepasaban mis hombros. Teníamos todavía la inocencia intacta. La última fotografía es la de mi graduación. Estamos todos, papá ya muy estropeado; Marcos, Andrés y yo, radiantes. Mamá se empeñó en que nos hiciéramos ese año una foto de familia, quizás intuía que sería la última. Y el tío Lucas, en algún momento, decidió que Piedad fuera la depositaria de las copias que le había regalado su hermana Isabel.

La noche pasada no llamé a Manuel, estaba demasiado enfadada con él, demasiada rabia para soltársela de golpe a través del teléfono para acabar arrepintiéndome después. Ya intuirá que estoy al tanto de todo, de su viaje con Isabel y de que conoció a Piedad y habló con ella, de que sabe de mi familia más que yo misma. Un pozo sin fondo el bueno de Manuel, no dejará de sorprenderme nunca. Me lo puedo imaginar: amable, bondadoso, solícito con Isabel y con Piedad, pendiente de las dos, de cualquier cosa que pudieran precisar, colmándolas de detalles, escuchándolas embobado, dejándolas hablar a solas, contándole satisfecho a Piedad, de mí y de nuestros hijos, de nuestro ir y venir. Manuel es el hijo cariñoso del que cualquier madre se sentiría orgullosa.

Él tampoco se atrevió a llamar anoche. Debió de pensar eso de "evita la ocasión y evitarás el peligro". Las máximas que nos repiten de niños, vuelven cuando no se las espera, una y otra vez, como destellos. Qué pena que la teoría de los vasos comunicantes no

funcione entre personas. Sería un auténtico regalo que cualidades y quereres se trasvasaran de unos a otros de forma natural, por el simple hecho de respirar o de compartir cercanías. Quizás, algo más equilibrados estaríamos, también más iguales, más predecibles, más aburridos. Ojalá me hubieran tocado en suerte unos gramos de la capacidad de amar, del estar para los otros, de los que le sobran a Manuel: gratuito, sin dobleces, solícito siempre. Esa es la gran contradicción: lo que me enamora de él, acaba siendo nuestra mayor fuente de conflicto; posiblemente porque es el espejo en el que no me gusta mirarme.

Releo la última carta del tío Lucas:

"He pedido al Obispo que me releve de todas mis tareas en la parroquia. Corren nuevos aires, así que mi solicitud más que a problema le habrá sonado a bendición. Se quitan de encima una reliquia demasiado significada en el pasado, "el antiguo régimen" por muchos cuartos que aportara a la caja común.

No ando demasiado bien de salud últimamente, así que si Dios quiere, en unos meses también se habrá vendido la finca y yo me podré marchar a Madrid definitivamente. Quiero estar más cerca de mi hermana y de los chicos. He comprado un pequeño piso muy cerca de donde viven ellos.

Sé que no tengo derecho a forzar ni a pedirte nada, pero si cuando me instale en Madrid, lo tuvieras a bien, me gustaría visitarte. Quisiera verte, hablar contigo, pedirte perdón una vez más, saber si todavía puedo compensar, de alguna manera, el daño que provoqué. Como ves sigo siendo el mismo egoísta de siempre, ahora, cargado de achaques, de años y de la necesidad de poner una pizca de paz en mi vida".

"D. Lucas Cervantes Salinas" no recibió ninguna de las cartas en las que su nombre aparece como destinatario: treinta y cinco en total. No leyó el "Estimado Lucas" con el que Piedad empezaba a responder a cada una de sus cartas, no vio su firma. No llegó a enterarse de que, quien fue su único amor, no escribió para él ni un solo reproche, ni una sola queja. No llegó a enterarse de que el despecho con el que Piedad hubiera podido entonar cientos de coplas no ocupó un milímetro en sus renglones. Lucas no llegó a leer que a fuerza de tiempo y de tesón, la joven de las primeras cartas se había convertido en una mujer madura con la extraña serenidad que posee quien ya no reclama nada. No leyó la respuesta a su última carta:

"Me alegro de que finalmente puedas librarte de las obligaciones que tuviste que asumir con tanto esfuerzo y empezar a disfrutar de todo lo que te privaste. Deseo que la salud te acompañe para iniciar esa nueva vida, más cerca de los tuyos.

No tienes ninguna obligación conmigo, hemos padecido demasiado para seguir echándonos cuentas. Me basta con saber que los hijos que tuvimos y que no fuimos capaces de criar juntos, viven una vida mejor que la nuestra. Pero quiero que sepas, que también para mí sería una alegría verte, hablar contigo, borrar la amargura de nuestra despedida en La Palmera. Mi casa siempre estará abierta para ti, para tu familia y para nuestros hijos".

No hubo un don Blas, ni un cartero que hiciera llegar a destino las cartas de Piedad, que las librara de acabar en una vieja caja de vino, apretujadas por un hilo de cáñamo, tal como Piedad las fue guardando.

Mamá tomó el relevo de su hermano, se encargó hasta el final de que Piedad supiera de nosotros. Las señas de Isabel, de nuestra

casa familiar, rubrican el último grupo de cartas, el más pequeño: doce en total. Las tres primeras las escribió casi seguidas, sin atender la distancia anual marcada por la costumbre. En la primera, mamá le comunicaba el fallecimiento del tío Lucas:

"Apreciada Piedad:

Siento comunicarte que mi querido hermano Lucas falleció el día quince de mayo, hace ahora dos meses. Le falló el corazón cuando más ilusionado andaba despidiéndose definitivamente de La Palmera, y preparando para venir con nosotros a iniciar lo que él llamaba su segunda vida. No pudo ser. Reposa en el pueblo, en el panteón familiar. Fue un infarto fulminante, no sufrió.

Sé del amor que mi hermano te tuvo siempre, y de su deseo de que la familia no olvide la inmensa deuda que contrajo contigo; también, que estuviste en su pensamiento hasta el final.

Por mi parte soy deudora tuya de la mucha felicidad que he tenido en mi vida, consciente de que nunca podré compensarte por ello.

Perdóname si me tomo la libertad de seguir escribiéndote, como sé que nuestro Lucas hubiera querido.

Salpicaron cuartillas con miles de palabras, resistieron la distancia y el silencio a base de papel y tinta, como si con ellas quisieran construir un puente que ninguno de ellos llegó a atravesar. Solo Isabel lo cruzó.

Pegado al doble de la cuartilla, se escapa el recorte de una esquela publicada en "La Verdad de Murcia" con letra gótica, un crucifijo presidiendo el recuadro y la propia tinta negra del diario remarcando el duelo:

"Rvdo. Don Lucas Cervantes Salinas.

Ha sido llamado a la casa del Padre, habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición apostólica de Su Santidad.

Sus hermanos: Isabel y Jaime; sobrinos y demás familia invitan a unirse en la oración por su eterno descanso en la Misa Exequial que se celebrará hoy viernes, a las cinco de la tarde, en la Parroquia Ntra. Sra. De la Asunción de Cieza.

Puro contraste la solemnidad del funeral de Lucas, con la sobriedad del de Piedad, ni en la muerte consiguieron acercarse. Nada en común el desfile de casullas y estolas, el latín de los salmos, el "hacia ti morada santa, hacia ti tierra del Salvador, peregrinos, caminantes, vamos hacia ti" entonado por el órgano y cantado como una renqueante peregrinación, el olor mareante a incienso, la afectación del obispo despidiendo al que había sido "un fiel servidor de la Iglesia y de Cristo". Nada que ver con el funeral de trámite, silencioso y escueto de Piedad. Nada en común salvo mi presencia y la voz engolada y huera de los oficiantes. Y la muerte.

A Lucas, no lo lloramos como a un padre, como hicimos unos años después con Jaime. Nuestra pena tuvo mucho de tristeza solidaria con los que consideramos nuestros padres y como tal ejercieron. Lucas siempre fue el tío Lucas, el hermano de mamá, el gran amigo y confidente de papá, nuestro culto, cariñoso y dadivoso tío. Nunca lo miramos como padre; él no lo buscó y "sus hijos" no se lo regalamos.

El medio día acabó colándose en la casa con los gritos y las risas de los críos que regresaban de la escuela. Un largo bramido, "a

comeeeeeeeeeer...”, repetido por una vecina desde su balcón, como bocina proyectándose al infinito, requiere la presencia inmediata de algún chiquillo de la calle, él reconocerá la voz que le llama. Qué envidia escucharte llamada de esa manera, a chillido limpio, distinguir una voz única que solo te llama a ti, que te libra del desamparo con solo pronunciar tu nombre. Un clap-clap-clap acelerado de zapatillas chocando rítmicamente contra la acera me recuerda que también yo tengo un compromiso con Rosa.

Queda una última carta por leer, la que Piedad colocó en el fondo de la caja, como naufraga que echa al mar un mensaje encerrado en la única botella que le queda; el sobre en blanco, sin concretar destino. Un último intento de dar señales de vida, un último grito, una brizna de esperanza. El último intento para encontrar un hueco en la memoria de alguien.

Recorro la casa una vez más, husmeando el hilo de vida que transitó por ese caparazón ahora vacío, como esqueleto seco. Resisto la tentación de echar un chorro de agua a las plantas del patio, por temor a que extrañen la mano que intenta saciar su sed y decidan deponer su resistencia.

El chasquido de la llave al cerrar la puerta arrastra su soniquete metálico cargado de preguntas, ¿quién sabe? El portal guarda la memoria y la huella de quienes no se llegaron a encontrar.

XVIII

Castell, 2 de octubre de 1995

Me llamo Piedad Marín Contreras.

Nací en Cieza, según pone en mi documento de identidad, el dos de febrero de mil novecientos veintidós. Salí de allí recién cumplidos los veinte. No encontré razón para volver.

Fui hija de Mateo y de Concepción. A ellos solo les debo haberme traído al mundo, aunque también lo hicieran sin mi permiso y con desgana. Cualquier cosa que dieran por mí, la tuvieron bien cobrada.

Tuve cuatro hermanos, dos varones y dos hembras, a los que olvidé hace mucho tiempo, después de que ellos me olvidaran a mí una vez dejaron seca la ubre que los alimentaba.

No llegué a ir a la escuela, pero supe aprender a leer y a trabajar. Las dos cosas me han servido.

Parí tres hijos que no pudieron llamarme madre, porque no lo fui. Los llevé nueve meses en el vientre y dejé que otros les dieran nombre y los criaran. No opuse resistencia en la confianza de darles mejor vida que la mía: no grité, no pataleé, no me enfrenté cuando se los llevaron, ¿qué les habría dado? Han sido la felicidad de unos padres buenos, a los que nada tengo que reprochar.

Pido perdón a los que abandoné, si a estas alturas de algo les puede servir. No supe ni pude hacerlo de otro modo. Ni me ofrecieron ni encontré más salida. Si la pobreza, la juventud y la ignorancia,

pudieran servir de descargo, no me libran de la culpa que sigo arrastrando. En el pecado llevé la penitencia.

Quise al padre de mis hijos, Lucas Cervantes Salinas. Pude perdonarle que me tomara como amo, sin pedir permiso. Lo que empezó por la fuerza, fue entre nosotros un aprecio sincero que las circunstancias sentenciaron. Solo le pude reprochar que le sobrara valentía ante el sacrificio y le faltara el coraje para seguir el destino que ansiaba.

He vivido en Castell, como forastera, sirviendo en una buena casa, a una buena gente. Me acogieron y me dieron su confianza. Nada me han regalado. Compré mi casa con mi trabajo. No he gastado una peseta de la familia de mis hijos. Queda todo para ellos, si tienen a bien recibirlo.

Acabo mis días sin echar raíces en una tierra a la que no pedí llegar; al calor de una familia, que siento como propia, aunque no lleve mi sangre, y a la que no encuentro cómo pagar todo el bien que me hace. He tenido en Rosa la mejor hermana que alguien pudiera desear, a ella le debo los retazos de alegría que he conocido.

No dejo más huella que la que pueda quedar en mi casa: nada extraordinario, más que trabajo y espera, ha pasado en mi vida, y lo poco que ha pasado no ha sido vida.

Nada pido, sé que soy ya silencio y olvido.

Al final, nada echo de menos, más que un trozo de tierra en la que ver crecer un limonero y una palmera.

XIX

Esta vez conseguí regalarme el paseo hasta la casa de Rosa, caminar sin prisa, callejear, dejar que fachadas, calles, viandantes y el frescor de las sombras me distrajeran del ruidoso enjambre de sensaciones que me tenía invadida. Caminé disfrutando cada paso, respirando.

Dejé atrás la casa de Piedad y el ayuntamiento, un precioso cubo de sillares de piedra acabado en una fila de ventanas, que parecían dibujar al edificio un flequillo radical; y la eterna deshabitada Casa Roja, repleta de molduras descoloridas, como verrugas, y de grietas como heridas; las últimas casonas de la plaza y la fuente de 1849 todavía en funcionamiento. El territorio habitado por Piedad, el único que pisó más allá de su secarral y de La Palmera.

Rosa tenía razón: los balcones de la casa de los Jordá, disfrutan la mejor perspectiva de la plaza del ayuntamiento, y de la calle Mayor; vista libre hasta la iglesia plantada como guardiana o ama de la calle. En otro tiempo el centro del mundo, de su pequeño mundo.

El escuálido manojito de llaves pasó de mis manos a las de Rosa, una y otra vez, como ascua caliente. "Son tuyas, quédatelas", "mejor que las tengas tu" "¿vas a volver?". Acabé encerrándolo en el hueco de su mano, sellándolo con la presión de las mías. Un apretón que también quiso disimular una caricia. Rosa cejó su resistencia. Yo no supe qué responder.

Pocas veces he puesto tanta verdad en un "gracias". Lo pronuncio con la sensación de que lo recibido ridiculiza cualquier gesto de gratitud. Todavía no soy capaz de calibrar el valor de la llamada de Rosa, del encuentro con ella.

—Siento no haber estado demasiado amable contigo cuando me llamaste por teléfono la otra noche. Te debí parecer una borde, y con razón. No sé cómo podría agradecerte las atenciones que me has dispensado estos días, lo que has hecho por mí.

—No te preocupes, no tiene importancia. Sabía a lo que me arriesgaba, pero tenía que intentarlo. Me alegro de haber hecho esa llamada, de que hayas venido, y de haberte conocido. Eres una buena mujer.

—Yo también me alegro.

No lo dije por cumplir. Verbalicé por primera vez, lo que crecía como una intuición: quizás la salida del laberinto consistía en dejar de oponer resistencia a lo inevitable, en llegar a Castell, hasta Piedad. La llamada de Rosa fue el instante preciso y necesario, el detonante imprevisto que reventó años de resistencias, de rechazo, de inconsistencia. Para salir del laberinto hay que dejar de correr, dejar de huir, mirar de frente, enfrentar el vacío, el silencio, desbrozar los desechos que llevas pegados a las suelas.

¿Cómo se puede sentir tan cerca, sentir tan parte de ti, a alguien a quien recién acabas de conocer?

Un último abrazo. Tal vez el primero cargado de afecto, de reconocimiento, de envidia: lo que hubiera dado yo por tener una amiga como Rosa, una hermana como ella. Un adiós que no cierra nada, un “¡te pareces tanto a tu madre!”

“Te pareces tanto a tu madre”, y por primera no me duele. Y pienso en las dos, en Piedad y en Isabel, en lo que tengo de cada una de ellas, en que ya no están.

Kilómetros. Silencio. El deseo de llegar, de encontrar a los míos: a Manuel, a Marina, a Guillermo. El deseo de contarles y reír sus bromas, esa manera tan suya de acercarse a mí. Cuanta indolencia

me han tenido que soportar. ¿Cómo me iban a encontrar, si yo andaba tan ocupada buscándome?

Al nacer, tendríamos que dar a los hijos la posibilidad de aceptarnos “a beneficio de inventario”; que pudieran tomar de los padres, solo aquello que con el tiempo no les suponga más carga que beneficio. A fin de cuentas, no son los hijos los que piden nacer.

No, no hubiera sido justo enfadarme con Manuel, castigarlo con uno de mis cabreos, con más distancia de la que ya he impuesto entre nosotros. Sin pretenderlo, Manuel ha acabado convertido en el testigo involuntario de nuestros secretos familiares, el único que conoció a Piedad, que habló con ella, el rastro más cercano que la mujer pudo tener de sus hijos. Tal vez, también a ella le regaló algo del mismo sosiego que nos aporta a la familia. Manuel hizo lo que Isabel le pidió, lo que Isabel no pudo pedirnos a mis hermanos y a mí: las acompañó y respetó su silencio. ¿Qué me iba a contar si yo no quería saber?

Solo tres días para ajustar las piezas del puzle que lleva una vida esperando para completarse. Nunca sabes en qué momento vas a encontrar los pedazos que te faltan.

—Ya te has enterado ¿no? —de cara, sin rodeos, como todo en él. La eterna franqueza de Manuel.

—¿Por qué no me has contado nada en todo este tiempo?

—¿Hubieras preferido que te contara?

No dije nada. No tenía la respuesta que me pedía. Sigo sin tenerla.

No sé cómo habría reaccionado si Manuel me hubiera adelantado los planes de mamá, o si me hubiera contado a su vuelta el encuentro con Piedad. Posiblemente les habría agitado el viaje a él y a Isabel:

primero intentando que desistieran de emprenderlo, y de no conseguirlo, destrozando el consuelo que encontraron juntas.

—¿Estas muy enfadada conmigo?

—¿Tendría que estarlo?

—Podrías.

—Si, podría, pero no sería justo.

—¿Vuelves ya?

Kilómetros, silencio. ¿Qué sentido tiene una vida que no se puede contar? ¿Cuántas vidas han sido solo silencio? ¿Qué huella deja el silencio, más allá del olvido?

¿Qué cambia? ¿Qué ha cambiado?

Kilómetros en silencio, sola.

La similitud de la distancia, del paisaje, del trayecto, del ronroneo del motor son parte del espejismo que quiere hacernos creer que somos los mismos que cuando marchamos.

Regresar es un privilegio: tener un destino, un hueco, un espacio libre para ti, saber que alguien te espera, te recibe, te abraza incluso. Querer volver, es el privilegio. ¡Querer y poder! Volver a alguna parte, donde se quiera, donde sea. Muchas de las que salieron no pudieron volver. El limbo, quizás, sigue más cerca de lo que nos contaron. Cuántas mujeres de las que salieron “a servir” acabaron como limbos vivientes, como Piedad, esperando un rescate.

Volver no es lo contrario de marchar, o por lo menos, no solo. El entremedio entre la salida y la llegada, ese infinito, lo cambia todo.

Dos noches, tres días: tiempo suficiente para desbarajustar lo que pudiera parecer estable y sólido, para remover las fichas en una nueva partida, para que el trayecto de regreso parezca completamente diferente al de ida. Y valga la pena.

Kilómetros, silencio, dos noches, tres días, tiempo, una palmera y un limonero.

Índice

[I 7](#)

[II 13](#)

[III 19](#)

[IV 25](#)

[V 33](#)

[VI 37](#)

[VII 47](#)

[VIII 59](#)

[IX 63](#)

[X 73](#)

[XI 79](#)

[XII 83](#)

[XIII 87](#)

[XIV 93](#)

[XV 105](#)

[XVI 121](#)

[XVII 131](#)

[XVIII 145](#)

[XIX 147](#)